

OLIVIA KISS

CALEB Y LA CHICA
DEL PELO ROSA



SERIE FAMILIA REED #4

**CALEB Y LA CHICA
DEL PELO ROSA**

Sinopsis Lo último que Caleb quiere es regresar al pueblo en el que creció, pero no puede negarse cuando su abuela le pide que lo haga para que le eche una mano Emma, la chica con la que él salió en el instituto y que ahora tiene una hija. Cumplir el deseo de la anciana no es tan fácil. Para empezar, porque Emma lo odia. Y, además, ¿qué sabe Caleb sobre niños cuando lleva toda su vida viajando de un sitio a otro y cuidando tan solo de sí mismo? Sin embargo, cuando su vida choca con la de Emma todo parece tambalearse, los recuerdos regresan, también los reproches, y esa química abrasadora que compartieron en el pasado. ¿Es posible que las segundas oportunidades existan para ellos?

INDICE

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

EPÍLOGO: MARIAN Y ASHER.

EPÍLOGO: AGATHA Y DANIEL.

EPÍLOGO: CASSIE E IZAN.

EPÍLOGO: CALEB Y EMMA.

EPÍLOGO: LA ABUELA AGNES.

Prólogo

(Unos años antes)

La abuela les sonrió a sus nietos, que la miraban suplicantes. Todos parecían ansiosos por conocer su futuro, pero había un brillo especial en los ojos de Marian y algo escondido en el cejo fruncido de Caleb, el mayor de los hijos de los Reed. Las gemelas, que eran las más pequeñas, Agatha y Cassie, no daban la impresión de estar tan interesadas en eso de averiguar qué les depararía la vida a través de unas cartas que parecían tener poco de *magia*, pero se mantenían expectantes tan solo por seguirles el juego a los otros dos.

—Venga, abuela, por favor, por favor... —suplicó Marian.

—No sé si es una buena idea —dijo la mujer con un suspiro.

—Eso es porque no es verdad —protestó Caleb.

—Tú siempre tan incrédulo. —Le revolvió el pelo.

Caleb gruñó por lo bajo, pero no se apartó. Era una tarde de verano y los cuatro hermanos estaban en el porche de casa, alrededor de la mecedora donde su abuela se balanceaba mientras tejía una bufanda para el invierno. Se suponía que la anciana tenía un don para predecir el futuro. A menudo, vecinos o gente de todo el condado se acercaba a la casa de la familia Reed tan solo para que Agnes les tirase las cartas. Ella se negaba a cobrarles, pero, aun así, la mayoría solían traerle regalos o decían estar en deuda con ella.

—Vamos, porfi, abuela —insistió Marian.

—Si vuestros padres llegan a enterarse...

—¡Pero no lo harán! Están de vacaciones.

—Guardaremos el secreto. —Cassie sonrió.

La abuela Agnes miró a sus cuatro nietos, que se mostraban decididos a jugar con el destino. Su hijo y su nuera la habían dejado a su cuidado aquel verano durante una semana para disfrutar por primera vez de unos días de relax a solas en un resort cerca de la costa, pero las normas siempre habían sido claras: nada de leerles las cartas a los chicos. Algo que, en parte, Agnes apoyaba. Sin embargo, su firmeza se tambaleó al ver la desconfianza en el rostro de Caleb y la ilusión en el de Marian, Cassie y Agatha también parecían tan contentas...

¿Qué daño podía hacer un pequeño detallito de nada?

—Está bien, pero algo sencillo. Y ni una palabra de esto.

—Prometido. —Marian dio un par de saltitos, animada.

—Veamos... primero tú, Caleb. —La abuela dejó a un lado la bolsa llena

de lana y cogió las cartas que siempre llevaba en el bolsillo de su bata holgada. Las barajó y luego le pidió a él que partiese el montón en dos y eligiese cinco. Les dio la vuelta sobre la mesa, suspiró y se guardó para ella una sonrisa al ver su destino—. Solo te diré una cosa. —Se subió las gafas mientras su nieto esperaba con atención—. Ella tiene el pelo rosa y está destinada a poner tu mundo patas arriba. Ahora tú, Marian.

—¿Y eso es todo? —se quejó Caleb.

—He dicho algo *pequeño*. —La abuela ignoró sus resoplidos y se centró en la siguiente nieta—. Oh, esto es... interesante e inesperado. Un chico de ojos azules...

—¿Y qué más? —Marian estaba emocionada.

—El resto tendrás que descubrirlo tú, cielo.

—Jo, abuela.

—Nada de protestas. Ven, Cassie, elige tus cartas. —Una de las dos gemelas avanzó y cortó el montón con impaciencia—. Vaya, veo a un chico de colores.

—¡Qué divertido! —Cassie sonrió.

—Y por último tú, Agatha, cielo.

Agatha, que era mucho más reservada que su gemela Cassie, miró las cartas con cierta desconfianza antes de suspirar en señal de rendición y elegir las suyas. La abuela las contempló unos instantes con curiosidad y finalmente asintió satisfecha.

—Tatuajes. Veo muchos tatuajes —concluyó.

Media hora más tarde, los cuatro nietos disfrutaban del verano en el jardín de casa, ajenos a la abuela que los observaba con una sonrisa desde su mecedora, después de asegurarse de que no siempre el futuro sería fácil para ellos, pero que todos tendrían al alcance de sus manos el amor, si es que estaban dispuestos a verlo y creer en ello...

Lo último que deseaba era regresar a Beaufort.

A decir verdad, no tenía nada en contra de aquel pueblucho, sencillamente no le encontraba el sentido a quedarme siempre en el mismo lugar, viendo las mismas caras, la misma rutina, las mismas expectativas. Desde que había terminado el instituto, me había dedicado a viajar de un lado a otro sin ataduras ni problemas.

Conocer a una chica en cada ciudad, era divertido.

No tener responsabilidades, era divertido.

Pensar solo en mí mismo, era divertido.

Por eso no tenía intención de cambiar. Hasta que mi abuela me lo pidió, claro. El teléfono había sonado por la tarde, pero yo estaba durmiendo después de haber salido la noche anterior y terminar en casa de una desconocida morena de piernas larguísimas. Había descolgado somnoliento y mamá había gritado al otro lado de la línea que la abuela se había caído por las escaleras y que estaba en el hospital. Nunca una frase tan corta me afectó y me asustó tanto. Todos temíamos el día en el que la abuela nos dijese adiós y, para ser sincero, no estaba en absoluto preparado para afrontar ese momento. Por suerte, mamá me dijo que solo se trataba de la cadera, pero para cuando le dieron el diagnóstico ya me había metido en el coche y estaba camino a Beaufort directo y sin descansos de por medio.

Lo que ocurrió después fue lo que desencadenó el resto.

La abuela había querido hablar conmigo, así que pasé a verla a la habitación y me senté a los pies de su cama como hacía cuando era pequeño. Me mostró una de sus sonrisas amables y dulces, tomó aire y luego soltó la gran bomba: —Necesito pedirte un favor —comenzó.

—Claro, lo que quieras. —Le cogí la mano.

—Tienes que quedarte una temporada en el pueblo.

—¿Qué? ¿Por qué? —Fruncí el cejo, confundido.

—Últimamente he estado pasando alguna que otra tarde en casa de Emma, ¿te acuerdas de esa chica? Era encantadora. Siempre venía a buscar limonada.

Emma vivía a tan solo unas cuantas casas de la nuestra, al final de la calle. Habíamos crecido juntos e íbamos al mismo curso. De pequeños, jugábamos en el mismo grupo de niños cazando sapos cerca del río o con un bate de beisbol en una explanada que quedaba cerca de casa. A mí siempre me

pareció que Emma tenía algo especial que las otras chicas no poseían. Su cabello rubio me recordaba al sol y sus ojos eran del color del caramelo.

Conforme nos hicimos mayores, fui fijándome más en ella.

Y supongo que a Emma le ocurrió lo mismo...

Por eso empezamos a salir durante el último curso.

Sacudí la cabeza al recordar algunos detalles y decidí seguir dejándolos a buen recaudo al fondo de mi mente, porque no me apetecía volver a pensar en todo lo que había ocurrido antes de que me marchase del pueblo y nuestros caminos se dividiesen.

—Claro que sé quién es Emma, abuela.

—Bien, pues como te decía, he estado bastaste en su casa. Resulta que ahora le han ampliado el turno en la cafetería y llega más tarde a casa, así que alguien tiene que quedarse con su hija durante esa hora. —Tomó una respiración cansada—. Y... ¿qué estaba diciendo?

La miré consternado, sin saber si la estaba entendiendo.

A menudo la abuela tenía lapsus de memoria, pequeñas lagunas debido a su enfermedad. El alzhéimer era implacable, pero, curiosamente, llevaba una temporada más despierta de lo habitual, sorprendiéndonos a todos.

—Hablabas de Emma y de su hija.

—Sí, eso, eso...

—Abuela...

—Tienes que cuidarla.

—Espero que estés bromeando.

—Yo nunca bromeo con cosas serias.

Abrí los ojos debido a la sorpresa. No podía ser cierto. La abuela me conocía muy bien y sabía perfectamente que no me gustaban los niños. No tenía nada contra ellos de forma particular. Sencillamente eran molestos, irritantes y no sabía cómo tratarlos. ¿Debía ser excesivamente infantil? ¿O hablarles con la seriedad de un adulto? Me resultaba mucho más sencillo evitarlos del todo, a excepción de mi sobrino. Cuando se trataba del hijo de Marian y Asher era distinto; para empezar, porque era un bebé. Los bebés no exigen que te comportes de ninguna manera especial, tan solo basta con que los alimentes, les duermas y los acunes con cariño y, ciertamente, eso me veía capacitado para hacerlo.

—No puedo quedarme, abuela —me excusé rápidamente.

—¿Qué tienes que hacer? —replicó molesta.

—Pues... cosas. —Me rasqué la cabeza. No se me daba bien mentir ni

mucho menos mentirle a ella, cuando era una de las personas que más quería en el mundo.

—Llevas años sin asentar el culo en ningún sitio.

—Pero ese es mi problema...

—También el mío. Soy tu abuela. Sé lo que es mejor para ti.

—Lo mejor para mí es seguir haciendo lo que me apetece en cada momento.

—Yo... —Vi que le temblaba la mano y me sentí horrible—. ¿Qué decía?

—Déjalo, abuela. —Suspiré dramáticamente.

—Oh, sí, tú y tu culo inquieto.

—No puedo evitarlo.

—Huyes de ti mismo, Caleb.

—Eso no es verdad.

—Está bien, pues demuéstremelo. Quédate en el pueblo tan solo una temporada, ¿qué tienes que perder? Y si no tengo razón, después te irás y seguirás como siempre, dando vueltas de un lado a otro —me dijo con una firmeza que me tomó por sorpresa.

A veces mi abuela Agnes parecía débil, casi como si su vida pendiese de un hilo fino, pero en otras ocasiones era todo lo contrario: arrolladora como un camión, con una potencia que arrasaba a su paso todo lo que pillaba.

Aquel era uno de esos momentos.

Dudé mucho. La abuela tenía razón. Mi vida desde hacía años había consistido en viajar de un sitio a otro, pero nunca me quedaba en ningún lugar el suficiente tiempo como para encariñarme con nadie. Había pasado una temporada larga en Europa, conociendo París, Barcelona y Berlín. Después regresé a los Estados Unidos y llevaba casi un año en California, los primeros meses en San Francisco, los últimos en Los Ángeles.

Había trabajado de tantas cosas que ni siquiera podía recordar todos los sitios en los que había estado, pero, sobre todo, terminaban contratándome de camarero en locales de ocio, porque se me daba bien preparar cócteles de todo tipo. También había trabajado en restaurantes, almacenes y en una gasolinera durante el turno de noches.

Así que a lo largo de los últimos años había conocido un montón de empleos, lugares y mujeres. Era feliz así. Admito que, el día que mi mejor amigo Asher me comentó que estaba enamorado de mi hermana Marian y que pensaba sentar la cabeza, sentí que me quedaba un poco atrás y que mi vida no tenía ningún sentido concreto, pero conforme el tiempo fue pasando, empecé a

olvidarme de esa sensación y a vivir al día.

No me veía capaz de renunciar a algo así.

—Abuela, no puedo.

—Caleb...

—Además, Emma me odia.

—Sus razones tendrá.

—No creas —repliqué.

—Habla con ella. Seguro que podéis solucionarlo. Necesita ayuda.

—Yo no soy una ONG.

—Pero sí eres bondadoso, Caleb.

Esos ojos dulces...

Esa mirada implorante...

Esa mano arrugada que apretaba la mía...

Terminé poniendome en pie, resoplando enfadado con la abuela Agnes por haberme puesto en esa tesitura y agobiado ante la posibilidad de quedarme de nuevo en el pueblo y de ver otra vez a esa chica de ojos brillantes y cabello rubio como el sol.

—Está bien. Lo intentaré.

—Eso es un comienzo.

La abuela me sonrió con orgullo.

Cuando salí del hospital estaba tan confuso que tan solo le comenté por encima a mi hermana Cassie las palabras que había intercambiado con la abuela Agnes. Necesitaba que alguien más me convenciese de que acceder a su petición no era una locura, aunque no es que Cassie fuese la mejor consejera cuando se trataba de hacer cosas sin sentido.

Sin embargo, tras darle mil vueltas con la almohada, decidí hacerlo.

Por eso, unos días más tarde, cuando mi familia ya estaba más tranquila tras el nacimiento de mi sobrino y una vez Agatha y Cassie se marcharon para continuar con sus estudios, entré en la cocina, cogí la tostada que papá había hecho y suspiré.

—Creo que voy a quedarme una temporada.

—Esta siempre ha sido tu casa, Caleb —me dijo mi madre antes de venir y abrazarme con sus brazos—. Puedes quedarte siempre que quieras.

—Es por la abuela. Ella me lo pidió...

—Bueno, haz lo que creas que debes hacer —dijo papá.

—Eso estoy intentando.

Me encogí de hombros, porque, por desgracia, lo que creía que tenía que

hacer era justamente eso: hacerle caso a la abuela para contentarla. A fin de cuentas, ¿quién sabe cuánto tiempo le quedaría? Me ponía triste pensarlo. No quería decepcionarla o incumplir uno de sus últimos deseos. Yo tenía toda la vida por delante para seguir viajando de un lado a otro.

—Te ha pedido que cuides de esa niña, ¿verdad? —me preguntó mamá mientras me servía zumo de naranja.

—Sí.

—No sé qué le pasa con la vecina. Ya te lo conté. Lleva casi medio año pasándose por su casa para visitarla cada dos por tres. Yo creo que es la nostalgia. Echará de menos hacerlo ahora que se ha roto la cadera... — Suspiró con pesar.

Mi padre me miró frunciendo el cejo.

—¿No estuviste saliendo un tiempo con Emma?

—Fue hace mil años —le contestó mi madre como si yo no estuviese allí delante mirándolos—. Cuando aún eran unos críos, ¿verdad, cielo?

—Sí. Íbamos al instituto —añadí.

—No sabía que seguíaís siendo amigos —dijo papá.

—Es que no lo somos —apunté.

Mi padre hizo una mueca rara antes de seguir leyendo el periódico. Creo que le dio miedo preguntar porque temía la respuesta. En cambio, mi madre se cruzó de brazos, frunció los labios como hacía al mosquearse y chasqueó la lengua.

—¿Qué le hiciste? La chica es encantadora.

—Nada. Simplemente los dos sabíamos que era algo pasajero.

—Caleb, Caleb... —Mamá negó con la cabeza y puso los ojos en blanco. Luego se giró y siguió trasteando en la cocina porque prefirió dejarlo estar.

Y casi mejor, porque tampoco yo estaba muy seguro de qué había ocurrido exactamente con Emma. Los recuerdos estaban dispersos, no del todo claros tras el paso de los años y tantas vivencias. Lo único que sabía era que, las pocas veces que había vuelto al pueblo a pasar un fin de semana o algunos días sueltos, Emma nunca me había devuelto el saludo, así que al final dejé de alzar la mano al verla. Tampoco había vuelto a pisar mi casa como hacía de pequeña. Ni tenía relación con Asher ni ninguno de mis viejos amigos que aún seguían viviendo en Beaufort. De hecho... ahora que lo pensaba... no tenía ni la más remota idea de qué había sido de su vida con muchos detalles.

La pregunta era, ¿sería capaz de cumplir el deseo de la abuela? Porque no estaba muy seguro de que no fuese a cerrarme la puerta en las narices.

En fin. Tendría que intentarlo...

La Navidad estaba a punto de llegar, pero, como todos los años, a los vecinos de Beaufort les encantaba adelantarse, así que las calles del pueblo estaban llenas de árboles decorados, espumillones brillantes de colores, bolas gigantes y todo tipo de adornos.

Nunca había sentido una predilección especial por esas fiestas.

No tenía muy interiorizado ese concepto de familia reunida delante de la mesa, aunque curiosamente la mía era justo así. Mis padres habían creado un hogar perfecto y lleno de vida. Sin embargo, no me veía a mí mismo teniendo eso en un futuro, continuando con la tradición. Prefería no darle demasiadas vueltas ni profundizar en ello.

Lo pensé de nuevo mientras caminaba hacia el final de la calle. La casa donde vivía Emma quedaba apenas a unos metros de distancia; la madera era vieja, pintada de un feo color verde desgastado por el paso del tiempo y el porche estaba para arreglar. Normal, teniendo en cuenta que ese era el hogar donde habían vivido los padres de Emma. Los escalones crujieron con fuerza cuando los subí y me quedé parado delante de la puerta.

No tenía ningunas ganas de llamar.

Llevaba tres días en casa, evitándolo, pero al final la abuela había vuelto a insistirme y aquella tarde de viernes me dije que ya no podía seguir retrasándolo más.

Presioné el timbre con el dedo.

Dentro, se escucharon voces; una aguda y otra más serena y calmada. Hubo movimientos y, finalmente, la puerta se abrió de golpe y la chica que apareció dejó de mirar lo que fuese que había a su espalda y clavó sus ojos marrones en mí.

Aguanté la respiración de repente.

El caso era que había visto a Emma de pasada alguna que otra vez cuando iba al pueblo de visita, pero nunca la había tenido tan cerca de mí, cara a cara. Desde ahí podía ver los reflejos brillantes de su cabello, que seguía siendo rubio y lo llevaba recogido con una pinza de manera informal, las pecas que aún tenía en las mejillas, la nariz pequeña y respingona y unos labios con forma de corazón que jamás me cansaba de besar cuando era joven y pasábamos largas tardes de primavera en el asiento trasero de mi coche.

—¿Caleb...? —preguntó sorprendida en un susurro.

Entonces, cuando cobró conciencia de quién era, todo su cuerpo se tensó

al instante. Vi que entornaba la puerta tras ella y cerraba la mosquitera, como si desease preservar su intimidad. Se cruzó de brazos en actitud defensiva.

—Cuánto tiempo —dije, porque no se me ocurrió otra cosa.

Ella alzó las cejas, claramente decepcionada.

—Sí, mucho. —Parecía desconfiada.

Me rasqué la cabeza con incomodidad. ¿Qué se le dice a alguien cuando hace tantos años que no intercambias una palabra con esa persona? Estaba un poco bloqueado.

—Esto... ¿qué tal te va todo?, ¿bien?

—¿De verdad me estás preguntando eso?

—Pues... sí.

—Ya. Lo siento, tengo cosas que hacer.

Se metió dentro y empezó a cerrar la puerta, pero la detuve precipitándome hacia delante y sosteniendo el marco antes de que me diese con él en las narices, algo muy probable que ya había barajado antes de ir hasta allí. Intenté encontrar las palabras más adecuadas, pero la verdad es que no sabía cómo enfrentar la situación y todo en mi cabeza estaba lleno de confusión. Ni siquiera yo entendía qué hacía allí, ¿cómo iba a hacerlo ella?

—Tengo que hablar contigo.

—¿Es urgente?

Había desdén en su voz.

—Un poco. —No la dejé interrumpirme—. Mi abuela Agnes me ha comentado que te han ampliado el horario de trabajo...

—¿Cómo está ella? —Fue el único momento en el que hubo algo de luz en su mirada afilada. Al parecer, le tenía cariño de veras y se preocupaba por su estado.

—Bien, mucho mejor.

—Vale. —Intentó cerrarme de nuevo.

—¡Espera, Emma! Joder. —Sujeté la puerta, ella echaba chispas por los ojos—. Lo único que te pido es que me escuches, ¿vale? Mi abuela me dijo que necesitabas a alguien para que se quedase una hora por las tardes con... con tu hija... —Ella parpadeó como si no entendiese a dónde quería llegar—. Y ha pensado que yo podría... podría hacerlo...

Era imposible que sonase más inseguro.

—¿¿QUÉ?! —Le habría parecido más realista que le dijese que acababa de regresar de Marte tras pasar allí unos meses en una expedición espacial.

—No esperaba una fiesta, pero...

—De ninguna manera —me cortó.

En ese momento, cuando se despistó porque estaba intentando asesinarme con la mirada, la puerta se abrió de golpe y una niña de unos ocho o nueve años salió de allí disparada y saltando como si acabase de tomarse veinte kilos de azúcar.

—¡Mamá, mamá, que empieza *Betty*!

Todo ocurrió muy deprisa a partir de ese momento.

Emma tenía tanta tensión en su cuerpo que parecía un robot que se había quedado paralizado delante de la puerta ya completamente abierta. Su hija seguía saltando sin cesar hasta que, de golpe, se giró hacia mí y sus ojos me atravesaron. Eran tan fieros como los de su madre. Una mirada sincera e infantil. Sorprendentemente, hubo algo en esa niña que me gustó desde el primer segundo. Tenía unos mofletes sonrosados, el pelo también rubio y recogido en dos graciosas trenzas y parecía ir disfrazada de ¿india?

Pareció olvidarse de ese programa de dibujos llamado *Betty* a la velocidad de la luz. Toda su atención se concentró en mí, analizándome de arriba abajo.

—¿Quién eres tú? —preguntó directa al grano.

—Un amigo de tu madre. —Le sonreí intentando parecer simpático.

—Amigo —resopló Emma al escuchar esa palabra.

—¿Es tu amigo, mamá? —preguntó la cría.

—Sí, sí, algo así —forzó a decir incómoda.

—¿Puede quedarse a ver *Betty*?

—No, tiene cosas que hacer.

—En realidad, tengo la tarde libre —repliqué.

Si Emma hubiese podido, me hubiese retorcido el cuello con sus propias manos. Casi me dio pena cuando me dirigió una mirada suplicante, pero luego recordé las palabras de mi abuela y todo lo que había ocurrido en el pasado con ella y, ciertamente, se me pasó de inmediato. De hecho, incluso disfruté un poco de tenerla contra las cuerdas.

Me agaché para estar a la altura de la niña.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Abby. —Me sonrió feliz.

—Yo Caleb. —Le tendí la mano y me la estrechó con fuerza como haría una persona mayor. Eso me hizo gracia y me enterneció a partes iguales.

Ya estaba a punto de pasar para ver lo que sea que fuese *Betty*, cuando Emma salió de su trance y me frenó colocándome una mano sobre el pecho.

Me sorprendió el gesto. También el hecho de sentir una especie de escalofrío involuntario.

—Quieto ahí. Ni se te ocurra entrar en mi casa.

—¿Cómo quieres que sea tu niño si no puedo pasar? —bromeé mostrándole mi sonrisa más encantadora—. Vamos, Emma, deja de comportarte como una chiquilla.

Eso caló hondo en ella. Abrió mucho los ojos.

—¿Una chiquilla?

—Eso he dicho. Lo que ocurrió entre nosotros fue hace una eternidad, ¿no? Yo te perdono. Tú me perdonas. Y todos tan contentos. Quiero ver *Betty*.

—¿Qué hay que perdonar? —preguntó Abby.

—Nada, cariño, nada. —Emma le acarició la frente.

Entonces sí, pasé dentro de la casa siguiendo los pasos decididos de la niña y las pisadas desacompañadas de Emma, que parecía sobrepasada por la situación. La verdad es que no entendía muy bien por qué se comportaba así. Las cosas se habían jodido entre nosotros al final de la relación, pero hasta que llegamos a ese catastrófico momento todo había sido perfecto. En el fondo, no estaba seguro de quién tenía más razones para odiar al otro. Puede que los dos tuviésemos parte de la culpa.

Pero ¿qué más daba? Éramos unos críos entonces.

Suspiré mientras Abby hablaba sin parar y me invitaba a entrar en el comedor. Era confortable como el resto de la casa, pero estaba también viejo, con las tablas del suelo chirriando a cada paso que dábamos; las ventanas antiguas, el sofá grande pero que, evidentemente, había vivido tiempos mejores. No sé muy bien qué esperaba encontrarme cuando entré, pero me sorprendió lo modesto que era aquel lugar.

—¡Rápido, antes de que empiece! —gritó Abby.

Cogió el mando a distancia, encendió la televisión y buscó el canal de dibujos animados. Justo unos segundos después aparecieron las imágenes de una chica llamada *Betty* que, por lo visto, tenía superpoderes y luchaba para salvar al mundo.

Como no sabía bien qué hacer, me senté en el sofá.

Emma parecía el palo de una escoba: estirada, tan rígida que daba la impresión de estar a punto de saltar como un perro de presa. La situación, sin duda, era incómoda. Intenté ignorarla conforme Abby me explicaba el pasado de cada personaje y cuáles eran los poderes de la protagonista que, al parecer, podía leer las mentes de la gente.

—Un buen superpoder —dije—. Interesante.

—¿Cuál te gustaría tener a ti? —preguntó Abby.

Tenía unos ojos redondos, grandes y muy expresivos.

Mira que no me gustaban los niños, pero ella era encantadora. Su madre también había sido así de pequeña. Cuando venía a casa a por limonada o a jugar conmigo, lo hacía siempre con las mejillas sonrojadas tras el esfuerzo al llegar corriendo hasta allí y Emma siempre se mostraba emocionada, alegre y con ganas de explorar el mundo.

—La invisibilidad puede ser divertida —contesté.

—Eso le digo siempre a mamá. —Me sonrió—. Pero ella prefiere el de viajar atrás en el tiempo, aunque a mí me parece aburrido. ¿Verdad que sí, mamá?

Emma parecía paralizada. Tomó aire con intensidad.

—Sí, cariño. —Cada palabra le suponía un esfuerzo.

La miré alzando las cejas y sonreí con diversión.

—¿Viajar en el tiempo? ¿Para recordar ciertos momentos...?

Yo había intentado que el comentario sonase divertido, pero a Emma no pareció hacerle ni pizca de gracia que le recordase que los dos teníamos un pasado en común largo.

Seguía de brazos cruzados, con el morro torcido.

—Más bien para borrar algunos errores.

No pude evitar que se me escapase una risita por lo bajo a pesar de que claramente quería decir que yo era uno de esos errores. Emma siempre había sido así y a mí me había enamorado justo por eso. Una chica de lengua afilada, ideas claras y valiente. Y no solo eso, sino que también había sido una estudiante brillante con ganas de comerse el mundo. Recuerdo que, durante el último año, cuando jugaba en el equipo de fútbol del instituto y ella practicaba con las animadoras al otro lado de la pista, yo no podía quitarle los ojos de encima. Tenía algo que la hacía diferente a todas las demás.

Ese algo lo seguía manteniendo ahora mismo.

—Eso ha dolido —bromeé.

Sus labios apretados me indicaron que tampoco en esa ocasión le había hecho ni pizca de gracia mi comentario. Se puso en pie con rigidez y le acarició la cabeza a Abby.

—Cariño, tengo que hablar a solas con tu nuevo amigo, ¿vale? Tú quédate aquí viendo los dibujos, así luego nos cuentas todo lo que ha pasado.

—¡Vale! —Sonrió sin apartar la vista de la televisión.

Yo me levanté también y seguí a Emma hasta la cocina de la casa. No pude evitar echarle un vistazo al trasero perfecto que le hacía los vaqueros que llevaba puestos. Seguía manteniendo su atractivo. En lugar de parecer una colegiala, ahora era guapa de una manera diferente, más mujer. Era sorprendente que aún me atrajese tanto.

La otra estancia también necesitaba algunos arreglos. Una mano de pintura, un cambio de la encimera, atornillar bien una puerta torcida de la despensa...

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —soltó.

—¿Yo? Nada. —Me encogí de hombros—. Eres tú la que está a la defensiva.

—¿Y como pretendías que estuviese si no? —Resopló airada.

—¿Más amigable, por ejemplo?

—Llevas sin hablar conmigo más de ocho años, Caleb.

—Tú tampoco me has dirigido la palabra...

—Ni pensaba tener que hacerlo, si no fuese porque ahora de repente has aparecido aquí, en la puerta de mi casa, una tarde cualquiera.

—Quiero ayudarte.

Para mi propia consternación, me di cuenta de que lo dije en serio. No sabía si era porque Abby resultaba encantadora, porque los recuerdos del pasado habían aflorado de repente al estar tan cerca de Emma o porque por el estado de la casa era evidente que no atravesaban un buen momento económico, pero así fue. Estaba siendo sincero. Quería ayudarla. La abuela tenía razón desde el principio, como siempre.

—No necesito tu ayuda —dijo a la defensiva.

—Claro que sí. ¿Con quién dejarás a Abby ahora que mi abuela se ha roto la cadera? Aún es pequeña. Podría pasar cualquier cosa. No está preparada para quedarse sola.

—Ni se te ocurra cuestionar nada que tenga que ver con ella.

—No lo hago, solo resalto lo evidente —insistí.

Emma se movió incómoda, frotándose los brazos.

—Le pago a una chica para que se quede con ella durante esa hora, ¿de acuerdo? Puedes quedarte tranquilo. No te necesito. Y deberías irte ya, Caleb.

—¿Pagas a una chica? —repetí sus palabras.

—Sí. Ya sabes dónde está la puerta.

—Estoy seguro de que no te sobra ni un dólar al final del mes.

—Lo que me sobre o no, es asunto mío.

Emma pasó por mi lado para salir de la cocina y acompañarme hasta la salida, pero la retuve sujetándola por los hombros con delicadeza. Ella saltó al notar mi contacto directo. Yo noté una corriente entre nosotros, pero me negué a dar un paso atrás. Emma alzó el rostro y me dirigió una de sus miradas desafiantes sin saber que lo único que conseguía era todo lo contrario, despertar más mi curiosidad y perseverancia.

—Yo lo haré gratis. Me quedaré con ella.

—No te necesito, solo tendré este turno un mes. —Su voz era cortante como una daga afilada—. Además, ¿no tienes algún lugar al que largarte antes de que te aburras de este pueblo? —contrató con algo similar a lo que le había dicho yo cuando rompimos.

—Pues sí, para tu alegría volveré a marcharme, pero todavía no. —Me acerqué más a ella, que no apartó la vista de mí, sino que la mantuvo con fuerza—. Ya que me he dejado caer por aquí, que mi abuela está mal y mi sobrino acaba de nacer... tengo pensado quedarme hasta después de las fiestas. Aprovecharé para pasar las Navidades en familia. Así que, Emma, deja de comportarte como una cría y acepta que cuide de Abby.

—Te odio —dijo cuando se quedó sin argumentos.

—Quizás deberíamos limar asperezas —ironicé.

—Nunca deberías haber llamado a mi puerta.

—Ya. Pero lo he hecho.

Sacudió la cabeza mientras suspiraba y yo ya supe que, aunque Emma jamás sería una rival fácil, había ganado esa batalla. Sonreí satisfecho.

—No lo entiendo —repitió Asher entrecerrando los ojos—. ¿Qué pintas tú cuidando de la hija de Emma? Tu abuela ha patinado esta vez.

—No te metas con mi abuela —replicó Marian.

—Creo que Asher tiene razón —lo apoyé—. Pero ya está, lo he hecho, voy a cumplir su deseo para que se quede tranquila. Además, no es para tanto. Me vendrá bien pasar aquí las Navidades. Solo será un mes y luego me piraré de nuevo.

Marian se mordió el labio inferior indecisa. Había ido a visitarlos al piso que compartían juntos los dos cerca de la plaza del pueblo. Estábamos sentados en el sofá, Asher y yo con una cerveza en la mano y mi hermana con un refresco porque le daba el pecho al pequeño. El bebé dormía en la hamaca que había a un lado del salón. Su pequeño pecho subía y bajaba al compás de su respiración. A mí nunca me habían gustado los bebés, no entraba en mis planes tener hijos, pero aquel era sin duda adorable. Daban ganas de besarlos por todas partes cada vez que lo tocabas y todo él olía de una manera enternecedora.

Aunque jamás lo admitiría así en voz alta, claro.

Mi hermana me tocó el brazo y me miró seria.

—¿Puedo ser sincera? —preguntó.

—Depende de lo que vayas a decir.

—Caleb, no sé si estás capacitado para cuidar de una niña.

—Confíemos en que la cría tiene ocho años y sabrá valerse por sí misma —la apoyó Asher mientras se le escapaba una sonrisa bobalicona. A veces tenía ganas de matar a mi mejor amigo, sobre todo cuando se aliaba con mi hermana en cosas así.

—¡Pues claro que estoy capacitado!

—Si tú lo dices... —Asher dudó.

—¿Y cómo es la niña de Emma? —Se interesó mi hermana.

—Divertida. —Sonreí—. Igual que ella cuando era pequeña. Se parecen. Tiene su pelo. Y sus ojos. Creo que también parte del carácter.

Mi hermana Marian se levantó para tapar mejor al bebé, que se había movido en sueños. Luego me miró con gesto pensativo y sacudió la cabeza.

—Fue una pena lo que pasó con vosotros —dijo.

—¿Una pena? —Me obligué a encogerme de hombros—. No, para nada.

—Ya lo creo que sí. —Asher se rio—. Estabas coladito por ella.

—Tampoco tanto... —Intenté quitarle hierro al asunto.

—Yo hasta pensaba que Emma conseguiría que pasases por el altar y todo. Casi me había hecho a la idea de que sería mi cuñada —continuó Marian—. Por cierto, ¿qué ocurrió exactamente? Quiero decir, un día eráis los reyes el baile, literalmente, y al siguiente...

—La vida, que es muy inesperada —la corté.

—¿Ya te marchas? —preguntó Asher al ver que me levantaba.

—Tengo que ir a recoger a Abby, sí.

—Ver para creer.

Me despedí de mi mejor amigo y de mi hermana y luego me acerqué hasta el colegio de Beaufort mientras daba un paseo por el pueblo. Hacía mucho tiempo que no caminaba de manera tan relajada por esas calles. Cuando acudía allí, siempre eran visitas tan rápidas que apenas me quedaba margen para experimentar o hacer algo más que no fuese ver a la familia, los amigos y acudir al pub del pueblo en el que todos solíamos reunirnos.

Hacía una eternidad que no me acercaba al otro extremo, justo donde estaba el colegio y el instituto. En ese mismo lugar, muchos años atrás, habíamos crecido Emma y yo. Me asaltaron un sinfín de recuerdos conforme rodeaba el recinto para dirigirme hacia la puerta. Allí, puntuales, había ya un montón de madres y padres cuando llegué.

No saludé a nadie, tan solo me quedé apoyado en el muro mientras esperaba conforme iban saliendo los críos. Distinguí a Abby en seguida. Llevaba el cabello rubio recogido en una coleta que se balanceaba de lado a lado, la mochila rosa colgada en la espalda y la mirada perdida mientras buscaba entre la multitud.

—Abby —me acerqué a ella—. Estoy aquí.

—¡Menos mal! —Sonrió ampliamente.

—¿Por qué dices eso?

Eché a caminar y ella me siguió contenta.

—¿La verdad?

—Claro. Siempre la verdad.

Era curioso lo cómodo que me sentía con una niña a la que no conocía de nada. Pero con Abby estaba relajado y tranquilo, como si no tuviese que fingir o ser excepcionalmente simpático. Los dos andamos a paso lento hacia su casa.

—Mamá temía que no vinieses —soltó.

—¿En serio? —Arrugué la frente.

—En serio. —Se rio—. Dijo que quizás lo olvidarías.

—Ya veo...

—Y me dio instrucciones por si sucedía.

—¿Qué instrucciones?

—Que volviese sola a casa. Que cerrase con la llave que está en el macetero de la parte de atrás en cuanto entrase. Que no encendiese el fuego. Que no le abriese a nadie ni intentase subirme a la escalera para coger las galletas que están escondidas en el armario.

Buenos consejos, pensé.

Aunque no podía evitar que me molestase un poco que Emma creyese que incumpliría mi palabra y que no iría a recoger a la cría cuando el día anterior habíamos acordado que sí lo haría. ¿Qué tipo de imagen distorsionada tenía de mí?

Vale que no era precisamente el hombre ideal, pero joder...

—¿Te esconde las galletas? —pregunté.

—Las de pepitas de chocolate rellenas de crema de frambuesa, sí. Esas son solo para el fin de semana. Aunque si fuese por mí las comeríamos todos los días a todas horas.

No pude evitar reírme al escucharla decir aquello.

Cuando llegamos a la casa y entramos, seguí a Abby observando todo lo que hacía: quitarse los zapatos en la entrada, la bufanda y los guantes, coger el batín, prepararse un vaso de leche para merendar y dirigirse al comedor. Una vez allí, empezó a sacar algunas libretas de la mochila y las dejó sobre la mesa alargada de madera.

—Hoy tengo muchos deberes —dijo.

—¿Necesitas que te ayude?

Una vez habíamos llegado a la casa y ella se había puesto a llevar a cabo sus rutinas, sí empezaba a sentirme un poco perdido, como si no supiese qué hacer a continuación.

—Eso sería trampa —se rio.

—No se lo diré a nadie, te lo prometo.

Fingí que me ponía una cremallera en la boca y Abby sonrió, pero negó con la cabeza con firmeza. Al parecer la chiquilla era leal y aplastantemente sincera.

—Terminaré rápido —añadió decidida.

—De acuerdo. —Suspiré mirando a mi alrededor—. Veré qué puedo hacer.

—Tienes ahí el mando de la televisión.

—Gracias.

Sopesé el pequeño aparato en la mano mientras me fijaba en aquel salón antiguo y familiar, pero al final decidí dejarlo a un lado y fui a la cocina. Llevaba una cosa en mente y no podía quitármela de la cabeza. Sin embargo, al no encontrar lo que necesitaba, regresé sobre mis pasos y volví al salón. Abby subrayaba un libro de texto.

—Oye, Abby, ¿sabes si tu madre tiene herramientas?

—Mmmm, sí, en el trastero del jardín.

—Vale, iré a buscarlas.

Salí y me dirigí hacia allí. Era una pequeña cabaña de madera llena de trastos, como bicicletas, muebles, viejas revistas, pertenencias de los padres de Emma y herramientas. Las encontré al fondo, sobre una mesa de trabajo, pero antes de coger la caja me fijé en que, al lado, en el suelo y entre cajas de cartón, había un corcho lleno de fotografías. Lo saqué y tosí por culpa del polvo acumulado. Había visto ese corcho muchas otras veces antes, en la habitación de Emma, colgado encima de su escritorio, cuando pasábamos las tardes fingiendo que estudiábamos para los exámenes del último curso, pero en realidad nos liábamos entre risas en la cama de su dormitorio que estaba llena de peluches.

Me dio un vuelco el estómago al ver algunas fotos.

Muchas eran solo de Emma con sus amigas, todas sonrientes cuando aún parecía que el futuro estaba lleno de posibilidades, en esa época en la que hay pocas preocupaciones. En otras salía todo el grupo del instituto, incluido Asher con el resto de los compañeros. Y en las dos del extremo de la derecha estábamos nosotros. Parecíamos los más felices del mundo con nuestros rostros juntos y pegados y los ojos brillantes.

Nunca un recuerdo me había afectado tanto.

No sabía por qué, la verdad. No tenía razones.

Emma solo era una pequeña piedra de mi pasado.

Lo dejé donde estaba e intenté calmarme mientras caminaba hacia la casa cargando la caja de herramientas. Pero, mientras hacía lo que me había propuesto, no pude quitarme de la cabeza algunas imágenes de nosotros dos que regresaron con fuerza después de ver las fotos, como aquella primera vez que vi a Emma desnuda, la primera chica con la que estuve y la única a la que le hice el amor, o esa otra ocasión en la que acabamos mojados de arriba abajo después de correr hacia casa bajo una tormenta de verano y ella se reía

sin parar.

Porque la Emma de hace unos años era muy distinta a la de ahora.

No estaba tan cansada, ni tenía ojeras ni ese rencor que no entendía.

Ya estaba terminando cuando Abby entró corriendo en la cocina.

—¡Terminé! —gritó satisfecha—. ¿Quieres que juguemos?

—Vale, ¿qué te apetece hacer? Sorpréndeme.

—Pueees... —Se llevó un dedo a la barbilla, pensativa—. ¿Te gusta jugar a las muñecas? Tengo una caja llena. Algunas eran de mamá.

—No es mi pasatiempo preferido —admití—. Pero a ver qué tal se me da.

La seguí hasta su dormitorio. Sentí una presión en el pecho al darme cuenta de que era la misma habitación que años atrás había pertenecido a Emma. Algunos muebles eran los mismos, solo que los habían reciclado dándoles una capa de pintura de color salmón.

Cuántas vivencias entre esas cuatro paredes...

—¿Estás bien? —me preguntó Abby.

—Sí, claro. Enséñame esas muñecas.

Acabamos los dos sentados en el suelo del dormitorio, rodeados de muñecas y vestidos, la mayoría hechos por ella y su madre, porque al parecer les divertía hacer diseños. Mientras me lo contaba, sonreí al recordar lo mucho que a Emma le gustaba la moda. Era la típica chica que vestía genial con cualquier cosa. Sus padres nunca tuvieron demasiado dinero, pero ella se cosía los disfraces de Halloween y los vestidos de fin de año. Tenía mano. Yo estaba seguro de que terminaría asistiendo a esa escuela de diseño con la que soñaba despierta y que con el tiempo se haría famosa y su nombre se oiría en las pasarelas de todo el mundo.

Pero al final la vida había ido en otra dirección.

La prueba de ello era la mismísima Abby.

—Mi muñeca es médica —dijo resuelta.

—Vaya, un listón bastante alto. ¿Sabes? Una de mis hermanas pequeñas, Agatha, también estudia medicina en la universidad —le conté.

—¿En serio? —Parecía emocionada.

—Sí. ¿Es lo que quieres hacer tú?

—¡Sí! Quiero curar a la gente.

—Ya te la presentaré algún día.

—¿De verdad?

—Sí, imagino que vendrá a pasar las Navidades a casa.

—¡Qué guay! —gritó emocionada.

Me gustó la sonrisa que me mostró solo a mí. Había algo muy satisfactorio en poder hacer feliz a un niño, aunque hasta ese instante nunca me había dado cuenta de eso. Con Abby estaba siendo diferente porque ni me lo había planteado, sencillamente me había visto medio obligado a terminar cuidándola tras la petición de la abuela.

Ahora me daba cuenta de que no estaba tan mal.

—Ponle el abrigo, no queremos que se resfríe —me dijo después de darme la pequeña prenda peluda y señalar mi muñeca—. La mía prefiere la gabardina.

Se escuchó un ruido al fondo del pasillo y luego el chasquido de la puerta al abrirse. Me levanté después de pedirle a Abby que se encargase ella de ponerle el abrigo y fui a recibir a Emma, que llegaba cargada con las bolsas de la compra.

Me dirigió una mirada fría, pese a todo.

Yo había dejado de intentar entenderla.

—¿Te echo una mano? —pregunté.

—No hace falta. —Pasó de largo.

—Insisto. —Le quité una bolsa.

La acompañé hasta la cocina y dejamos en la encimera la compra. Ella se giró entonces, se cruzó de brazos y me miró con desconfianza.

—¿Cómo ha ido todo? —Quiso saber.

—Bien, genial. ¿Cómo esperabas que fuese?

—¿La verdad? Catastrófico.

—No entiendo por qué.

—Jamás has estado con niños.

La miré socarrón y decidí echarme un farol.

—¿Y tú qué sabes? Hace muchos años que ni siquiera vivo aquí. Ya no me conoces tan bien como crees, Emma. Y está claro que a mí me pasa lo mismo contigo...

Alzó una ceja y se mostró escéptica.

—¿Entonces has tratado con niños?

—No. —Fui rotundo. Ella puso los ojos en blanco—. Pero no se me da tan mal. Al menos, con Abby. Por cierto, me ha comentado que pensabas que quizás ni siquiera aparecería para recogerla del colegio. —No pude evitar echárselo en cara.

—Preferí cubrirme las espaldas.

Se giró un poco nerviosa y entonces levantó la mirada y se fijó en el armario de madera de la cocina, ese en el que guardaban los cereales y los copos de avena. Luego sus ojos se desviaron hacia mí con un poco de miedo mezclado con gratitud.

—¿Has arreglado el armario? —Estaba sorprendida.

—Sí, solo había que apretar el tornillo de abajo.

—Oh. Vale. Gracias. —Le costó pronunciarlo.

—¡Mamá, mamá! —Abby entró gritando en la cocina y se lanzó hacia su madre rodeándole la cintura con sus pequeñas manitas—. ¡Ya he hecho los deberes!

—Qué bien, cariño. —Le apartó el flequillo rubio de la frente.

—¡Y hemos estado jugando a las muñecas!

—Eso suena... genial. —Me miró con sorpresa.

—Ahora voy a ver *Betty*, ¿quieres venir, Caleb? —me preguntó.

—Me encantaría.

—Pero... tiene que irse ya —interrumpió Emma.

—¿Ya? —Abby me miró apenada.

—Mañana volveré a verte —le recordé.

Eso pareció subirle el ánimo. Murmuró un *de acuerdo* por lo bajo conformándose con la situación y luego desapareció hacia el comedor dando saltitos y dejándonos a solas. Se escuchaba de fondo el ruido de la televisión hasta que Emma cerró la puerta de la cocina y se giró hacia mí. De pronto el lugar me parecía muy pequeño. Y ella tan apetecible como la recordaba, esos redondos ojos dulces, la boca rosada, el rostro con algunas pecas...

—¿Por qué estás haciendo esto, Caleb?

—¿Otra vez? Ya lo sabes. Mi abuela me lo pidió.

—Ya, pero aún así... —Se mordió el carrillo.

—Emma, Emma, Emma...

Sonreí seguro de mí mismo y la cogí de la muñeca para acercarla más a mí. Ella se estremeció de arriba abajo como si acabase de quemarse con algo. Sus ojos se convirtieron en glaciales de repente y ya no hubo rastro de dulzura en ellos.

—No me toques. Por favor.

Fue casi un ruego, así que obedecí y la solté.

—Deberíamos hablar —le dije—. Sería todo más fácil.

—Preferiría no hacerlo, Caleb.

—¿Cómo quieres que solucionemos nuestros problemas?

—Tú y yo no tenemos problemas.

—Emma...

—Lo digo en serio. Los tuvimos hace años, pero ahora ya no. Dejemos las cosas como están, Caleb. A veces es mejor no removerlas de nuevo.

—Entonces, siguiendo tu teoría, deberíamos empezar de cero.

—No sé si eso es posible, Caleb...

—Venga, Emma. Vamos a vernos a diario durante unas semanas. Y falta poco para Navidad. Además, soy un niño perfecto y atractivo, eso no puedes negármelo —bromeé.

—Sigues siendo el mismo.

Emma sacudió la cabeza, negando, pero no consiguió evitar que se le escapase una sonrisa pequeña que a mí me llegó al alma, cuando no debería. ¿Por qué me importaba tanto de repente lo que Emma pensase de mí? Si llevaba odiándome años... Yo también lo había hecho... Los dos habíamos fingido durante casi una década que el otro no existía.

Pero de repente todos los recuerdos estaban regresando.

Le tendí la mano en son de paz.

—¿Una tregua, Emma?

Ella se lo pensó unos segundos.

—De acuerdo —aceptó al final.

Cuando lo hizo, me dio la impresión de que cedía con una cierta resignación, como si no tuviese otra escapatoria o no supiese qué hacer si no. No entendí su actitud. Igual que tampoco entendía tanto rencor con todo el tiempo que había pasado. Pero, según mis hermanas, tenía la misma empatía que un cacahuete cuando se trataba de mujeres, así que di por hecho que era cosa mía, que esperaba más efusividad, y cerramos el trato.

La siguiente semana fue sorprendentemente tranquila.

Estaba acostumbrado a salir por ahí en cuanto terminaba de trabajar, a pasarme las noches en vela y a conocer a gente cada día, pero la vida en Beaufort era muy distinta. Me levantaba tarde, desayunaba con mi padre y comentábamos las noticias del día, luego ayudaba a la abuela a salir al porche y me quedaba un rato allí con ella hasta que se cansaba y me decía que quería entrar al salón. A veces iba a comprar algo que necesitábamos, me pasaba por la cafetería de Marian en la que ahora trabajaba Asher casi a jornada completa o iba a ver a mi sobrino. Fue como regresar de repente a mi vida adolescente. Solo que tenía veintisiete años. Y por las tardes todo era distinto: entonces me acercaba al colegio para recoger a Abby, íbamos juntos a su casa caminando y hablando de qué tal le había ido el día y, una vez llegábamos, ella hacía los deberes y yo aprovechaba el rato para arreglar alguno de los muchos imperfectos que tenía la casa donde vivían ella y Emma.

Después jugábamos a cualquier cosa.

Era más divertido de lo esperado.

A Abby le encantaba especialmente disfrazarse. Por eso ese día estábamos los dos sacando viejos trapos del baúl rosa y blanco que tenía en una esquina de su habitación.

—¡Podrías ser un pirata! —Se le ocurrió.

—Un pirata malvado, ¡buuu!

—Caleb, no me asustas.

—¿Tienes un parche?

—No.

—¿Entonces?

—Mmm... ¿todos los piratas llevan parche? Eso no tiene sentido.

—Ahora que lo dices... —Me quedé pensativo.

—Tampoco entiendo lo del loro.

—Estoy de acuerdo —razoné.

—Pero sí necesitas un sombrero.

Sacó uno del baúl y me lo puso en la cabeza. Luego ella se decidió por un disfraz de damisela de color azul celeste y un sombrero con plumas de colores que no combinaba nada con el sable de plástico que decidió llevar en la otra mano.

—Por si tengo que defenderme —explicó.

—Buena idea. Nunca se sabe —le seguí el juego.

—Me encantan los viernes —dijo con un suspiro mientras se ponía en el cuello un larguísimo collar de perlas de plástico blancas y rosas. Le dio dos vueltas.

En ese momento escuchamos el chasquido de la puerta.

Abby corrió hacia la entrada y yo la seguí y vi cómo abrazaba a su madre rodeándole la cintura. Emma parecía más cansada que nunca. No sé cómo soportaba aquel turno demoledor durante toda la semana. Entraba a trabajar de buena mañana en una cafetería que estaba en el pueblo de al lado, apenas paraba media hora para comer y ahora le habían ampliado el turno por las tardes. Era una especie de heroína sin capa. Aunque eso no era capaz de decírselo en voz alta, por mucho que lo pensase.

—¿Todo bien? —Nos miró a los dos.

—Sí. Hemos descubierto que no tiene sentido que todos los piratas tengan algún problema en el ojo —bromeé—. Y Abby ha terminado los deberes para el fin de semana.

—Muy bien, cariño. —Le dio un beso en la frente.

Cuando íbamos al instituto, lo último que me imaginaba al pensar en Emma era que acabaría siendo una madre increíble. Si he de ser sincero, no parecía tener demasiado instinto maternal ni ningunas ganas de ser madre joven, por eso me pilló por sorpresa la noticia de su embarazo. En realidad, todavía me dolía pensar en el momento en el que me enteré...

—¿Has comprado la masa, mamá? —le preguntó Abby.

—¿Qué masa, cielo? —Parecía confundida y tan cansada...

—Acordamos que los viernes era la noche de la pizza...

—Ah, sobre eso...

—¿Lo has olvidado?

—No, bueno... sí...

Emma puso una mueca y al verla se me encogió el alma.

—¿Qué os parece si voy a buscar esa masa? —dije.

—De verdad que no es necesario. —Emma negó—. Tenemos comida en la nevera, Abby. ¿No te apetece un sándwich especial de la mamá con queso gratinado...?

—Bueno... —Abby se encogió de hombros con resignación.

—Cariño, siento haberlo olvidado.

—Emma, en serio que no me supone ningún problema.

—No. Ya suficiente haces por nosotras... —Ofuscada, casi enfadada con

ella misma, empezó a sacar de uno de los armarios el pan de molde—. Además, es viernes, seguro que estarás deseando salir un rato. Ve y pásalo bien, Caleb.

La sujeté de la mano y, ante la atenta mirada de su hija, reprimió el impulso de apartarse con brusquedad. Tan solo me miró fijamente a los ojos.

—Quiero hacerlo, Emma. Iré a por esa masa de pizza. Y luego, ¿quién sabe? Podrías invitarme a cenar, así os ayudaría a hacerla. Es una de las pocas cosas que sé cocinar.

—Claro, porque solo consiste en dejar caer cosas encima de la masa — se rio Abby y luego miró a su madre con ojitos de cordero—. Porfi, mamá. Será divertido.

Pude ver cómo se desataba una lucha interna en Emma. Al final, venció la mirada llena de deseo de su hija y aceptó mi ofrecimiento con una sonrisa tirante.

—De acuerdo...

—Volveré en seguida.

Salí de la casa y me abroché hasta arriba la chaqueta que llevaba puesta. Estábamos en pleno invierno y hacía frío. Como mi casa quedaba a unos metros de distancia, decidí probar antes si había suerte y mi madre tenía masa de pizza, así que me ahorraba el tener que acercarme al centro del pueblo. Al llegar, mi abuela estaba en la cocina.

—Hola, abuela. ¿Qué haces aquí?

—Pensar... —Parecía un poco ida.

—¿Quieres que te ayude a subir a la habitación?

—Ya casi es Navidad —comentó de repente.

—Sí. Otro año más —dije suspirando y me acerqué a la nevera. Sonreí satisfecho al ver que sí había una masa enrollada y la cogí.

—Este año para ti será diferente —dijo la abuela.

—Ya. No recuerdo la última vez que estuve en casa tanto tiempo.

—Ah, no lo decía por eso... —Le temblaba el labio al sonreír—. Sino por la chica del pelo rosa... No creo que tarde mucho en llegar.

—Abuela...

Todavía recordaba ese día de verano en el que la abuela accedió a leernos las cartas a mis hermanas y a mí. En la actualidad, a pesar de lo evidente, seguía pensando que era una tontería. Y digo a pesar de lo evidente porque, por lo visto, mis hermanas sí creían que la abuela tenía un don especial, que podía anticiparse a las jugadas del destino.

Según Marian, había adivinado que su chico tendría los ojos azules, pero, siendo justos, era una característica demasiado común para tenerla en cuenta.

Según Agatha, en efecto su novio Daniel tenía tatuajes, algo que también me parecía común en la actualidad. Yo mismo tenía dos: uno en la muñeca y otro en la espalda.

Según Cassie, porque al conocer a su novio Izan lo había encontrado lleno de colores mientras pintaba un cuadro con un pincel manchado. Y bueno... cierto que no era tan común, pero sí muy interpretable según la situación o lo que se quisiese ver.

¿Una chica con el pelo rosa?

No conocía a ninguna. Admito que, en dos ocasiones, en Londres, me crucé por la calle con un par de chicas que llevaban las puntas del pelo tintadas de fucsia, quizás porque, aunque lo negase una parte de mí seguía teniendo sus dudas, pero ninguna de esas veces sentí absolutamente nada. No hubo señales ni por supuesto me enamoré.

Yo solo me había enamorado una vez, en realidad, y todavía seguía negándolo si alguien me preguntaba si lo había hecho. Porque, por aquel entonces, era joven, apenas un crío, ¿qué se sabe del amor cuando solo tienes dieciocho años...?

—Después de lo de tus hermanas, ¿aún tienes dudas?

—Muchas dudas —admití—. Además, no lo necesito.

—Todos necesitamos el amor, Caleb.

—Yo no. —Me encogí de hombros—. No tengo ninguna intención de pasar toda mi vida junto a una sola persona. Ni de quedarme quieto en algún lugar. La vida es demasiado corta como para desperdiciarla así, abuela. —Le di un beso en la mejilla arrugada.

—Qué equivocado estás, Caleb.

—¿De verdad no quieres ir a la habitación?

—No, tu madre va a hacer ahora un bizcocho de naranja... de limón, perdón. Eso. Bizcocho de limón. Estoy esperándola aquí. Es una receta de Marian.

—Vale. Dile que no vendré a cenar.

—¿Y eso? —Se interesó.

—Voy a quedarme en casa de Emma.

—Bien... eso está muy bien...

Luego fijó la vista en la ventana y suspiró tranquila mientras yo salía de la cocina y volvía a sentir el frío aire de la noche golpearme el rostro al

recorrer la calle que separaba mi casa de la de Emma. Una vez llegué, llamé al timbre y Abby me abrió todavía disfrazada de damisela y con una sonrisa inmensa en su rostro infantil.

—¿Traes la masa? —preguntó insegura.

—¡Traigo la masa! —exclamé y ella saltó de alegría.

Me metí dentro y me quité la pesada chaqueta que dejé en el perchero tras la puerta. Después fui con ella hasta la cocina, donde Emma ya había dejado la encimera llena de ingredientes básicos: tomate, quesos de varios tipos, cebolla, atún, pimientos...

La miré. Las ojeras formaban una media luna bajo sus ojos.

—¿Por qué no te vas a descansar un rato al salón y nosotros nos encargamos de hacer la cena? —Antes de que pudiese negarse, añadí—: Te llamaremos si necesitamos ayuda.

—De acuerdo. —Parecía confundida por la situación.

Me imaginé que haría años que no se dedicaba a pasar un rato de la tarde sencillamente sentada en el sofá de su casa. Allí siempre había cosas que hacer cuando volvía del trabajo. La ropa se amontonaba en la habitación de invitados, el polvo sobre los muebles y los platos sucios en la pila de la cocina y en la encimera.

—Esto, Emma, antes de que te vayas, ¿cómo se enciende el horno? —dije arrancándole una sonrisa antes de que negase con la cabeza y saliese de la cocina.

Abby me miró cuando nos quedamos a solas y alzó las cejas.

—No lo has preguntado de broma, ¿verdad?

—Verdad —admití en voz baja.

—No te preocupes. Yo sé.

Abby se rio y puso a precalentar el horno ante mi atenta mirada. Al parecer, una niña de ocho años era más lista que yo. Luego esparcimos un poco de harina en la bandeja para que no se pegase y colocamos encima la masa de la pizza.

—¿De qué quieres que la hagamos?

—Pues... no lo sé, pero que lleve mucho queso.

—Bien. Me encanta el queso —dije.

—Y olivas. Las olivas nunca sobran.

—Totalmente de acuerdo.

—¿Anchoas?

—Demasiado salado.

—Mmm... ¿tiras de pimienta?

—Hecho. Yo las corto.

Le quité el cuchillo antes de que pudiese cogerlo e hice las tiras despacio, porque no tenía demasiada práctica en la cocina. Cuando trabajaba en restaurantes, siempre terminaba haciéndolo de camarero, que se me daba mucho mejor.

—Coloca tú los ingredientes. ¿Te has lavado las manos?

—Sí.

—Vale.

—Esto por aquí... Y esto por allá...

Contemplé con una sonrisa bobalicona cómo Abby decoraba la pizza a su manera, con los bordes llenos de queso, el tomate pringándolo todo, las olivas por doquier... Pero daba igual, porque me pareció que era la pizza más perfecta del mundo cuando terminamos y la metimos en el horno. Nos quedamos mirando a través del cristal.

—Ahora solo toca esperar —dije.

—Sí. Ojalá esté buena...

—Seguro que lo estará.

—Voy a quitarme el disfraz.

Abby desapareció y se fue a su habitación, así que me acerqué al comedor para ver qué tal le había sentado a Emma ese pequeño respiro, pero ella no estaba allí. Volví sobre mis pasos y avancé por el pasillo hasta que de repente se abrió una puerta, salió una nube de vapor y luego una chica preciosa y rubia envuelta en una toalla blanca que dejaba al descubierto buena parte de sus largas piernas y los hombros delicados.

—Pensaba que estabas descansando.

—He preferido aprovechar el tiempo para ducharme...

—Ya veo... —La miré de arriba abajo, intrigado.

—Perdona... —Emma parecía azorada—. Es por la costumbre... Siempre estamos solas en casa y olvidé... olvidé llevarme la ropa al cuarto de baño...

Si hubiese sido un caballero, me habría dado la vuelta y habría dejado todo eso en el olvido, pero en cambio me quedé mirándola mientras notaba que mi corazón se aceleraba, porque la visión era tentadora y me llegaron demasiados recuerdos. No sé cómo pasó, pero todo mi sentido común quedó fulminado cuando me incliné hacia Emma y mis labios rozaron su oreja.

—Sigues tan preciosa como recordaba...

—Eres idiota, Caleb.

Puso los ojos en blanco y se marchó.

Yo me quedé ahí delante de la puerta cerrada de su dormitorio como un tonto, con una sonrisa en la cara, pensando en el cuerpo que escondía esa toalla y que había tocado tantas veces cuando era joven, casi sin experiencia más allá de la poca que había aprendido con ella. Los dos lo habíamos hecho. Todas nuestras primeras veces fueron compartidas.

Regresé al comedor y esperé hasta que Abby volvió animada.

—¿Vamos a ver cómo está la pizza?

—Aún le queda un poco.

—¿Y si se quema, Caleb?

—Está bien, vamos a ver.

Me levanté del sofá y, en efecto, la niña tenía razón. Ya estaba justo en su punto. La sacamos del horno y la colocamos en un plato grande que llevamos al salón. Cuando Emma salió vestida con un sencillo pijama invernal de color azul, nos ayudó a poner la mesa y poco después los tres estuvimos en el salón degustando la pizza, mientras Abby hablaba sin cesar sobre sus amigas del colegio y la nueva obra de teatro.

—¡Me han ampliado el texto! Ahora soy una estrella que lee un poema entero en lugar de solo un verso —comentó satisfecha—. ¿Quieres que luego ensaye contigo?

—Claro que sí —respondí.

—¿Ya te lo sabes bien? —le preguntó su madre.

—Eso creo. —Se encogió de hombros y luego me miró—. ¿Vendrás a verme? La función de Navidad es la semana que viene, pero hay que sacar antes las entradas, ¿verdad que sí, mamá? —Miró a Emma con los ojos llenos de emoción.

Yo me quedé callado porque no estaba seguro de qué debía responder. Me daba miedo que, si decía que sí, Emma se sintiese demasiado agobiada. A fin de cuentas, todavía parecía querer tenerme lejos de ella, notaba a menudo cómo rehuía mi mirada y era incapaz de sostenérmela durante más de tres segundos sin girar la cara rápidamente.

Vi que a ella también le estaba costando responder.

—No lo sé, cariño. Seguro que la próxima semana también quedan entradas, así Caleb puede ver si tiene algún compromiso —optó por decir, sin cerrar del todo la puerta.

—Voto por ello —la apoyé.

—De acuerdo.

Abby no se mostró del todo feliz, pero aceptó la situación sin rechistar más. Nos terminamos lo que quedaba de la pizza hasta el último trozo y, después, Abby se fue a su habitación para leer un libro y Emma y yo nos quedamos en la cocina recogiendo los restos de la cena y poniendo un poco de orden en el lugar.

—No es necesario —dijo ella—. Puedes irte ya.

—Prefiero ayudarte. No me cuesta nada.

Iba a negarse, pero al final no lo hizo. Yo creo que estaba cansada de pelear constantemente conmigo e intentar alejarme de su vida. A mí me ocurría lo contrario. Sin razón aparente, sentía la necesidad de acercarme más a ella y a Abby conforme pasaban los días y mi estancia en Beaufort se alargaba lentamente. Mi nueva rutina allí no estaba tan mal; las mañanas eran apacibles y las tardes divertidas después de recoger a la niña del colegio.

Y en cuanto a Emma aún no tenía claro qué significaba para mí. No era imbécil. Sabía que la deseaba, pero eso siempre había sido así. Desde que tuve uso de razón, me sentí irremediamente atraído por esa chica de cabello claro. Entre todos esos sentimientos, también estaba el del cariño, porque los recuerdos iban aflorando y era incapaz de ignorar que habíamos sido no solo amigos, sino una pareja, la del primer amor.

Algo que ella parecía haber olvidado.

Y que a mí me molestaba mucho.

Supongo que por eso dije de repente:

—¿Abrimos esta botella? —Alcé las cejas conforme cogía una botella de vino de la despensa y me giraba hacia ella, que se cruzó de brazos sin humor.

—¿Ahora? ¿En serio? Ya no somos unos críos.

—Precisamente por eso. Antes habríamos abierto una de tequila. Hemos madurado. El vino tinto suena más sofisticado.

Emma no consiguió evitar una sonrisa deliciosa.

—Abby está en casa, no puedo.

—Sabes que se quedará roque dentro de nada.

—Ni siquiera me caes bien —me recordó.

—Por los viejos tiempos. —Saqué dos copas.

—Caleb, no es una buena idea.

—¿Acaso tienes miedo de que el alcohol hable por ti?

—En absoluto, porque no tengo nada que decir.

Vi que se ponía nerviosa, ante lo que solo sonreí fanfarrón.

—Pues entonces no temas y relájate.

Acabamos los dos en el salón cuando Emma fue a la habitación de Abby para tapparla bien y darle las buenas noches. Yo descorché la botella de vino y serví las dos copas. Me lo llevé a la boca para probarlo y descubrí que estaba delicioso.

—¿Cómo es que tenías este vino aquí?

—No lo sé. Creo que era de mi padre.

—Mmmm. —Lo saboreé con ganas y entonces pensé que era la ocasión perfecta para hacerle esa pregunta que llevaba rondándome tanto tiempo—. ¿Dónde están ellos?

—¿Quiénes? —Me miró con inquietud.

—Tus padres, Emma.

Noté que hizo un pequeño gesto de dolor, aunque intentó ocultármelo. Me ponía nervioso que procurase protegerse delante de mí, como si se obligase a mostrarse fuerte todo el tiempo a pesar de que el agotamiento era más que evidente.

En otra época sí había confiado en mí.

—Mi madre murió —confesó finalmente—. Fue inesperado. Por lo visto, le dio un ataque al corazón mientras dormía. Ocurrió hace ya tiempo, Abby solo tenía un año.

—Cuánto lo siento.

Ella me miró de reojo, un poco enfadada.

—No me puedo creer que no lo supieses.

—Sí lo sabía. Quiero decir, supe que había muerto, pero no cómo ni tampoco pregunté demasiado, si te soy sincero —admití porque, desde que Emma había salido de mi vida yo había intentado no saber demasiadas cosas sobre la suya.

—Y, aun así, nunca te acercaste por aquí...

—¿Acercarme? —Fruncí el cejo.

—Para ver cómo estaba.

—Pensaba que estarías bien. Tenías a tu padre.

—Él fue una gran decepción.

—Sobre eso sí que no supe nada.

—Porque no se lo conté a nadie. —Suspiró y cogió la copa—. Resultó que llevaba unos meses conociendo a una mujer mientras estaba con mamá. Así que cuando ella murió, no tardó demasiado tiempo en coger sus cosas y

largarse. Desde entonces, apenas pasa por aquí un par de veces al año para visitar a Abby, normalmente si le viene de paso durante alguno de sus viajes o cosas por el estilo.

—Joder. —No podía creérmelo.

—Así son las cosas, supongo.

Me incliné hacia ella, sintiéndome terrible.

—No sabía que estabas sola de esa manera, Emma.

—Pero habría dado igual que lo supieses, ¿verdad?

—¿Qué intentas decirme con eso?

—Déjalo. Ya no importa.

Se sirvió más vino. Iba a decirle que estaba bebiendo demasiado rápido, pero viendo que era la primera vez que probablemente se dejaba llevar un poco en años no quise interrumpir el momento y la dejé que hiciese lo que le apeteciese.

—Entonces, en cuanto a Abby...

—¿Sí? —Me miró confusa.

—¿Dónde está el padre? ¿Te ayuda con la manutención? ¿Vive cerca?

La cara de Emma cambió de repente, como si el vino se le hubiese agriado en la boca. Fue tan brusco, que me pilló desprevenido. Ella dejó la copa en la mesa y cogió aire.

—No, no hay un padre...

—Tiene que haberlo.

—Sí, pero no uno que se haga cargo de ella.

—¿Has criado a Abby tú sola?

—Así es. Y no necesito a nadie...

No la dejé que continuase hablando más.

—¿Ni siquiera te ayuda económicamente?

—Eso no es asunto tuyo.

—Emma, mírame.

La cogí de la mano pillándola desprevenida.

—No, no me ayuda —soltó al fin.

—Normal que tengas que trabajar tanto.

—Es un precio que estoy dispuesta a pagar.

—Ya. ¿Y qué hay de ti?

—No te entiendo.

—Cuando éramos jóvenes... la chica que conocí quería ser diseñadora de moda, había mandado la solicitud a una de las mejores academias del país

y era buena estudiante y tenía un futuro brillante por delante. No me malinterpretes. Lo que has hecho es increíble, pero me preocupa que te hayas olvidado de ti misma por el camino.

Emma se puso en pie como un resorte.

—¡Por supuesto que me he olvidado de mí y de mis deseos, Caleb! Puede que tú no lo entiendas, porque solo tienes que ocuparte de ti mismo, pero yo tengo prioridades, una niña que criar. Y no solo eso, tengo que pensar en su futuro, en intentar ahorrar un dinero que no tengo para que en el futuro no termine siendo una fracasada como yo y pueda ir a la universidad, para que pueda ser alguien en esta vida...

Vi cómo se rompía de golpe delante de mis ojos y me levanté. Antes de que pudiese huir de mí, la abracé con fuerza contra mi pecho y en ese momento tan solo volvimos a ser Caleb y Emma, los vecinos que habían crecido juntos desde niños y que eran como uña y carne porque se pasaban el día juntos y lo sabían todo el uno del otro.

—Cálmate, Emma. Lo siento. No tendría que haber preguntado.

—No es eso, es que ha sido duro. —Se limpió las lágrimas—. Y tú...

—¿Yo, que? —pregunté mirándola y sujetándola por los hombros.

—Nada —sacudió la cabeza.

—Dímelo.

—Tú no estabas —dijo con la voz temblándole.

Volví a abrazarla sintiéndome como el peor amigo del mundo. Porque sí, cuando me enteré de que Emma había tenido un lío de una noche y se había quedado embarazada me quedé destrozado, hecho polvo, pero aun así debería haber estado a su lado para ayudarla a hacerle frente a aquella situación y, en lugar de eso, me había largado lo más rápido posible con la intención de pisar Beaufort lo justo desde entonces.

Me había centrado tanto en vivir mi vida al máximo que no me planteé qué sería de la suya. Y por lo visto no había sido en absoluto un camino de rosas.

—Pero ahora sí que estoy.

Emma negó con la cabeza y se apartó.

—Los dos sabemos que te marcharás dentro de poco. No quiero que Abby se encariñe demasiado contigo. No quiero que cambie todo lo que tanto me ha costado construir. Ya sé que solo eres un amigo, pero...

—No pienses en eso ahora.

Emma cerró la boca, aunque no parecía del todo convencida. Yo tampoco

lo estaba. No quería ni imaginar que Abby empezase a verme como a una figura paterna, teniendo en cuenta que no tenía a nadie más de su entorno a quien asociar ese papel, pero, por otra parte, me gustaba que me viese como un referente cuando nadie antes lo había hecho jamás.

Yo siempre había sido la oveja negra.

La bala perdida.

De repente había alguien que parecía idealizarme, que llevaba toda aquella semana esperándome al salir de clase y mirándome con unos ojos llenos de ilusión y gratitud.

—Cálmate, Emma. —Le masajeeé los hombros con suavidad y, al hacerlo, me di cuenta de que la situación se estaba volviendo un poco íntima. O eso era lo que una parte de mí deseaba, porque no podía evitar sentirme atraído por ella—. Piensas demasiado, ¿lo sabes? Ya lo hacías cuando eras joven, le dabas mil vueltas a las cosas...

—Tú no le dabas ninguna vuelta —replicó.

—Tienes razón. —Me reí.

El salón estaba en silencio y al mirarla sentí ganas de besarla.

Tenía unos labios perfectos, con forma de corazón, y sabía que eran suaves. Como también sabía que aquello era mala idea y que, si me inclinaba y hacía lo que realmente me apetecía en esos momentos, puede que toda la situación estallase por los aires.

Y el problema era que yo no quería que ocurriese. Me apetecía seguir manteniendo esa nueva rutina que nos habíamos marcado casi sin darnos cuenta. Era agradable tener por fin algo que hacer un viernes por la noche, algo más que salir de fiesta, conocer a gente nueva, terminar en una habitación acompañado por cualquier desconocida que no me hacía sentir ni la mitad de las cosas que Emma conseguía sin proponérselo...

Aunque no quisiese eso, sentir nada...

Porque sabía bien que solo iba a ser una complicación.

—Quizás deberías irte ya —me dijo.

—Puede. O podemos terminarnos esa botella.

Me aparté de ella con rapidez, antes de terminar haciendo una tontería y cubrir su boca con la mía, que era casi lo único en lo que podía pensar en esos momentos.

Calma, Caleb, calma.

—¿Estás seguro?

—Sí —contesté.

Calma, no hagas ninguna tontería de las tuyas, me dije.

—De acuerdo, como quieras.

Se sentó a mi lado en el sofá. Su pierna rozaba la mía y entre eso, el vino y que ese día estaba particularmente guapa incluso a pesar de vestir el pijama y llevar un moño en la cabeza, sentí que me excitaba. O quizás era justo por eso, porque verla así me daba una sensación de intimidad que con ella conocía demasiado bien.

Deja-de-pensar-en-lo-que-estás-pensando.

—¿Vas a quedarte callado mirándome? —preguntó.

—Ehhhh... no. Así que, trabajas en una cafetería —saqué ese tema porque fue el primero que se me ocurrió—. Y por lo visto no tienen muy en cuenta la conciliación familiar.

—No, van a lo suyo. Pero pagan bien, así que...

—Aun así, creo que mereces algo mejor.

—La vida viene como viene —suspiró y se terminó su copa, luego subió los pies al sofá, cruzándolos con toda la confianza del mundo. Las chicas con las que solía salir no se comportaban así, sino todo lo contrario: intentaban impresionarme, se mostraban tensas, poco naturales—. ¿Y qué hay de ti? ¿Qué has estado haciendo exactamente?

—¿No te ha contado nada mi abuela?

—Algunas cosas. Lo justo. Dice que eres un culo inquieto.

—Eso piensa ella, sí. —Me reí.

—Me gustaría ir a verla, por cierto.

—Claro. Hazlo cuando quieras.

—Entonces, ¿has viajado mucho?

—Muchísimo. ¿Recuerdas cuando éramos jóvenes y decíamos que recorreríamos juntos el mundo? —le dije con nostalgia, porque todo había sido al revés, ni lo habíamos hecho juntos ni ella había salido de Beaufort. Emma asintió con tristeza—. Pues algo así. No tan genial como imaginaba que sería contigo —se me escapó—. Pero he estado por Europa y después regresé a Estados Unidos. Voy un poco sobre la marcha.

—¿Y cómo te pagas los viajes?

—Trabajo de lo que voy encontrando y tengo algunos ahorros.

—Comprendo. —Ya no quedaba vino, pero no se movió.

—Debo admitir que no es tan increíble como parece dicho en voz alta. Quiero decir, que tiene sus ventajas, como el conocer tantos lugares... pero también sus contras.

—¿Cómo cuáles?

—Ya sabes, la estabilidad, todo eso.

—Ni siquiera puedo imaginar que algo así te importe.

Me encogí de hombros y no dije nada, porque creía que era mejor así. Emma y yo pertenecíamos a mundos muy distintos en esos momentos. Ella había crecido muy rápido, tenía responsabilidades, preocupaciones y cargas que atender. Yo al revés, seguía siendo inmaduro según mi madre y no me gustaban las responsabilidades, ni las preocupaciones o las cargas. Éramos como dos opuestos del todo.

Pero aún así me encantaba ella. No había ninguna razón especial. Sencillamente siempre me había parecido una mujer fuerte, atractiva, valiente y muy decidida. Con carácter. Cuando salíamos juntos y discutíamos, ella era como un volcán que explotaba de golpe y luego se calmaba con la misma intensidad. Me gustaba incluso enfadada.

—¿Recuerdas cuando íbamos al río a cazar sapos?

—Yo siempre cogía más que tú —dijo Emma.

—Porque te dejaba ganar —mentí fanfarrón.

—Los dos sabemos que no es verdad.

—Tú solías decir que... —empecé a recordar.

—Que alguno de esos sapos sería mi príncipe azul —terminó ella la frase por mí, interrumpiéndome con una mueca cínica que se transformó en una sonrisa llena de amargura—. Pero me equivoqué. Está claro que en el mundo real no hay príncipes ni mucho menos princesas. —Se puso en pie de nuevo—. Deberías irte ya, Caleb.

—Supongo que sí. —Me levanté.

Me acompañó hasta la puerta y abrió. El aire era gélido en el exterior. Me abroché la chaqueta hasta el cuello y ella me miró con la nariz roja por el frío viento.

—¿Irás el lunes a por ella? —preguntó.

—¿Aún lo dudas? —repliqué—. Claro que sí.

—Gracias por todo, Caleb.

Después cerró la puerta a su espalda y yo me quedé un poco mirando la superficie de madera y dándome cuenta, muy a mi pesar, de que hacía años que no me sentía tan alterado en general, como si Emma hubiese despertado en mí algo que estaba dormido.

Lo último que esperaba era que los siguientes dos días se me hiciesen largos. Pero ocurrió. Resultó que el sábado y el domingo no fueron tan divertidos cuando al llegar la tarde me di cuenta de que no tenía nada que hacer. Echaba de menos acercarme hasta el colegio dando un paseo para recoger a Abby y luego estar con ella en la casa arreglando algo mientras la niña hacía los deberes y jugábamos juntos un rato.

Me resultaba curioso que me hubiese acostumbrado a esa rutina con tanta facilidad, pero es que era más agradable de lo que había pensado en un primer momento.

Así que el sábado por la tarde, tras pasar todo el día un poco aburrido en casa, decidí acercarme al local del pueblo a tomar una cerveza. Al llegar, todo seguía como siempre. Las mismas caras conocidas y la misma decoración, con las mesas de madera, lámparas largas que caían con una luz amarillenta y muchas botellas de cristal tras la barra.

Distinguí en una de las mesas a algunos compañeros con los que había ido al instituto y decidí acercarme hacia ellos. Sonrieron al verme llegar.

—Mira quién anda ahí —dijo Elio.

—¡Caleb! —gritó Dona emocionada.

Dona era una vieja amiga. De hecho, ahora que lo recordaba, también en su día ella y Emma habían sido muy amigas, aunque no sabía si en la actualidad seguía siendo así. Estaba un poco desubicado en ese sentido. Todos habíamos ido juntos a clase, habíamos crecido y luego habíamos continuado por diferentes caminos. En el caso de ellos, se habían quedado en el pueblo o bien habían regresado tras terminar sus estudios.

—Siéntate, amigo —me dijo Trent.

Me senté junto a ellos y pedí una cerveza cuando la camarera se acercó. Tenía la sensación de que todo seguía como siempre. Los veía de vez en cuando, cada vez que me pasaba por el pueblo y me dejaba caer por el local, algo que cada vez hacía con menos frecuencia, sobre todo desde que Asher no iba conmigo porque estaba ocupado siendo el padre y el novio perfecto, cosa sobre la que no tenía nada que objetar dado que su chica era mi hermana. Eso no impedía que me sintiese un poco solo.

—¿Cómo te va la vida? —preguntó Elio.

—Bueno, sencillamente va, supongo.

—No suena prometedor. —Trent negó con la cabeza—. ¿Sigues dando

vueltas por el mundo? ¿Dónde has estado últimamente?

—Seguía en California —dije.

—¿Seguías? —preguntó Dona.

—Sí, ahora voy a quedarme unas semanas por aquí.

—Eso suena prometedor —contestó Dona sonriéndome.

En cualquier otro momento habría coqueteado con ella al instante, pero en ese no me salió. Tan solo le devolví la sonrisa y le di un trago a mi cerveza.

—¿Has oído lo de Louisa? —preguntó Trent.

—¿Louisa? —No me sonaba de nada.

—La chica esa que iba con nosotros al instituto. La pelirroja. Al parecer ha conseguido montar una empresa de éxito así por sorpresa. Vende sobres de azúcar con frases anónimas que manda la gente a través de una página web.

—¿No estaba eso ya inventado? —cuestioné.

—Con frases ilustres, sí. En este caso son frases de cualquiera.

—Interesante... —Me encogí de hombros y bebí más.

Hubo una pequeña trifulca en el local con unos chicos de una quinta más joven y todos nos giramos para ver el espectáculo. Al final se solucionó con un par de insultos y poco más, como siempre ocurría. Volvimos a mirarnos entre nosotros cuando la atención regresó a la mesa. La verdad es que ninguno habíamos cambiado demasiado desde el instituto.

—¿Cómo le van las cosas a Asher? —preguntó Elio.

—Bien, bien. Es un padre increíble —corroboré.

—Se veía venir —bromeó Trent.

—¿En serio? —Lo miré con curiosidad—. Yo no me lo imaginé jamás.

—Pues sí. Es el tipo de tío que parece duro por fuera, de los que nunca se comprometerán, pero entonces llega la indicada y... ¡zas! —Dona dio una palmada delante de mis narices—. En menos de lo que canta un gallo negocio compartido, piso juntos y un crío en común que será el primero de muchos.

—Buen razonamiento —contesté, porque no sabía qué decir.

Puede que Dona tuviese razón. Cuando Asher y yo hablábamos del futuro, parecíamos tener las mismas metas en mente. Él nunca comentó que quisiese una vida estable o hijos, pero imaginaba que al final el destino daba muchas vueltas.

Tren me miró y me señaló con su copa.

—¿Y cómo es que has decidido quedarte unas semanas por aquí? Algunos ya empezábamos a pensar que odiabas este lugar, como siempre que vienes te vas tan pronto como has llegado...

—Es Navidad —aclaré—. Y tengo cosas que hacer.

—¿Cosas que hacer? ¿Tú? —se burló Dona sin intención.

Me pensé mucho si decírselo o no, pero luego caí en la cuenta de que quizás ellos sabían algo más. Además, tampoco tenía nada de malo, ¿no? Ni era raro...

—Estoy cuidando por las tardes a la hija de Emma. —Todos se quedaron mirándome en silencio, estupefactos—. Solo una hora, más o menos —aclaré.

—¿Bromeas? —Trent parpadeó.

Pues quizás sí que era un poco raro...

—No es nada. Solo será durante este mes.

—¿No estuviste saliendo con Emma en el instituto y luego te engañó y...?

Paré a Elio antes de que siguiese por ese camino que ya me conocía demasiado bien. No quería recordar todo lo ocurrido, ni volver atrás, ni buscar explicaciones.

—No me engañó —quise aclarar—. Habíamos roto.

—Hacía muy poco tiempo desde que lo habíais dejado —dijo Dona con la boca pequeña.

—¿No se supone que tú eres su amiga? —La miré molesto.

—Ya no. Desde hace mucho, en realidad.

—¿Por qué? —No pude evitar preguntarlo.

Dona hizo una mueca rara y negó con la cabeza.

—Pues porque ella cambió de golpe. Desde que se quedó embarazada dejó de salir como antes y cada vez que yo venía de visita al pueblo ella estaba ocupada, así que...

—Bueno, es lo que tiene cuidar a una niña sola —quise defenderla.

—No deberías ser tan benevolente con ella —opinó Dona—. A fin de cuentas, se lo buscó solita, ¿no? Ponerse una goma no es tan complicado.

Abrí la boca para seguir discutiendo, pero me di cuenta de que no iba a llegar a ninguna parte por ese camino. Podría haberle ocurrido a cualquiera. Sencillamente le pasó a ella. Y toda su vida; sus sueños, sus ilusiones y sus metas se habían convertido en escombros para poder hacerse cargo de Abby y asegurarle el futuro que ella no tuvo.

—¿Sabéis quién es el padre? —pregunté sin humor.

—No estoy segura. —Dona dudó—. Creo que en alguna ocasión me comentó algo de un chico del pueblo de al lado, lo conoció en esa discoteca que estaba a las afueras. Sinceramente, tenía toda la pinta de ser un mal tipo de los que es mejor no tener cerca.

Eso me preocupó. Yo también lo había estado pensando a lo largo del último día, desde la conversación que tuve con ella la noche anterior. No sabía si el hecho de que no se hiciese cargo económicamente significaba también que nunca iba a visitarlas.

—Fue una pena lo de Emma. —Elio sonrió como un idiota—. Cuando íbamos al instituto estaba tremenda. Tú lo sabes bien —me guiñó un ojo.

—Tampoco era para tanto —protestó Dona, que siempre se había sentido empequeñecida por la sombra de Emma, aunque sin razón. Eran distintas, simplemente.

—¿Otra ronda? —preguntó Trent.

Pero mi cabeza y mis ánimos ya estaban muy lejos de allí.

—Yo tengo que irme ya —me excusé.

—¿Tan pronto? —Por debajo de la mesa, Dona puso una mano en mi rodilla y subió un poco más por la pierna—. Quédate un poco más...

—Lo siento, quizás otro día —repuse.

Me puse en pie y cogí la chaqueta del respaldo de la silla antes de dejar algunos billetes en la mesa para pagar mi consumición. Después salí de allí y me dirigí hacia la casa de mi hermana Marian, llamé al timbre y esperé hasta que me abrió.

—No sabía que vendrías —me dijo haciéndose a un lado para dejarme entrar.

—Ni yo. Tan solo pasaba por aquí y pensé en venir a ver al enano.

—Está en la habitación con Asher.

Me acerqué y al ver por el hueco entreabierto de la puerta que mi amigo estaba intentando dormir al bebé, decidí no entrar para evitar hacer ruido e interrumpirle. Volví sobre mis pasos hasta la cocina, donde mi hermana Marian estaba cocinando.

—¿Te quedas a cenar? —preguntó sonriéndome.

—No, creo que debería irme ya.

—¿Estás seguro? Tengo pastel de fresas en la nevera, tu preferido —me tentó.

—Bien, me comeré un trozo ahora...

Fui a abrir el cajón donde guardaban los cubiertos, pero ella se interpuso antes de que consiguiese rozar siquiera el pomo. Alzó las cejas con una mueca de advertencia.

—Si quieres postre, primero tienes que cenar.

—Marian...

—No seas gruñón. Que seguro que te marchas dentro de nada y a saber cuánto tiempo tardas en volver. Tenemos que aprovechar cuando estás aquí.

—De acuerdo —suspiré tras ceder.

Puse la mesa mientras ella terminaba con los preparativos de la cena. A decir verdad, me quedé pensando en sus palabras y, curiosamente, me di cuenta de que por primera vez no tenía ningunas ganas de irme de Beaufort. ¿Para qué? ¿Para volver a California o buscar algún otro lugar nuevo que no me aburriese? ¿Para seguir conociendo a gente cada día y pasar a olvidarla poco después? ¿Para encontrar otro trabajo de cualquier cosa...?

No, no me entusiasmaba demasiado.

Me quedé mirando fijamente por la ventana, perdido en mis pensamientos cada vez menos claros, hasta que mi amigo apareció y me dio una palmada en la espalda.

—¿Qué te pasa, tío? Pareces distraído.

—Nada importante. —Me encogí de hombros.

Nos sentamos a la mesa y empezamos a cenar. Como todo lo que cocinaba mi hermana, aunque su fuerte fuese la repostería, el pescado al horno estaba delicioso y las verduras justo en su punto, al dente. Me lo comí todo en un santiamén y me faltó tiempo para ir a la nevera a buscar mi ración de tarta de fresas.

La degusté con los ojos cerrados.

Qué buena estaba.

—¿Qué tal te van las cosas con Emma? —se interesó de repente mi hermana.

—Bien. Normal. Sin más.

—¿Y Abby?

—Igual.

—Parece que tengo que sacarte las palabras a la fuerza —bromeó ella.

—No es eso, es que no tengo muchas novedades.

—Como si el hecho de que estuvieses siendo el niño de esa cría no fuese ya por sí mismo una novedad increíble —se burló Asher.

Mi hermana, en cambio, tenía los ojos fijos en mí. Por un momento me asustó. Marian me conocía bien, demasiado bien. A veces tenía la insólita capacidad de saber cosas que aún eran completamente desconocidas para mí. En realidad, aunque no fuesen del todo conscientes, mis tres hermanas eran terriblemente intuitivas, como si hubiesen heredado parte de los dones de la abuela. Agatha era observadora y astuta, Cassie tenía magia y Marian era de lo

más empática. Eso o bien las mujeres, como mi padre decía a menudo, eran mucho más listas que la mayoría de los hombres, sobre todo cuando se trataba de sentimientos, algo que a mí nunca se me había dado del todo bien.

—No es tan extraño. Además, hemos hecho las paces o algo así.

—¿En serio? —Se interesó Marian.

—Sí, bueno, más o menos.

—¿Hablasteis?

—No.

—¿Entonces?

—Pues eso mismo, que decidimos no hablar.

—No lo entiendo.

—A Emma le pareció bien empezar desde cero sin darle más vueltas al asunto. ¿Qué necesidad hay de escarbar en el pasado? Lo nuestro fue hace un millón de años.

—El pasado siempre vuelve, Caleb —le advirtió mi hermana.

—Déjate de tonterías. ¿Queda más pastel?

—Sí, está en la nevera. —Sacudió la cabeza.

—Dale un respiro, cariño —oí que le decía Asher a Marian cuando me alejé lo suficiente como para que creyesen que no los oiría. Sí lo hacía. Tenía un oído fino. Abrí la nevera—. Quizás sea verdad y estar cerca de Emma sea positivo para él.

—¿En serio? Te recuerdo que le rompió el corazón.

Me quedé quieto con la puerta de la nevera abierta.

¿De verdad todo el mundo pensaba eso? ¿Que Emma me había roto el corazón...? Había una pequeña parte cierta en ello, pero tan solo eso, pequeña. De algún modo sí lo hizo. Solo que yo se lo rompí antes a ella. Respiré profundamente mientras mi mejor amigo y mi hermana seguían hablando en susurros desde el comedor.

—Está claro que Caleb ya la ha olvidado.

—No conoces tan bien a mi hermano como crees.

—Marian, mi vida...

—Caleb no es siempre el tipo duro que tú piensas. Tiene sentimientos, aunque se preocupe de esconderlos todo lo posible, al parecer.

Vale, ya está bien, me dije cabreado. Regresé al salón sin el trozo de tarta y de un humor de perros. Cogí mi chaqueta del respaldo de la silla que había ocupado.

—¿Ya te marchas? —preguntó Marian—. ¿No querías más postre?

—Se me ha revuelto el estómago —musité.

—Caleb...

Me giré hacia ella antes de salir por la puerta.

—No escondo mis sentimientos. Lo que ves es lo que hay, así de simple soy. Esa tonta idea de las mujeres de querer ver siempre más de lo que hay. Es una estupidez —chasquéé la lengua.

Después me largué sin dejar que mi hermana pudiese replicar nada. No tenía ganas de discutir con ella y tampoco de darle más vueltas al asunto, lo que era una desgracia porque no conseguía quitármelo de la cabeza. Emma, Emma, Emma... Curiosamente, había sido la chica más constante en mi vida, desde pequeño hasta la actualidad, su sombra siempre había estado alrededor, incluso aunque a veces la odiase o intentase evitarla.

De hecho, no sabía por qué intentaba eso mismo ahora.

Éramos adultos. Sí, tuvimos algo en el pasado y no salió bien. Pero el sexo se nos daba genial, nos divertíamos juntos y ella era inteligente y fantástica. ¿Por qué teníamos que seguir cabreados en la actualidad o agitar lo que ocurrió? ¿Por qué no hacer borrón y cuenta nueva con todo lo que eso implicaba? ¿Por qué no comportarme con ella justo como lo haría con cualquier otra chica que acabase de conocer por la que me sintiese atraído...?

Esa es justo la clave, me dije. Ser yo mismo con Emma. Ser el hombre que llevo siendo los últimos años de mi vida sin pensar en lo que tuvimos, en el pasado ni en los recuerdos.

Con esa idea en la cabeza, me dirigí hacia su casa.

Aunque una pequeña vocecita en mi cabeza me gritaba que no lo hiciese, había otra más potente y atronadora que aplastó mi sentido común cuando fui directo hacia la casa donde Emma vivía con Abby. De camino allí, me convencí de que ella era una chica más, no una especial, y aparté los recuerdos de la niña rubia con la que había crecido.

El corazón me latía a mil por hora al llamar al timbre.

Tardó en abrir, probablemente porque estaba ya en la cama, y cuando lo hizo me miró sorprendida. Emma llevaba el pelo mal recogido, la cara lavada, un pijama grueso y suave y una bata de color azul claro con la que intentaba abrigarse cuando el frío de la calle se coló en la entrada de la casa. Vi la incompreensión en su rostro.

—¿Qué estás haciendo aquí a estas horas? —Como tardé en contestar, mordiéndome el labio inferior aún dudando, ella siguió—: ¿Te ha pasado algo? ¿Caleb?

Casi me molestó más que fingiese preocuparse por mí cuando los dos sabíamos que no era así. Que en el pasado nos habíamos hecho daño hasta el punto de odiarnos.

—Te pareció bien que empezásemos desde cero.

—Sí, ¿pero eso qué tiene que ver...?

—Entonces —la interrumpí—, en el caso de hacerlo, de no conocerte y verte por primera vez, me habría acercado a ti. —Lo hice lentamente, subiendo los escalones hasta estar a su altura, apenas a unos centímetros de distancia—. Te habría sonreído, habría coqueteado contigo y después...

No le di tiempo a reaccionar antes de besarla casi con rabia. Sujeté su precioso rostro entre mis manos, acunando sus mejillas y acogí sus labios entre los míos con fiereza. Emma jadeó con sorpresa y se sujetó a mis hombros.

Me separé para mirarla.

Ella tenía la nariz enrojecida y los ojos brillantes.

—Después te besaría —terminé de decir.

—Caleb... —Seguía confundida.

—Es lo que hago cuando me gusta una chica.

No añadí *una chica cualquiera*, pero era justo lo que me había propuesto sentir con respecto a ella, aunque me pareciese en esos momentos la chica más perfecta que había visto jamás. Emma parecía estar a punto de llorar, pero no

se apartó ni entró en la casa.

—Esto no puede volver a ocurrir entre nosotros.

—¿Por qué no? —La besé otra vez rápido.

—Porque ya salió mal una vez.

—No te estoy pidiendo que nos casemos.

—Eso ya lo sé —replicó molesta.

—Me marcharé pronto, Emma.

—¿Me lo prometes?

Me sorprendió que deseara que lo hiciera.

—Te lo prometo.

Luego volvimos a besarnos, esta vez los dos con las mismas ganas. Emma me cogió de la solapa de la chaqueta y tiró de mí con suavidad invitándome a entrar.

—¿Y Abby? —pregunté agitado.

—Durmiendo. No hagas ruido.

Devoré su boca en la oscuridad del pasillo mientras nos movíamos a tientas hasta su dormitorio, que estaba al final. Me invadió una explosión de deseo, como si hasta ese mismo instante los dos hubiésemos estado reprimiendo la tentación de tocarnos como lo estábamos haciendo. Una vez entramos en la habitación y nos aseguramos de cerrar la puerta, mis manos bajaron por sus caderas hasta apresar su trasero.

—Mmmm... tan perfecto como lo recordaba.

—Eres idiota, Caleb. —Se echó a reír.

Le sujeté el rostro besándola sin piedad hasta que ella gimió cuando colé mi lengua en su boca y acaricié la suya en un baile delicioso y embriagante.

—Shhh —susurró.

—Eres tú la que está haciendo ruido.

—Por tu culpa —replicó divertida.

Todavía la conocía demasiado bien como para notar que estaba nerviosa. Sus movimientos torpes y poco decididos la delataban. También cómo me miraba.

—¿Qué ocurre? —pregunté sin dejar de mover mis manos.

—Estoy un poco... un poco... desentrenada.

Alcé las cejas con sorpresa ante esa confesión. Solo la luz de la lamparita de la mesa auxiliar iluminaba su bonito rostro. El dormitorio era sencillo, no muy grande, con muebles antiguos como los del resto de la casa y una cama a un lado ya deshecha. Las paredes estaban pintadas de un tono

melocotón que le daba un toque cálido.

—No creo que eso sea un problema entre nosotros.

Fui a volver a besarla, pero ella me frenó poniéndome las manos en el pecho. Estaba empezando a impacientarme. Porque estaba excitado, duro como una piedra, y solo deseaba desnudarla de una vez por todas y fundirme con ella.

—Pero... pero tú... Me preocupa.

—¿Por qué? —La miré intrigado.

—Porque puedo imaginarme cómo ha sido tu vida durante todos estos años, de un sitio para otro, conociendo a tantas chicas... —Se mordió el labio de una forma deliciosa.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Tú sí tienes mucha experiencia.

—¡Por favor, Emma! —Me reí y le quité el nudo a su bata antes de dejarla caer al suelo del dormitorio—. Los dos empezamos en esto juntos, ¿recuerdas?

—Sí, pero luego seguimos caminos separados.

—Emma, tan solo déjate llevar...

Le quité la camiseta del pijama por la cabeza.

No llevaba sujetador, así que me quedé sin respiración al ver sus preciosos pechos redondeados y pequeños. Cogí aire y los cubrí con mis manos. Ella cerró los ojos.

—Solo sexo, solo eso —repitió—. Luego te irás.

Hubo algo en la manera en la que lo dijo que no me gustó, porque me hacía sentir raro esa barrera que Emma se ponía frente a mí, pero ¿no era justo lo mismo que pretendía en mi caso? ¿No era eso precisamente lo que deseaba? Sexo, como si fuese una desconocida más y ya está. Era perfecto. Yo le atraía. Ella me atraía a mí. ¿Por qué no?

—Sí, deja de preocuparte por todo.

Me incliné y cogí uno de sus pezones con la boca. El sonido que escapó de su garganta me hizo enloquecer. La ayudé a quitarme la ropa y no tardamos en quedarnos los dos desnudos, el uno delante del otro, como tantas otras veces lo habíamos estado años atrás. Fue como viajar en el tiempo de golpe y durante unos escasos segundos previos volvimos a ser dos adolescentes descubriendo juntos todo un mundo de sensaciones, hasta que el deseo ganó la batalla y la besé con más ganas antes de ponerme un preservativo.

Terminamos cayendo sobre su cama instantes más tarde.

—Me gustaría detenerme en los detalles... —comenté colando mi mano entre sus piernas—. Pero me temo que tendremos que dejarlo para otra ocasión, porque no puedo esperar más, Emma. —Le separé las rodillas y, después, me deslicé dentro de ella.

Cerré los ojos al notar todas las sensaciones que me nublaron la mente. Hacía mucho tiempo que no me sentía de esa manera. Como si el sexo fuese eso, pero también algo más, un momento lleno de intensidad, como una corriente eléctrica de deseo.

—¿Caleb? —Su voz me hizo reaccionar—. Creo que deberías moverte.

Soltó una risita y yo fui consciente de que estaba ahí parado como un idiota, mirándola desde arriba con los brazos a ambos lados de sus hombros. Bajé haciendo una pequeña flexión y la besé, luego salí de ella y la penetré con fuerza. Emma gimió y se mordió el labio inferior de una forma tan sensual que provocó que, entonces sí, dejase de pensar en cómo me sentía y tan solo me moviese de una forma salvaje dentro y fuera de ella.

Cuando vi que no iba a durar demasiado, la acaricié también con la mano.

—Dime que estás a punto —jadeé sin aire—. Dime que te falta poco...

—Sí, ni se te ocurra parar ahora...

Su voz ronca era música en mis oídos.

El grito que soltó cuando se corrió fue aún mejor.

Sonreí y le tapé la boca con una mano para evitar que despertase a Abby antes de dejarme ir también, embistiéndola por última vez para terminar quedándome tumbado sobre ella e intentar recobrar la calma. Había sido... bestial. Y Emma solo había necesitado salir en pijama y bata a la puerta de su casa para hacerme enloquecer como no me ocurría desde hacía una eternidad. Me aparté un poco y la miré entre las sombras.

—Te aseguro que suelo durar mucho más...

Se echó a reír y ella misma se amonestó por hacer ruido.

—Ha sido perfecto —me dijo.

—Lo digo en serio —insistí.

—Deja de comportarte como un crío.

—Es que me descolocas —alcancé a decir, aunque hubiese preferido guardármelo para mí, pero no pude hacerlo, como tampoco contuve lo que dije después—: Eres preciosa.

Moví un dedo por su cintura, subiendo lentamente hasta sus pechos.

Emma tragó saliva con fuerza, mirándome.

—Ya no tengo el mismo cuerpo que antes.

—Qué ilusa eres...

—El embarazo... me salieron estrías...

—Deja de decir tonterías. —La callé con un beso y después sonreí con picardía—. Así que has estado desentrenada... Voy a tener que ocuparme de solucionar eso.

—Un poco. No tengo demasiado tiempo para ligues, ¿sabes?

—Mmmm... —No logré ignorar que noté un atisbo de celos sin sentido al pensar en esos tipos con los que ella habría salido—. ¿Y has tenido muchos de esos últimamente? —Solté sin pensar.

—¿Los has tenido tú? —replicó.

—Sí —admití—. Tu turno.

—Sabes que no. Te dije que hacía tiempo... —Bajó la mirada hasta nuestros cuerpos desnudos, todavía tocándose—. Prefiero que no hablemos del tema.

Pero no podía evitar que algo me mosquease...

—¿Es por él? —Quise saber.

—¿A qué te refieres?

—El padre de Abby.

—No vayas por ahí, Caleb.

—¿Seguís teniendo algo...? —insistí—. ¿O te ha impedido alguna vez conocer a otras personas...? —La miré preocupado, deseando que confiase en mí.

—No. Y deberías irte, Caleb, es tarde. Dijimos que solo sexo, ¿recuerdas?

—También somos amigos —añadí.

—Los amigos no se quedan tumbados en la cama hasta el amanecer.

Puse los ojos en blanco, pero rodé hacia un lado y empecé a vestirme sin demasiadas prisas. Curiosamente, pensé que a mí sí me hubiese apetecido quedarme esa noche ahí con ella, durmiendo en esa cama y, quizás, quién sabe, follando de nuevo a media madrugada si alguno de los dos se despertaba y todavía seguíamos desnudos y abrazados.

Pero me di cuenta de que Emma necesitaba poner barreras entre nosotros. Además, me daba la sensación de que intentaba mantener cierta parte de su vida en la intimidad.

Yo, en cambio, no podía evitar pensar que el padre de Abby era problemático, no solo porque las ignorase de esa manera, sino porque por su

manera de esquivar el tema sabía que había algo más, algo que me estaba ocultando. Me entraban ganas de enfrentarme a quién fuese solo al pensar que pudiese estar haciéndoles daño a cualquiera de las dos.

—No hace falta que salgas, quédate aquí, hace frío.

Me agaché y la besé una última vez, sorprendiéndola, antes de salir del dormitorio. Caminé por el pasillo sin hacer ruido, pero no pude evitar fijarme en que la puerta de la habitación de Abby estaba entreabierta. Al mirar por el hueco, vi que tenía encendida una luz pequeña para evitar la oscuridad y que se había destapado hasta la cintura.

Dudé mucho, mordiéndome el labio parado delante de su puerta. Pero al final entré, me acerqué hasta la cama y le subí la manta para impedir que se resfriase. Me quedé mirándola unos segundos antes de marcharme y salir a la calle.

Había empezado a nevar. Contemplé el cielo oscuro iluminado por las farolas mientras los copos pequeños de nieve caían como si fuesen trozos de algodón arrastrados por el viento. Luego me marché a casa.

Nunca había sido especialmente fan de las Navidades, pero aquel año tenía la sensación de que iban a ser distintas. Para empezar, porque era la primera vez que asistiría a una obra de teatro infantil. Y no solo eso, sino que lo haría con mi abuela.

Cuando Abby insistió días antes, ni Emma ni yo fuimos capaces de negarnos, por mucho que ella desease separar la parte más personal e íntima de su vida. Además, la cría había preguntado expresamente por mi abuela Agnes y, cuando se lo comenté, me pidió que la acercase en coche, asegurándome que iría en silla de ruedas sin problemas con mi ayuda para moverse hasta el salón de actos del colegio. Al principio, reconozco que puse pegas.

—No sé si es buena idea... —comencé a decir.

—Caleb, la decisión está tomada. Quiero ver la obra —se perdió unos segundos en su propio mundo antes de añadir—: Seguro que Abby estará preciosa.

—Hace de estrella —le especifiqué.

Lo sabía porque, las últimas tres tardes que había pasado cuidando de ella en su casa, se había probado el disfraz sin cesar, descartando los otros que tenía en el baúl. Y eso que no había nada que le gustase tanto a Abby como divertirse poniéndose todo tipo de pelucas, sombreros, bigotes y accesorios variados para cambiar su aspecto. Tenía un montón de vestidos de todo tipo de colores que Emma le había cosido; al parecer, había volcado en los disfraces de su hija su frustrada carrera como diseñadora que nunca llegó a despegar.

—Será una estrella fantástica —siguió la abuela.

—Seguro que sí...

—¿Cuándo es la obra?

—Te lo he dicho antes, abuela. —Me callé al darme cuenta de que a ella le dolía ser consciente de la rapidez con la que olvidaba algunas cosas—. Este viernes por la tarde.

—Tengo muchas ganas de verla —contestó con dulzura.

Los días de aquella semana pasaron volando. Por una parte, debería de habérmelo tomado como una buena señal, porque la verdad era que las horas se me escapaban de entre los dedos estando tan cerca de Emma y Abby. Con la pequeña, las tardes eran apenas un suspiro lleno de diversión y juegos, sobre todo ahora que tenía menos deberes al acercarse las fiestas. Pasábamos el rato

disfrazándonos o jugando a cualquier cosa que se nos ocurriese. El miércoles, terminamos poniéndonos perdidos intentando hacer una lasaña para darle a Emma una sorpresa cuando llegase a casa. Y el jueves, interpretamos para ella una obra de teatro los dos disfrazados, haciéndola reír hasta que tuvo que sujetarse el estómago con las manos. Al ver a Emma así, tan feliz y con los ojos brillantes, recordaba más que nunca todo lo que siempre me había gustado de ella: lo divertida que era, su espontaneidad, la sonrisa a lo Julia Roberts que le ocupaba todo el rostro, lo decidida que era cuando algo se le metía entre ceja y ceja...

Y esa era justo la parte mala.

La misma que la buena.

Que me daba cuenta de que me gustaba demasiado pasar tiempo con las dos y no terminaba de encajarlo bien. Al fin y al cabo, los días pasaban rápido, las semanas también... y en menos de dos yo volvería a marcharme por donde había venido sin mirar atrás. Nuestros caminos se separarían y de repente me daba pena la idea de no verlas en meses o de pasarme tan solo un rato cuando fuese de visita a Beaufort una vez a las mil.

Me preguntaba si estarían bien solas.

Si necesitarían algo... Si me necesitarían a mí...

—Vives en las nubes últimamente —me dijo mamá el viernes por la mañana mientras desayunaba en la cocina—. Pareces tu hermana Cassie —bromeó.

—No te pases.

Mamá se sentó enfrente de mí y me sirvió un poco más de zumo natural sin que yo se lo pidiese. No dije nada porque estaba riquísimo y me apetecía. Ella me miró con atención como si intentase averiguar algo que no le había dicho.

—Es por esa chica, ¿verdad?

—¿Qué chica? —Me hice el tonto.

—Emma. Ya lo sabes.

—No pasa nada con ella. Todo está bien.

—La abuela dice que es muy especial...

—Sí que lo es —estuve de acuerdo.

—Recuerdo cuando venía a casa de pequeña —dijo nostálgica—. Siempre te miraba de esa forma... de esa forma tan llena de ilusión.

—¿En serio? —Gruñí incómodo con la conversación.

—En serio. Sobre todo, cuando fuisteis creciendo.

—Ya. —Me puse en pie—. Me tengo que ir, le dije a Asher que lo ayudaría con la pastelería y por la tarde iré con la abuela a ver la obra de teatro de Abby.

Me despedí de mi madre dándole un beso y salí de allí sin dejar de pensar en sus palabras y en Emma. Especialmente porque, desde que nos habíamos acostado el sábado anterior, hacía ya seis días, no habíamos encontrado otra ocasión para hacerlo. Cada vez que lo intentábamos y mis manos se colaban con deseo por debajo de su camiseta, ocurría algo que nos obligaba a detenernos. Cuando no era una vecina cotilla llamando a su puerta era una llamada de teléfono imprevista. El día anterior, después de interpretar la obra de teatro solo para ella y disfrutar viéndola reír a carcajadas, me había quedado a cenar con ellas y esperé con impaciencia en el salón mientras Emma acostaba a Abby y le leía un cuento.

Yo las escuchaba desde el comedor.

Pensé en acercarme y unirme a ellas, pero algo me decía que a Emma no le gustaría que lo hiciese, porque de alguna forma seguía poniendo barreras entre nosotros y se mostraba incómoda y esquiva cada vez que yo intentaba acercarme más.

Cuando Emma regresó pasado un rato y me miró con una sonrisa pícara, tardé menos de dos segundos en tenerla debajo de mí en el sofá, besándola entre jadeos.

—Llevo toda la semana deseando que llegue este momento —le dije al oído mientras mis labios bajaban por su cuello. Ella se arqueó contra mí—. Me iba a volver loco.

—Vamos a mi habitación —dijo Emma.

—Buena idea.

Me levanté y tiré de su mano para ayudarla a incorporarse. Recorrimos el pasillo sin dejar de besarnos y llegamos hasta su dormitorio tapándonos la boca el uno al otro cada vez que gemíamos más alto de la cuenta. No podíamos dejar de sonreír y, mientras buscaba el cierre de su sujetador en la oscuridad, me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no era tan feliz como aquella noche. Y solo había necesitado tenerlas cerca a ellas, hacer un rato el tonto con Abby, cenar los tres en el salón unos sándwiches y luego besar a Emma...

—¿Mamá? —La voz de la pequeña se escuchó por el pasillo—. Mamá, ¿estás ahí?

—Mierda... —siseó Emma y empezó a ponerse nerviosa.

Yo me llevé un dedo a los labios para indicarle que mantuviese la calma.

—Ahora salgo. Dame un segundo, Abby.

—¿Por qué? —preguntó extrañada.

Le ayudé a Emma a volver a ponerse la camiseta y me quedé dentro de la habitación a oscuras mientras ella salía para hablar con la pequeña.

—¿Qué te ocurre, cariño?

—Había oído ruidos...

—¿Ruidos?

—Sí. Raros.

—Será el viento.

No pude evitar sonreír al escuchar su respuesta.

—Supongo. ¿Me lees otro cuento?

—¿Ahora, cielo? Es tarde, deberías dormir...

—Pero me he desvelado, mami.

—De acuerdo —suspiró—. Deja que me cambie de ropa, tengo un poco de calor. Espérame en la cama y ahora voy a leerte un cuento, ¿vale?

—Vale.

Emma volvió a entrar en el dormitorio, cerró la puerta a su espalda y encendió la luz. Me miró con resignación y yo sonreí del mismo modo.

—Lo siento —susurró muy bajito.

—Ya encontraremos el momento.

Me acerqué a ella, la cogí de las mejillas y la besé.

—Tienes que irte...

—Lo sé.

—... ¿por la ventana?

—¿Lo dices en serio?

Me miró suplicante.

—Abby es muy lista. Si te ve en el pasillo sabrá que pasa algo. Ya me preguntó hace dos días sobre ti...

—¿Y qué te preguntó?

—Ahora no podemos hablar.

—De acuerdo —dije a regañadientes.

Le robé un último beso y luego salí de su habitación por la ventana, justo como había hecho muchas otras veces cuando salíamos juntos de adolescentes e iba a verla de madrugada sin que nuestros padres se enterasen.

Así que, por todo eso el viernes estaba inquieto.

No solo porque mamá me había abordado de aquella forma rara esa

mañana, sino porque estaba nervioso al pensar que asistiría a ver esa obra de teatro a un lugar lleno de padres con sus cámaras de fotografías colgando, niños que corretearían de un lado a otro y profesores con ganas de dar charlas sobre lo bueno que era el reciclaje.

Sin embargo, pasar el rato con Asher en el local de repostería hizo que las horas se me pasasen un poco más tarde. Y que mi estómago se llenase más.

—¿Cómo pueden estar tan buenos estos dónuts?

—Tu hermana, que tiene una mano increíble.

—Ya la tenía desde pequeña.

—No es genético —se burló.

—No. Yo no tengo ni idea de cocina. Aunque tengo que decir que últimamente he hecho alguna que otra cosa con Abby, eh.

—¿Bromeas?

—No. Un día hicimos pizza. Y otro, lasaña, pero no salió bien.

Mi amigo apoyó un codo en la barra y me miró serio por primera vez en mucho tiempo. Supe que iba a intentar tener esa conversación que quería ignorar.

—Sé sincero conmigo, Caleb. Nos conocemos desde que íbamos en pañales. Dime qué lío extraño te traes de nuevo con Emma...

—No me traigo ningún lío —mentí.

—Te recuerdo que es tu exnovia, la única en serio que has tenido, por mucho que fueses un crío. Y te recuerdo también que te conozco muy bien...

Suspiré, sabiendo que ya no tenía escapatoria.

—Me gusta —admití.

—Joder... ¿estáis saliendo?

—¡No, claro que no!

—Tampoco sería para tanto.

—Por supuesto que lo sería. —Lo miré como si estuviese loco—. ¿Qué locura es esa? Yo me iré dentro de nada, así que solo por eso ya es imposible. Pero, además, tiene una hija, por si no te has dado cuenta.

—¿Y? —Alzó las cejas.

—Pues eso... No estoy preparado para ser el padrastro de nadie...

—Dijiste que la niña te caía bien.

—Y lo hace. Esa cría es increíble. Pero... —dudé, porque de repente me sentía en un callejón sin salida. Ni siquiera sentía mucho todo lo que estaba diciendo, pero sí quería convencerme de ello—. Pero no soy un buen ejemplo para nadie.

—Teniendo en cuenta cómo debe de ser el padre de esa chiquilla... seguro que sí eres un buen ejemplo en comparación, Caleb.

—Qué amable por tu parte.

—Entonces, Emma te gusta. Otra vez.

—Sí, pero me gusta para lo que tenemos, para follarse, divertirme...

Y también me gustaba para pasar tiempo juntos, para cenar viendo la televisión tranquilamente mientras bromeábamos o escuchábamos las anécdotas del día de Abby, para besarla hasta cansarme o para lo feliz que me hacía verla sonreír o mirarme agradecido cada vez que le echaba una mano arreglando algo de la casa o limpiando y lo veía al llegar a casa a última hora de la tarde tras ese turno de trabajo demoledor.

—Así que ella solo es un pasatiempo.

—Sí. —Pero lo dije con un nudo en la garganta.

—Y aún así esta tarde vas a ir a ver la obra de teatro de su hija.

—Eso es. —Estaba empezando a sentirme incómodo.

—Hay algo que no me cuadra, Caleb —sentenció.

—¿Esto qué es, un interrogatorio?

—Algo así.

—Me marchó ya.

—Venga, no te enfades.

Pero me despedí de él enseñándole el dedo corazón y luego salí de allí.

Cogí a mi abuela en brazos para subirla al coche y también para bajarla cuando llegamos al colegio donde iba a representarse la obra. La sujeté mientras ella se acomodaba en la silla de ruedas y luego la llevé y nos adentramos en la escuela. Como había esperado, estábamos rodeados de niños, padres y profesores, todos ansiosos por ver el espectáculo.

Emma me había dicho que teníamos reservados los asientos en la segunda fila, uno cerca de la salida para que la abuela no tuviese que levantarse de la silla.

Cuando llegamos, ella ya estaba allí.

Se había arreglado un poco y llevaba el cabello rubio recogido en una coleta, rímel y un pintalabios rojo que hizo que me entrasen unos deseos irrefrenables de besarla allí mismo delante de todo el mundo. Aguanté el impulso y me senté junto a ella cuando la abuela estuvo en su lugar. Ellas se miraron y se sonrieron con dulzura.

—Tienes buen aspecto, Agnes.

—Será la edad y la experiencia.

Eso hizo reír a Emma con ganas.

De inmediato, percibí que algunas caras conocidas nos estaban prestando atención. A nuestro alrededor, había varios compañeros del instituto que ahora eran padres de niños más pequeños de Abby y que estaban allí para ver las funciones escolares.

Me acerqué al oído de Emma para hablar en susurros. Al hacerlo, noté que olía increíblemente bien y aguanté las ganas de besarle el cuello.

—¿Noto ciertas miradas o es cosa mía?

—Yo también me he dado cuenta.

Emma reaccionó mostrándose un poco incómoda, cosa que me molestó. Sí, muchos nos echaban miradas de reojo y era evidente que hablaban de nosotros, pero en el fondo a mí me daba igual y en cambio ella no parecía pensar lo mismo.

—¿Acaso te avergüenzas de mí? —bromeé.

Ella me dirigió una mirada afilada, pero no contestó nada porque en ese momento se encendieron las luces en el escenario y el director de la escuela apareció y se acercó al micrófono que había en el centro. Empezó a dar una charla sobre la Navidad, la familia, el gran trabajo que habían hecho los docentes para sacar adelante las obras y en lo que importante que era que

también hubiese en casa una colaboración para la correcta educación de los hijos. El discurso fue bastante muermo, aunque nadie más que yo parecía pensarlo porque todo el mundo estaba muy atento. En mi caso, solo podía pensar en la chica que tenía al lado y en lo guapa que estaba aquella tarde.

Cuando el hombre acabó de hablar, la función empezó. El primer acto eran unos niños pequeños disfrazados de árboles que empezaron a moverse por el escenario de un lado a otro, chocando a veces entre ellos y haciendo reír al público mientras una niña relataba la historia de un árbol mágico que tenía vida y donde vivía un tal Paul, que era el protagonista de la historia de Navidad. Al parecer, el niño solo pensaba en los regalos conforme se acercaban las fiestas, razón por la que en el siguiente acto apareció un hada mágica que se coló en su dormitorio para explicarle que lo material no era lo más importante de la Navidad. Cuando Paul se rio de ella, le dijo que tendría que darle una lección.

Miré de reojo a mi abuela y sonreí al ver que estaba embelesada viendo la función, con una expresión calmada y feliz en el rostro. Emma, en cambio, seguía tensa, como si continuase incómoda por el hecho de que antiguos compañeros nos mirasen.

—¡Tendrás que seguir el camino de estrellas! —le dijo el hada al niño—. ¡Míralas, ahí vienen todas! Rápido, ve tras ellas, Paul.

El pequeño Paul corrió por el escenario cuando aparecieron un montón de estrellitas amarillas de cinco puntas caminando como pingüinos con esos enormes disfraces. No tardé más de tres segundos en distinguir a Abby en medio de todas. Se me escapó una sonrisa tonta. Era, sin duda, la más adorable. Me faltó poco para aplaudir e interrumpir la obra cuando se desmarcó de las demás y se acercó al atril para leer unos versos.

—Las estrellas que brillan, caminan, caminan —dijo sin trabarse ni una sola vez y hablando alto y claro. La había oído ensayarlo tantas veces que me lo sabía de memoria—. Síguelas si quieres aprender que en la magia debes creer.

Dejé de mirarla cuando escuché un sollozo ahogado tan leve que nadie más lo percibió. En la penumbra en la que estaba sumido el público, distinguí que Emma estaba llorando. Me quedé bloqueado sin saber qué hacer hasta que mi abuela me dio un codazo.

—Toma, dáselo. —Me pasó un pañuelo.

—Gracias, abuela —conseguí decir.

Me sentía paralizado en medio de las dos.

—Ten. —Se lo di a Emma—. Ha estado increíble.

—Sí. —Ella sonrió emocionada y se limpió las lágrimas.

Si he de ser sincero, a partir de ese momento ya no me enteré demasiado de lo que estaba ocurriendo en la obra ni del destino de Paul, porque no podía dejar de pensar en lo que había sentido al ver a Emma llorar ni tampoco en las emociones que tenía en el pecho por el mero hecho de ver a Abby narrando esos versos en una obra escolar. ¿Qué demonios me pasaba? Era una tontería. Una gran tontería. Pero no podía ignorarlo.

Me nació casi de forma natural alargar una mano hacia mi derecha, donde estaba Emma, y cogerla de la mano. Solo quería animarla, aunque sabía que no lloraba de tristeza. O quizás hacerle entender que no estaba sola y que me tenía a mí. Ella no se apartó de inmediato, permaneció unos largos segundos disfrutando de cómo trazaba círculos con mi pulgar sobre su dorso hasta que pareció caer en la cuenta de lo que hacíamos y la apartó de golpe. Se puso en pie con nerviosismo y se coló en el hueco que había en el pasillo para salir.

—¿A dónde vas? —pregunté.

—A los servicios. Ahora vuelvo.

Me mordí el labio inferior indeciso.

Mi abuela me miró como si fuese imbécil.

—¿Qué haces ahí parado, Caleb?

—No sé a qué te refieres...

—¡Ve tras ella, carajo!

Alcé las cejas, porque rara vez oía a mi abuela hablar así, pero parecía haber descubierto que su nieto más mayor era el menos intuitivo emocionalmente hablando. Obedecí y me levanté, luego fui tras ella dejando atrás el salón de actos del colegio.

Caminé por el pasillo del colegio hasta la puerta de los servicios y esperé allí hasta que Emma salió unos minutos después. Se había lavado la cara y parecía más despejada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. Te estás perdiendo la obra.

—Me da igual, Abby ya ha salido y era todo lo que necesitaba ver. — Ella fue a esquivarme para regresar, pero la cogí de la mano para retenerla—. Espera, Emma, ¿qué te ocurre? Habla conmigo.

—Nada. Solo me he emocionado.

—No me refiero a eso.

—No te entiendo.

—¿Por qué has apartado así la mano?

—¿Bromeas? —Me miró sin humor—. Suficiente tengo con que todo el mundo nos esté mirando como para añadirle más jugo al asunto. Y sabía que esto pasaría. Ni siquiera tendrías que estar aquí. Si no fuese porque era lo que Abby quería...

Se mordió el labio al darse cuenta de que quizás estaba dejando demasiado claro que no me quería allí. Suerte que tenía una autoestima cultivada.

—¿Qué más te da? ¿Te acuestas conmigo a escondidas y luego te parece demasiado que te coja de la mano en un momento puntual? Qué ironía.

—Tú no tienes ni idea... —escupió enfadada.

—¡Pues explícamelo! ¡Habla conmigo de una vez!

Había alzado un poco la voz, pero afortunadamente estábamos los dos solos en el pasillo porque todo el mundo estaba viendo el final de la obra de teatro.

La mirada de Emma se endureció y se enfrentó a mí.

—¿Cómo es posible que no te des cuenta? ¡He pasado casi una década aguantando las habladurías de la gente, escuchando murmullos sobre mí cada dos por tres y mordéndome la lengua! Tú no sabes lo que es quedarse embarazada a los diecisiete años en un pueblo tan pequeño como este donde todo el mundo juzga, cotillea y sentencia, sobre todo cuando le ocurre a la chica que estaba saliendo con el gran y popular Caleb Reed.

—Yo... —Estaba sin habla.

Pero ella, en cambio, por primera vez sí tenía mucho que decir.

—Porque no estabas, ¿vale? Yo llevo años llevando ese peso... Y no me gusta que ahora mismo estén hablando de nosotros en ese salón de actos. No me gusta que nos miren, que imaginen cosas... No quiero volver a ser el centro de atención.

Pero yo me había quedado con lo anterior.

Ese "*no estabas*" se me clavó en el alma.

Noté que la furia se apoderaba de mí.

—¿Por qué me lo echas en cara, joder? —Agité los brazos, enfadado—. ¡Yo no tuve la culpa de que lo tirases todo por la borda por un lío de una noche!

Los ojos de Emma brillaban llenos de rabia cuando alzó una mano. Me habría cruzado la cara con ella de no ser porque la intercepté en el aire, antes de que el golpe llegase. Le sujeté la muñeca con fuerza y ella me miró con las lágrimas asomando.

Vi que un montón de sentimientos se mezclaban dentro de ella, pero al final dejó escapar la cólera y en su mirada solo quedó tristeza y desolación.

—Eres la mayor decepción de mi vida, Caleb.

Apartó la mano y en menos de un pestañeo se alejó de mí casi corriendo por el pasillo. Yo me quedé parado ahí mismo sin comprender nada, sintiéndome impotente e inútil. El corazón me latía tan rápido que me llevé una mano al pecho para intentar en vano calmarme. ¿Qué estaba pasando? Se suponía que aquello tenía que ser fácil y, en cambio, me daba la impresión de que cada vez todo se liaba más. Las emociones en lo referente a Emma no aparecían a fuego lento, sino todo lo contrario. Eran como pequeñas erupciones inesperadas, porque por mucho que intentase convencerme de otra cosa, ella no era una chica bonita con la que me hubiese cruzado y hubiese acabado en la cama sin ataduras. Emma había sido mi mejor amiga, mi primer amor y también la única chica que me había partido el corazón, o algo así. Aunque procurásemos ignorarlo, cargábamos una historia detrás.

Me quedé fuera del salón de actos hasta que la obra terminó y solo entonces entré y me dirigí hasta la abuela, que aplaudía emocionada.

—Deberíamos irnos ya, antes de que todos intenten salir a la vez y sea peor —dije.

—¿Qué prisa tienes? Nada de eso. Quiero saludar a Abby.

—Abuela, por favor...

Pero no hubo forma de convencerla.

Emma y yo evitamos mirarnos mientras iban pasando los minutos. Por suerte, la niña no tardó en salir y venir corriendo hasta nosotros vestida aún de estrella, con toda su carita pintada de amarillo. Abrazó a mi abuela inclinándose sobre la silla de ruedas.

—¡Habéis venido! —exclamó animada.

—Claro que sí. —La abuela le sonrió con dulzura.

—¿Te ha gustado, Caleb? ¿Me has visto?

—Has estado increíble —le dije orgulloso.

—Tenemos que irnos ya. —Emma cogió a su hija de la mano. Era más que evidente que estaba deseando largarse de allí, así que la seguí empujando la silla de la abuela y nos dirigimos hacia la puerta del salón de actos mientras todos los padres charlaban alrededor.

Sin embargo, antes de poder escapar, una chica pelirroja que los dos conocíamos nos frenó y nos saludó con falsedad. Se llamaba Sheila y habíamos coincidido con ella en clase muchos años atrás. Recuerdo que se me

declaró en dos o tres ocasiones y que me ponía muy difícil decirle que no. En esos momentos, me sonrió ampliamente.

—Vaya, Caleb, ¡qué sorpresa verte por aquí! —Se dirigió a Emma—. Y con ella. Otra vez. Los reyes del baile juntos de nuevo, ¿no es ideal?

Emma se esforzó para aguantarle la mirada.

—Sí, tenemos un poco de prisa, Sheila...

—¿No os quedáis para la merienda?

—Gracias, quizás otro día.

Emma la esquivó con maestría y yo seguí sus pasos hasta el exterior del colegio. Una vez fuera, la tensión seguía palpable entre nosotros.

—Tengo el coche aquí al lado, ¿os acerco?

—No es necesario —se excusó Emma.

Apenas si lograba sostenerme la mirada.

—Gracias por venir. —Abby me abrazó.

Le palmeé la espalda mientras Emma seguía con la vista fija en el suelo, casi como si estuviese a punto de echarse a llorar. Cuando la niña se separó, su madre echó a andar y las dos se marcharon por la calle. Aún quedaban restos de la nieve que había caído la noche anterior a un lado de la acera. Me quedé mirándolas hasta que oí a mi abuela suspirar.

—¿Qué has hecho ahora, Caleb?

—¿Yo? Nada, abuela.

Empujé su silla hasta el coche y luego cargué con ella para subirla en el asiento. Me dejé caer en el del conductor y arranqué para dirigirme hasta casa.

—Seguro que algo habrás hecho...

—No. —Sacudí la cabeza—. No lo sé.

—Eres muy poco intuitivo, Caleb.

—¿Y qué quieres que haga? —Terminé diciendo un poco enfadado, porque ni siquiera entendía a qué venía aquello ni que mi abuela se metiese—. No entiendo por qué está tan enfadada conmigo, joder. Yo no tengo la culpa...

—A veces no es una cuestión de culpa.

—¿Entonces?

—Ponte en su piel.

—Lo intento... Ya lo intento...

—No lo suficiente —sentenció.

Aparqué delante de casa y respiré profundamente. Luego bajé del coche y abrí su puerta para ayudarla a bajar y colocarla de nuevo en la silla de ruedas.

—Sujétate de mis hombros, abuela.

Lo hizo y la alcé. Luego, una vez cerré el coche, arrastré la silla por el camino de casa hasta la entrada. Estaba a punto de abrir la puerta, cuando ella me habló.

—Necesito que vayas a hablar con Emma.

—¿Perdona? Acabo de despedirme de ella. Y no muy bien, como has visto.

—Lo siento... sabes que olvido las cosas... —Me miró y, aunque era cierto, en esa ocasión no la creí—. Quiero que las invites a pasar el día de Navidad en casa.

—Abuela...

—Están solas, Caleb.

—¿Solas? ¿Estás segura?

—Sí. Así que ve y díselo.

Mierda, mierda, mierda.

Cómo me conocía mi abuela...

Sabía que no podría negarme a eso.

Me tragué el enfado y la metí en casa. Una vez mi madre se hizo cargo de ella y la llevó a la cocina, volví a salir de casa y recorrí la distancia que separaba la suya de la mía.

Esperé congelándome fuera después de llamar al timbre.

Ya eran casi las siete de la tarde y había anochecido. Anunciaban nevadas para esa noche e imaginé que no tardarían en llegar. Me estaba frotando las manos intentando entrar en calor cuando Emma abrió y me miró fijamente y muy seria.

—¿Qué pasa? —preguntó secamente.

—¿Puedo entrar? Hace frío.

—No es un buen momento.

—¿Por qué? —Me tensé de inmediato—. ¿Está él aquí?

La expresión de Emma cambió, pero pronto su rostro volvió a mostrarse inexpresivo mientras negaba con la cabeza y se hacía a un lado.

—No hay nadie. Tan solo estamos ocupadas.

—¿Haciendo qué?

—Galletas.

—Ah.

Así que no era ni siquiera lo suficiente importante como para que Emma me permitiese compartir ese momento con ellas. No supe por qué, pero me molestó, como también me había molestado que no me dejase cogerla de la mano en la función.

Al menos, me permitió pasar al recibidor.

—¿Qué quieres? —insistió.

—Invitarte a la comida de Navidad...

Emma dudó mientras me miraba pensativa.

—¿Te manda tu abuela?

—No. Sí —admití luego y le cambió el rostro, pero esa vez reaccioné según lo que sentía, me dejé llevar sin pensar en nada y antes de que pudiese escapar la abracé y la retuve entre mis brazos—. Emma, Emma... Yo no sabía que pasáis solas ese día... No lo sabía.

—¿Y con quién pensabas que estábamos?

—No lo sé. Hasta hace nada no me lo pregunté jamás. Y además daba por hecho que teníais más relación con el padre de Abby. —Estábamos a oscuras en la entrada mientras escuchábamos a Abby trastear en la cocina. Tenía su cintura rodeada con mis brazos y su cuerpo pegado al mío—. Emma, necesito que dejes de estar enfadada conmigo, ¿vale? Quiero entenderte, pero déjame que lo haga, ¿de acuerdo? No soy el enemigo.

Emma sorbió por la nariz y escondió su rostro en mi pecho.

—Lo siento...

—No tienes que pedirme perdón.

—No debería haberte gritado antes, en el colegio.

Me limité a abrazarla sin más. Recordé las palabras que me había dicho mi abuela, *ponte en su piel*, e intenté imaginar lo sola que se habría sentido todos esos años, celebrando las fiestas ellas dos, sin ningún apoyo... Los años que habría pasado en el pueblo aguantando que todo el mundo hablase de ella... Todos los sueños a los que había renunciado y lo mucho que trabajaba para sacar adelante a Abby. También en toda la gente que, como yo, se había apartado de su lado y había seguido adelante sin mirar atrás.

—Soy yo el que siente ser un idiota —le dije—. Porque tú tienes razón, no tengo ni idea de por lo que habrás tenido que pasar para mantenerte a flote todos estos años, pero ¿sabes una cosa, Emma? —La aparté un poco para mirarla a la cara—. Lo has hecho increíblemente bien. En serio. Abby es maravillosa. Y deberías estar orgullosa de ti misma.

Eso solo hizo que llorase más, en lugar de lo contrario, pero al menos esta vez, cuando me miró lo hizo con la mirada llena de lágrimas de agradecimiento.

—Deberíamos intentar dejar de discutir.

Emma se limpió las mejillas con las manos.

—Estoy de acuerdo con eso.

Me miró y sentí ganas de besarla.

—¿Quieres quedarte a hacer galletas? Ya sé que no es lo más divertido del mundo y que seguramente tendrás cosas más divertidas que hacer un viernes por la noche...

—Quiero quedarme —la interrumpí.

—¿Qué estáis haciendo? —Abby apareció de repente y nos sorprendió. Su mirada aguda se fijó en mis manos alrededor de la cintura de su madre, aunque las aparté lo más rápido que pude. Quizás fue precisamente eso lo que llamó su atención—. ¿Por qué os estáis abrazando? —Miró a Emma frunciendo el ceño—. ¿Estás llorando?

—Demasiadas preguntas, Abby. Dame un respiro.

Salí al rescate al ver que Emma se desmoronaba un poco.

—Lo importante es, ¿sabes quién va a quedarse para ayudaros con las galletas? Dicen que es muy simpático. El mejor niño y colega del mundo.

—¡Tú! ¡Bien! —Abby sonrió más animada.

Respiré aliviado por salir del paso y la seguí hasta la cocina. Las chicas se habían pasado toda la tarde decorando la casa y estaba llena de espumillones y un árbol no demasiado grande coronaba el centro del salón con un montón de bolas de colores brillantes.

—Veo que habéis estado entretenidas —dije.

—Es la tradición —explicó Abby—. Todos los años mamá y yo adornamos la casa y luego hacemos galletas con pepitas de chocolate —dijo resuelta—. Después cenamos algo dulce y hacemos una noche de disfraces. Es divertido.

—¿Cenáis dulce? —pregunté mientras ellas se movían con soltura por la cocina y empezaban a hacer la forma de galletas con la masa en una bandeja con papel de horno.

—¡Sí! Cenamos galletas. Y M&M. Y pastel de queso. Y un montón de cosas más. ¿Para beber? Batido de chocolate caliente. ¡Es increíble!

—Solo una vez al año —especificó Emma.

Sonreí. Me pareció bonito que ellas dos hubiesen formado sus propias tradiciones con el paso de los años. Las contemplé de reojo mientras hacían las galletas redondeadas. Eran muy parecidas. Rubias, de rostros dulces y ojos con carácter. Por primera vez me pregunté qué habría sido de mi vida si me hubiese quedado con ellas. ¿Cómo sería ahora? Si el día que Emma me confesó que estaba embarazada yo hubiese estado dispuesto a darle una segunda oportunidad a lo nuestro... entonces ahora seríamos una familia y tendríamos un hogar. Uno mejor que aquel, porque no hubiese dejado que viviesen en ese sitio envejecido y le hubiese ayudado a Emma a sacar adelante a Abby sin tantos problemas.

Lástima que no existiesen aún las máquinas para viajar al pasado.

—¡Caleb, que estás en las nubes! —Se quejó Abby.

—¿Qué decías? —Sacudí la cabeza, acercándome a ella.

—Las pepitas de chocolate. Échalas tú por encima.

—¿Estás segura? —pregunté bromista.

—Es difícil que la fastidies.

Me gustaba Abby y su lengua rápida.

Sonreí y dejé caer unas cuantas pepitas encima de cada galleta. Luego, cuando acabamos, metimos la bandeja en el horno y esperamos en el comedor mientras se hacía. Abby me preguntó si quería pasar la noche dulce con ellas y no pude ni quise negarme. Tampoco había nada que pudiese apetecerme más que estar cerca de las dos.

Así que acabamos cenando los tres en el salón un montón de guarrerías. No solo las galletas caseras, que estaban buenísimas, sino todo tipo de chokolatinas, bombones y dulces navideños. Todo ello junto al batido de chocolate. Nos pusimos las botas.

—Esto es demencial —me reí.

—A mí me encanta. —Abby se chupaba los dedos de chocolate.

—¿A quién podría no gustarle ingerir cientos de calorías vacías?

Abby se levantó de un salto, aún con los dedos llenos de chocolate.

—¡Iré a por los disfraces! Mamá, ¿me ayudas con el baúl?

—Ya lo hago yo. —Miré a Emma—. Tú cena tranquila.

—Como si esto fuese una cena normal —bromeó ella.

Seguí a Abby hasta su habitación y cargué con el baúl lleno de disfraces hasta el comedor, dejándolo en la alfombra que había en el centro. Entonces Abby abrió la tapa y empezó a sacar todo tipo de trapos, sombreros, pelucas, plumas y complementos. No paraba de parlotear sin cesar, animada y contenta por compartir aquella noche dulce con alguien nuevo. A mí me hacía sentir el hombre más feliz de la tierra solo al mirarme con esos ojos brillantes que tanto se parecían a los de su madre.

—Mamá será la protagonista —dijo.

—¿No deberías serlo tú? —cuestioné.

—No, no. Yo soy la directora de la obra —replicó resuelta—. Y tú, Caleb, serás el chico, ¿vale? La historia es como un Romeo y Julieta en versión moderna.

—Esto promete. —Sonreí levantándome.

—¿A dónde vas? —preguntó Abby, mirándome tal como haría de verdad una exigente directora de alguna obra o película de alto presupuesto.

—Al servicio. ¿Puedo? —pregunté burlón.

—Sí, pero no tardes —contestó risueña.

Negué con la cabeza y salí del comedor. Una vez llegué al servicio, me lavé la cara con agua fría a pesar de la temperatura que hacía porque necesitaba despejarme. Sentía algo extraño en el pecho; no estaba seguro de a qué se debía, pero cada vez que pasaba más tiempo junto a Abby y Emma mi corazón parecía resentirse, y eso que pensaba que no tenía uno hasta hacía bien poco. No lo había usado demasiado durante los últimos años.

Resoplé, me sequé con una toalla y regresé sin saber que todo estaba a punto de cambiar y complicarse todavía más. Porque en cuanto entré en el comedor la vi.

Y me quedé sin habla. Paralizado.

Los latidos se me aceleraron.

Emma estaba junto a su hija en la alfombra, sentada mientras ésta terminaba de darle los últimos retoques de colorete con una brocha. Pero yo solo tenía ojos para su pelo. Llevaba una peluca de cabello corto que le rozaba los hombros. Una peluca rosa. De un rosa tan intenso que podría verse a miles de kilómetros de distancia.

Me miró y me mostró su preciosa sonrisa.

—¿Qué haces ahí parado, Caleb? Ven.

Obedecí sin dejar de mirarla. No podía. Las palabras de la abuela resonaban con fuerza en mi cabeza una y otra vez. Una chica de pelo rosa. Una jodida chica de pelo rosa que ahora mismo estaba delante de mis narices. Porque en lo más profundo de mi corazón sabía sin lugar a duda que era ella, que siempre lo había sido. Emma. Mi Emma.

—Parece que hayas visto un fantasma. —Abby se rio.

—No, es solo... hace un poco de calor aquí...

—¿Calor? Por Dios, Caleb, está nevando fuera. —Emma sacudió la cabeza como si me diese por loco y se acercó hasta mí para colocarme un sombrero de vaquero. Tenerla tan cerca no ayudó a que mis nervios se calmasen. Quería besarla ya. Quería hacerlo y me estaba costando un mundo contener las ganas—. Te queda de fábula.

—¿Qué tipo de Romeo y Julieta somos? —pregunté.

—Unos actuales, del siglo XXI —respondió Abby.

—Comprendo. —Me encogí de hombros.

—Bien, ahora preparados que tenemos que empezar la obra. Este es tu texto. Y este el tuyo. —Nos pasó unas hojas que tenía ya impresas y que había gastado cientos de veces probablemente—. Tenéis que leerlo y hacer lo que va diciendo. Yo marco los tiempos.

—A tus órdenes —bromeé.

—Shhh, no he dicho que puedas hablar. —Abby sonrió encantada con el papel que le había tocado desempeñar y luego señaló a su madre—. Te toca, empieza Julieta.

Empezamos a representar la obra entre risas.

—¡Romeo! —dijo Emma.

—¡Alma mía! —contesté.

—¿A qué hora irá mi criado mañana?

—¡A las nueve!

—No faltará. Las horas se me harán siglos hasta que llegue. No sé para qué te he llamado.

—¡Déjame quedar aquí hasta que lo pienses!

Terminamos viniéndonos arriba y moviéndonos por le salón mientras leíamos el guion. Cuando llegamos al instante del beso y lo vi, me puse un poco nervioso, pero resolví bien la situación acercándome a Emma a paso lento y dándole un beso en la mejilla.

—¡No, no, no! ¡Corten! —interrumpió Abby.

—¿Qué pasa? —pregunté mirándola.

—Eso no vale. Tiene que ser un beso real.

—Y ha sido real —contesté.

—No. Tiene que ser en la boca.

—Abby —la regañó Emma.

—¿Qué? Mamá, la obra es la obra.

Intenté aguantarme la risa, pero no lo conseguí. Emma me dio un manotazo, lo que solo empeoró las cosas. Alcé las cejas mirándola, como preguntándole si me daba permiso. Como no dijo que no, sencillamente me incliné y le di un beso. Al apartarme, Emma estaba colorada y Abby, en cambio, aplaudía animada entre risas.

—¡Os habéis besado! —exclamó risueña.

—Como parte de la obra —aclaró Emma.

—Ya, bueno... —Abby suspiró, feliz, y luego seguimos representando el resto del guion hasta llegar al dramático final, que hice teatralmente entre las risas de las dos.

Cuando terminamos la función, me di cuenta de varias cosas, todas de golpe y a la vez como uno de esos momentos de la vida en el que tienes grandes revelaciones: Uno, Emma era mi chica del pelo rosa.

Dos, Abby también era mi chica, solo que en otro sentido. Simplemente la adoraba. En apenas un mes había conseguido meterse bajo mi piel y ganarme el corazón como no había conseguido nadie desde hacía una eternidad. Toda esa personita tan pequeña y lista estaba programada para conseguir ablandarme y que una noche así, atiborrándonos a chocolate y disfrazándonos, fuese mil veces mejor que cualquier otro plan.

Y tres, estaba jodidamente enamorado de Emma.

Mientras la miraba conforme ella le decía a su hija que había llegado la hora de lavarse los dientes e irse a la cama, me di cuenta de que incluso existía la loca posibilidad de que siempre hubiese estado enamorado de ella,

solo que hubiese enterrado ese sentimiento, porque era justo lo que solía hacer con las cosas que me hacían daño.

—¿Me lees tú el cuento, Caleb? —preguntó Abby.

—Claro. Ve a lavarte los dientes antes —dije.

La cría desapareció corriendo y nos dejó a solas.

—Gracias. —Emma me sonrió.

—¿Te he dicho ya que estás increíble con esa peluca?

—Deja de burlarte de mí. —Puso los ojos en blanco.

—Lo digo en serio, Emma. —Me acerqué a ella ronroneando y le robé un beso mientras se reía y se retorció entre mis brazos—. Sigues siendo la chica más preciosa que conozco. La más lista. Y la más increíble.

—Y tú sigues siendo el mismo adulator que recordaba.

—Bien, me gusta cuando nos damos cuenta de que no hemos cambiado tanto.

—Shhh, Abby estará a punto de terminar —dijo soltándome.

—Voy a leerle el cuento y luego...

Le dirigí una mirada significativa y ella escondió una sonrisa.

Después fui a la habitación de Abby y, en efecto, ella ya estaba metida en la cama y con la luz de la lamparita encendida. Me senté en un hueco y cogí el libro que había en la mesilla. Se llamaba *Sadie y el club de los amigos para siempre*, trataba las aventuras de la chica y era de lo más entretenido todo lo que vivía. Cuando vi que empezaba a bostezar, lo cerré.

Sonreí como un idiota.

¿Quién me iba a decir a mí que terminaría leyéndole cuentos por la noche a una niña? Y lo peor de todo, ¿cómo iba a conseguir no echar de menos esos momentos?

—Duérmete ya, Abby —me levanté y la besé en la frente.

—¡Espera, Caleb! Me tienes que arropar.

—Vale. —Me acerqué y lo hice.

Luego cerré la puerta y me dirigí hacia la habitación de Emma. En cuanto entré, ella me recibió dándome un beso largo y húmedo. No tardamos más de un minuto en quitarnos la ropa a tirones y acabar los dos desnudos sobre su cama, mi cuerpo sobre el suyo. Entonces, ella se giró y se colocó encima de mí, dándome una visión increíble.

—Deja que marque el ritmo —me pidió besándome.

—Puedes hacer conmigo todo lo que quieras.

Y eso hice. Permití que fuese ella quien llevase las riendas, volviéndome

loco mientras lo hacíamos mirándonos a los ojos, con mis manos en su cintura para instarla al final a ir un poco muy rápido antes de que el orgasmo nos catapultase hasta la cima del placer.

Luego nos quedamos abrazados.

No sé qué hora era cuando me despertó.

—Deberías irte, Caleb —dijo en voz baja.

—¿Ahora? Vamos, deja que me quede a dormir. Abby ni se enterará. — Busqué a tientas su cuerpo para abrazarla en la oscuridad y retenerla junto a mí.

—No. Ya ha sido un poco raro eso que ha hecho del beso...

—Es normal. Es una niña. Pero no pasa nada...

—Sí que pasa. Tú te irás y no quiero que se haga ilusiones.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Luego dije de pronto: —¿Y si no me fuese?

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si me quedase?

Emma se apartó y salió de la cama para encender la luz de la lámpara de noche. Cuando me miró me di cuenta de que estaba asustada y me dolió verla así.

—No puedes hacer eso, Caleb.

—¿Por qué no? Ahora estoy bien aquí.

—*Ahora*, pero quizás *mañana* no.

—Me gusta vivir el presente.

—Ya, ese es el problema. Que una niña no vive de presentes. Ni yo tampoco, ya puestos. Nosotras vivimos teniendo un plan de futuro, miras a largo plazo.

Me incorporé en la cama y la miré serio.

—Yo podría ser ese futuro.

—No digas tonterías, Caleb.

Le cogí las manos y ella se estremeció.

—Lo digo en serio, Emma.

—¿Y eso desde cuándo lo has decidido? ¿Hace cinco minutos?

—Un poco más.

—¿Cuándo?

—Esta noche —admití.

Emma negó con la cabeza y suspiró.

—¿No te das cuenta, Caleb? Pertenece a mundos distintos. No puedo

arriesgar la felicidad de Abby por algo que se te acaba de ocurrir y que no sé cuánto tiempo te durará... No puedo. La última vez... cuando tú y yo lo dejamos...

—Entonces era un crío.

—Ya, pero querías lo mismo que ahora. Viajar y conocer mundo sin responsabilidades. Sé que serías infeliz aquí. Terminarías aburriéndote de nosotras dentro de nada y no quiero eso, Caleb, no puedo volver a sufrir...

—¿Sufriste? —La pregunta me salió sola.

—Claro que sí. Más de lo que imaginas.

Nos habíamos prometido no hablar del pasado, pero no pude evitarlo. Teniendo en cuenta lo que ella había hecho después de nuestra ruptura (correr a los brazos de cualquier desconocido), ni siquiera había estado seguro hasta ese momento de que le hubiese afectado como me afectó a mí. Todo había sido un desastre, un montón de problemas...

—Tienes razón, me marchó ya —dije. Respiró aliviada, como si se quitase un peso de encima. Podría haberlo dejado ahí, pero me giré hacia ella antes de irme—. Pero que sepas que no voy a rendirme tan fácilmente esta vez.

—Caleb...

—Te dejé escapar hace años. No volveré a cometer ese error. Y no sé qué pasará dentro de un año, o dos, los que sean, pero sí sé que en este instante quiero estar contigo.

A la mañana siguiente, cuando bajé a desayunar y vi a la abuela en la mesa de la cocina, aproveché para hablar con ella. Me serví un zumo de naranja y me senté a su lado.

—¿La noche terminó bien? —Me miró risueña.

—Bastante bien —me guardé una sonrisa—. Y sobre esto...

—¿Algo que quieras preguntar?

—Ella es la chica del pelo rosa, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas —dijo.

—Emma... es ella, abuela.

—Has tardado mucho tiempo en darte cuenta —suspiró con pesar y negó con la cabeza como si estuviese dándole vueltas a algo—. Qué testarudo eres, Caleb.

—No es verdad. Es ella la única cabezota.

—Ella quiere protegerse.

—¿De mí?

—Sí.

Aunque lo supiese, me dolió igual.

—No tiene razones para hacerlo.

—Todos cometemos errores, Caleb.

—¿Por qué me dices eso? No he hecho nada.

—Quizás no lo diga por ti —se llevó una mano trémula a los labios y luego cogió su taza de té y le dio un trago—. Nadie es perfecto, pero todos actuamos como mejor sabemos según el momento que nos toque vivir.

Mi madre entró en la cocina e interrumpió la conversación. Nos miró durante unos segundos como si sospechase que estuviésemos hablando de algo importante.

—¿Le has preguntado a Emma si vendrá a comer?

—Sí que lo hará.

—Bien. Tus hermanas llegan mañana.

—Vale.

—¿Estarás disponible para ayudarme con los preparativos?

—De acuerdo —dije, porque sabía que Emma tenía todo el día libre.

Así que ese día no hice demasiado, a excepción de pasarme un rato a ver a Asher y después ir a ver a las chicas con hamburguesas que compré para llevar en un local del centro del pueblo. Abby saltó de alegría y me quitó el

paquete de las manos. Emma resopló.

—No deberías mimarla tanto.

—No puedo evitarlo —dije.

Vimos una película y esa noche me marché pronto, antes de que su madre fuese a leerle el cuento, porque al día siguiente era Navidad y tenía trabajo por delante.

Tal como sospechaba, mi madre me levantó sobre las siete.

Intenté hacerme el dormido y quedarme un poco más en la cama, pero no hubo manera. Por lo visto, había que preparar comida para todo un pelotón del ejército, porque la lista de la compra que mi madre me dio era eterna. Cogí el coche y me acerqué a un supermercado más grande del pueblo vecino para hacerme con la mayoría de las cosas de la lista. Nunca pensé que hacer la compra en serio sería tan cansado. Normalmente, yo me limitaba a subsistir con latas de atún, arroz blanco o, directamente, comiendo comida basura en cualquier local que quedase de paso hasta mi apartamento.

Cuando terminé y llegué a casa, mi madre ya había empezado a preparar el pavo relleno al horno que pensaba hacer. Llamaron al timbre mientras guardaba la última fruta en la nevera y me ofrecí para ir a abrir. En la puerta estaba mi hermana Agatha junto a su novio, Daniel. Ella se lanzó a mis brazos, aunque no hacía tanto que nos habíamos visto por culpa del problema que la abuela había tenido al caerse.

—¡Caleb! —Se apartó y me miró—. Tienes buen aspecto.

—Tú también. Bonito peinado.

—¿En serio? —Dudó.

—Sí.

—Gracias.

—Oye, yo llevo diciéndotelo días y no parecías convencida —se quejó su novio.

—Tú no eres objetivo. Siempre dices que estoy bien.

Daniel puso los ojos en blanco, me dio la mano y la siguió dentro. Le deseé suerte mentalmente. No es que lidiar con Agatha fuese fácil. En realidad, a mí lidiar con cualquier mujer de mi familia me parecía casi un imposible. Todas, en mayor o menor medida y con sus diferencias, eran mujeres con carácter, que terminaban sacando las garras antes o después.

Continuamos trajinando en la cocina mientras Agatha, sentada en la mesa, nos ponía al día de sus últimos avances en la universidad. A nadie de la familia nos sorprendió que en casi todos los exámenes hubiese sacado

matrícula de honor. Daniel la miraba orgulloso mientras le daba un sorbo al zumo que mi madre le había insistido que cogiese de la nevera.

—¿Dijo Cassie cuando vendría? —preguntó Agatha.

No sé si tenía algo que ver o no que fuesen mellizas, pero las dos eran inseparables. Daba igual que no se pareciesen en nada o todas sus diferencias, siempre se buscaban.

—Dijo que sobre la hora de comer —apuntó papá.

Sonó el timbre y me puse en tensión pensando que podrían ser Emma y Abby, porque de repente me resultaba como algo serio que estuviesen en mi casa durante el día de Navidad, por mucho que nadie supiese lo nuestro y que fuese la abuela quien las había invitado. Me levanté para ir a abrir, pero Agatha se me adelantó.

—Ya voy yo —se ofreció mi hermana.

Escuché las voces de fondo. No era Emma.

Era Marian, Asher y mi sobrino pequeño.

Toda mi familia al completo abandonó la cocina en tropel, porque era lo que hacían cada vez que el bebé estaba a menos de cincuenta metros a la redonda. Sacudí la cabeza y me ocupé de controlar el fuego y remover el puré de calabaza hasta que regresaron y la cocina se llenó de gritos y risas. Media hora después, el timbre sonó de nuevo.

—¡Voy! —Esta vez me adelanté.

Al abrir la puerta, mi hermana Cassie me miró traviesa. Llevaba las puntas del pelo de color azul eléctrico y un piercing nuevo en la oreja, que ya estaba llena de pendientes de aro. Su mano sostenía la de Izan y él me miró fijamente, con seguridad, porque no es que nuestro primer encuentro hubiese sido un éxito rotundo teniendo en cuenta que acababa de enterarme de que mi hermana pequeña salía con su profesor de arte.

—¿Piensas quedarte ahí plantado todo el rato? —Cassie resopló, se puso de puntillas para darme un beso en la mejilla y me rodeó para entrar.

Puse los ojos en blanco e Izan se echó a reír.

—Reza para que no te haya oído —le dije—. Están todos en la cocina.

Nos dirigimos hacia allí. Menos mal que la habitación era grande porque mi madre siempre había querido que fuese el centro de reunión. Una isla enorme dividía la zona de los fogones del lugar que solíamos ocupar para desayunar o comer de vez en cuando y en el que había una mesa redonda y blanca que ahora estaba llena de los platos fríos que se servirían en breve. Mi padre propuso ir poniendo la mesa y todos estuvimos de acuerdo.

¿Cuándo demonios pensaba venir Emma...?

Si es que va a venir, dijo una voz en mi cabeza.

Recordé lo reticente que era a tener algo serio conmigo, a darme una oportunidad. Yo tampoco estaba seguro de lo que hacía y entendía sus reservas porque en nuestro caso no éramos solo ella y yo, sino que había otra persona que podía sufrir por el camino. Pero incluso así... quería estar con Emma. Era lo único que sabía ahora mismo.

—Tranquilo. No tardará —me dijo la abuela.

Tenía la sospecha de que podía leerme la mente.

—¿Quién no tardará? —preguntó Agatha.

—¿No os lo he dicho? —comentó mamá distraída—. Hemos invitado a Emma y a su hija a la comida. Recuerda coger dos sillas del desván, cariño.

—¿Emma? ¿La vecina con la que salió Caleb? —Cassie arrugó la frente—. Oh. Ya entiendo. Veo que al final la abuela te convenció para ser el niñoero.

—Qué cosas. —Agatha se echó a reír.

—Tú cállate, enana —gruñí enfadado.

—No os metáis con vuestro hermano, está muy sensible —dijo mamá.

—No estoy sensible, joder. —Eso me cabreaba aún más.

—Uh, uh, eso suena a que ha pasado algo —dijo Cassie.

—Nada de nada —farfullé.

—Qué mal se te ha dado mentir siempre, cariño. —Mamá suspiró con pesar y pasó por mi lado para dejar una bandeja con puré encima de la mesa de la cocina.

Asher apareció por detrás y me dio una palmadita en el hombro como si intentase animarme. Era el único aliado que tenía en esa cocina. Cuando llamaron al timbre diez minutos después, toda mi familia se levantó en tropel, porque al parecer ya no había nada más interesante el día de Navidad que cotillear sobre mi relación con Emma.

Me enfureció ver que Abby se sentía un poco cohibida ante tanta atención inmediata, así que me abrí paso entre mis hermanas para llegar hasta ella.

—¿Cómo va eso? —le pregunté sonriendo.

—Bien... —No parecía muy habladora.

—Se me ha ocurrido una cosa, pero no sé si te gustará...

—Dímelo —me miró más animada.

—Mi hermana Cassie tiene un montón de disfraces.

—Oh... sí, muchos —dijo esta al darse cuenta de que la nombraba—. Tengo todo tipo de cosas. Pelucas, pañuelos y hasta una capa de superheroína.

—¿En serio? —A Abby le brillaron los ojos.

—¿Quieres que te lo enseñe?

—¡Sí!

—Pues vamos.

—Me encanta tu pelo —le dijo Abby mirando sus puntas azules mientras las dos subían las escaleras hacia el piso de arriba en busca de los disfraces.

Emma se acercó a mí con una sonrisa discreta.

—Gracias por eso.

—No me las des.

Empezamos a poner la mesa entre todos y, por suerte, como éramos muchos estuvo lista en apenas un par de minutos. Mamá no nos dejó encender la televisión con la excusa de que era la comida de Navidad y fuimos sentándonos cada uno en nuestros respectivos sitios. Mi hermana Cassie bajó con Abby poco después, las dos con unas divertidas gafas de sol veraniegas con flamencos a los lados. Me reí al verlas.

—Somos turistas —dijo Abby.

—Así es. ¿Te sientas conmigo? —le preguntó Cassie, pero cuando Abby desvió la mirada hacia mí chasqueó la lengua—. Oh, ya veo, prefieres abandonarme por el tonto de Caleb. Bien, bien, ya hablaremos luego tú y yo —dijo bromeando.

—Caleb no es tonto. Solo un poco. —Abby se rio.

Me gustó que terminase colándose a mi lado cuando le dejaron una silla libre. Le serví un poco de puré de calabaza y le corté el pavo en trozos pequeños porque Emma estaba en mi otro lado y no llegaba bien. Mamá bendijo la mesa y la abuela sonrió feliz mirándonos a todos como si estuviese especialmente satisfecha aquel día.

—¿Quieres añadir algo, abuela? —le preguntaron.

—No, no. —Agnes suspiró calmada—. Creo que por fin todo empieza a estar en su lugar. Las piezas han ido encajando poco a poco...

—¿Eso significa que comemos ya? —Papá rompió la magia del momento.

—Sí, sí, puedes comer. —Ella se rio.

Todos nos lanzamos a por la sabrosa comida. A mí llevaba horas rugiéndome el estómago, así que no tuve piedad en cuando terminé de dejarle el plato preparado a Abby y me serví buenas porciones de cada uno de los platos que nos iban pasando.

Ese día, reunido con mi familia mientras sonaban villancicos de fondo, me di cuenta de que la felicidad debía de ser algo parecido a esa sensación

que me contraía el pecho. Miré a Emma de reajo, que escuchaba lo que decía mi hermana Agatha sobre la universidad.

—Debe de ser una experiencia increíble —le dijo.

—Ya lo creo que lo es. Creces a todos los niveles.

—Mi academia también lo es —bromeó Cassie y miró de reajo a Izan con picardía antes de añadir—: Tiene profesores muy interesantes que enseñan cosas geniales...

—Por favor, cariño. Harás que me dé un infarto —le dijo mi padre.

Izan casi se atragantó con el sorbo que acababa de darle a su vaso de agua y le dirigió una mirada afilada que indicaba claramente que se callase de una vez.

—¿Qué te habría gustado estudiar a ti? —le preguntó Agatha a Emma.

—Oh, bueno, hace tanto de eso...

—Tengo curiosidad.

—Me concedieron una beca en diseño de moda.

—Vaya. —Cassie la miró impresionada—. ¿Y no fuiste?

—No pude. —Miró a Abby significativamente, que comía ajena a todo.

—Cassie... —reprendí a mi hermana.

—No seas tan indiscreta —me apoyó mamá.

—No pasa nada. —Emma le quitó importancia—. Quizás algún día lejano, ¿quién sabe? He visto que hay plazas para gente mayor que quiere estudiar.

—Buena idea. —Marian le sonrió—. Nunca es tarde.

En ese momento la calma se rompió cuando mi sobrino empezó a llorar como si acabase de desatarse una tormenta y lo hubiesen dejado a la intemperie o algo así. Mi hermana se levantó a toda prisa y lo sacó del cochecito, pero como no se calló, terminó saliendo a su auxilio Asher, aunque tampoco consiguió gran cosa. El bebé seguía llorando colérico.

—¿Tendrá hambre? —preguntó mi madre.

—Qué va. Acabo de darle... —Marian parecía angustiada.

—Déjame a mí —pidió Cassie poniéndose en pie.

No surgió efecto. Tampoco cuando pasó de sus manos a las de mi madre y más tarde a las de mi padre y mi hermana Agatha. Tenía un llanto agudo y profundo capaz de perforar los tímpanos de cualquier persona sana. Era desgarrador.

—Está sufriendo cólicos —dijo Marian.

—Sí, pero suele tenerlos más por la tarde.

Miré al bebé sintiéndome tan impotente como los demás, pero no sé qué fue lo que me impulsó de repente a ponerme en pie y extender los brazos pidiendo que me dejaran probar a mí. Supongo que fue una mera casualidad. Lo cierto es que no tenía ni idea de bebés. Tan solo había cogido a mi sobrino y en contadas ocasiones, porque no me entusiasmaba tener en brazos a algo tan pequeño, delicado y frágil.

—Vale. —Mi hermana dudó—. Con cuidado.

—No se me va a caer —repliqué molesto.

—Yo no he dicho eso... es solo que tienes poca práctica y...

El bebé se quedó en silencio en cuanto lo cogí. Lo sujeté en alto, mirándolo a los ojos y él clavó sus pequeñas pupilas en mí mientras boqueaba aún afectado por el sofoco. Estaba un poco rojo de tanto llorar. Una vez se le pasó el llanto desconsolado, lo acuné un poco más contra mi cuerpo, mientras toda mi familia me miraba entre sorprendida y divertida.

—No me lo puedo creer —dijo mi madre.

—Yo menos. —Asher se echó a reír.

—Tienes un hijo listo —le dije.

Así que me quedé el resto de la comida de pie, acunando a mi sobrino mientras el resto bromeaban sobre el hecho de que tuviese mano con los niños.

—¿Quién iba a imaginarlo? —Marian me miró.

Solo había una persona dentro de aquel comedor que parecía haberse atragantado con la comida. Emma tenía la vista clavada fija en su plato mientras removía los restos con el tenedor. Yo la conocía lo suficientemente bien como para notar la tensión que había en sus hombros y cómo todo su cuerpo parecía estar deseando escapar de allí.

Me acerqué y me senté otra vez a su lado con el bebé en brazos.

—Emma, ¿te encuentras bien?

—Sí... sí, todo está... bien.

Pero no lo estaba. Parecía a punto de llorar.

—Oye, ¿qué te pasa? —pregunté en susurros casi hablándole al oído. Todos estaban distraídos charlando entre ellos, menos mi abuela, que nos miraba fijamente desde el otro lado—. Emma, mírame, por favor...

Lo hizo, pero apartó en seguida la mirada.

—Creo que me ha sentado mal la comida.

—¿Mamá? —La llamó Abby extrañada.

—Debería irme a casa —dijo levantándose.

—¿Estás bien, Emma? —le preguntó Marian.

—Es el estómago.

—Tenemos aspirinas en el botiquín... —comenzó a decir mi madre, pero Emma sacudió la cabeza denegando el ofrecimiento y empezó a ponerse la chaqueta.

—¿Ya nos vamos, mamá? —Abby parecía consternada y le echó un vistazo a su plato, que todavía estaba medio lleno—. Cassie ha dicho que de postre había chocolate.

Emma miró a su hija con los ojos enrojecidos.

—Es verdad. Tú quédate aquí, cariño. —Me miró—. ¿Puedes darme un toque cuando terminéis de comer? Pasaré a recogerla a la hora que sea.

Consternado, sin entender qué estaba pasando, salí del comedor tras ella y la seguí hasta el recibidor con el bebé todavía en brazos, pues se había quedado dormido. La alcancé justo cuando ya tenía la mano en el picaporte de la puerta.

—No sé qué está ocurriendo, Emma, pero no lo dejaré correr... —Ella no se atrevió a mirarme. Abrió la puerta y el aire gélido entró, así que di un paso atrás para evitar que el crío cogiese frío—. Emma, por favor, habla conmigo. Necesito entenderte.

Pero solo sacudió la cabeza y me miró apenada una última vez antes de salir y cerrar la puerta tras ella. Luego, por lo que vi a través de la cristalera, casi corrió alejándose.

—Mierda —gruñí.

Después volví sobre mis pasos. Mi hermana Marian ya estaba en pie y extendió los brazos cuando le ofrecí al bebé, que, por suerte, no se despertó. Cogí mi chaqueta.

—Vosotros seguid comiendo —le dije a mi familia.

—¿Y yo? —Abby me miró sin entender nada.

—Tú te quedas para que luego podamos jugar a los disfraces —le dijo mi hermana Cassie antes de guiñarme un ojo y dejarme mucho más tranquilo.

No tardé más de cinco minutos en despedirme de mi familia y recorrer las dos calles que separaban mi casa de la de Emma. Casi aporreé la puerta cuando llamé y, como vi que no tenía intención de abrirme, decidí colarme por la puerta de atrás.

Lo que encontré cuando crucé el umbral de la cocina me dejó paralizado en un primer momento, hasta que logré reaccionar y me acerqué a ella.

Emma estaba llorando apoyada en la repisa.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—¿Cómo has entrado? —Se giró.

—La llave está debajo de la maceta.

—Caleb, márchate, por favor. No me encuentro bien.

—No voy a irme. —Me acerqué más a ella, ignorando que se cruzó de brazos para protegerse de mí mientras las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas—. Necesito entender qué te ocurre, porque me preocupas... y te juro que me volveré loco si no hablas conmigo.

—No puedo, Caleb.

Tenía el rostro empapado, los ojos rojos y le temblaban las manos.

—¿Por qué?

—Porque me odiarás.

—Yo jamás podría odiarte, Emma.

—Se suponía que ibas a irte... que solo estarías aquí un par de semanas y después te marcharías y seguirías recorriendo el mundo, todo eso...

—Ya no lo quiero. —Posé mis manos en sus brazos y la atraje hacia mí—. Odio verte sufrir así y no poder hacer nada para evitarlo, porque tú no me dejas... Es por él, ¿verdad? Hay algo malo ahí. Pero si no me lo cuentas, no puedo ayudarte.

Se apartó de golpe y alzó los brazos, furiosa.

—¡No es por él, maldita sea!

—Emma...

—¡No hay ningún él! ¿Es que no lo entiendes?

Rompió a llorar más fuerte en un sollozo incontrolado.

Un escalofrío me atravesó de repente. Quería ignorar esa sensación que me sacudió, pero no podía. Tragué saliva y di otro paso hacia ella, que estaba temblando.

—Emma, ¿qué has querido decir con eso?

—Nada, déjalo... Vete, te lo ruego...

—Joder, habla claro.

Estaba empezando a perder la paciencia.

—Dijiste que ibas a marcharte...

—¡EMMA, DEMONIOS!

El corazón me latía a mil por hora. Pude ver el momento exacto en el que se rindió. Toda ella se resquebrajó como si llevase años manteniéndose fuerte y se rompiese de repente delante de mis ojos. Cuando habló, su voz carecía de emoción. Estaba vacía.

—Es tu hija, Caleb. Abby es tuya.

Fue como si todo se derrumbase a mi alrededor. Sentí que las paredes de esa cocina tan pequeña se nos venían abajo y nos atrapaban a los dos allí dentro. Quería decir algo, gritar, yo qué sé, pero tenía un nudo en la garganta y suficiente con conseguir respirar en un momento así. Me concentré solo en eso, en el aire que entraba y salía de mis pulmones.

Emma tenía sus ojos llenos de dolor fijos en mí.

—Lo siento mucho, Caleb —gimió—. Siento que las cosas hayan sido así... Y siento que tengas que enterarte de esta manera... Lo siento todo... Pero no podía más. No podía continuar con esto. Y cuando te he visto con ese bebé en brazos...

Estaba completamente paralizado.

Lo primero que llegó fue la negación, pero en el fondo de mi corazón ya sabía que era verdad. Que Abby era mi hija y que Emma me lo había escondido hasta entonces.

—Mientes. No puede ser verdad —escupí.

—Las cosas no fueron fáciles en ese momento.

—Tuviste un lío de una noche —continué, enfrascado en lo que sabía de ella, en todo lo que me había enterado por aquel entonces y recordaba—. Saliste con tus amigas. Fuiste a una discoteca. Te acostaste con un desconocido. Y fue justo cuando nosotros... nosotros acabábamos de romper... —Cogí aire de golpe, sintiendo que me ahogaba.

Emma me miraba con tanta pena que tuve que recordarme que en esos momentos la odiaba para frenar mi instinto y evitar acercarme a ella y abrazarla.

—Nunca me acosté con nadie más.

—Tú... lo dijiste...

—Te mentí.

—No me jodas, Emma.

—Perdóname.

Entonces exploté de golpe. Todo lo que estaba sintiendo saltó por los aires, aunque ni yo mismo sabía entender las emociones que me movían. Solo sabía que estaba tan furioso que me dolía la mandíbula de la tensión, que tenía ganas de salir corriendo y de gritar, de romper algo, de cualquier cosa que sirviese como desahogo rápido.

—¿QUE TE PERDONE? ¿QUÉ DEMONIOS...?

—No me grites —me advirtió temblorosa.

—¿CÓMO QUIERES QUE NO GRITE, JODER?

—Caleb...

—NO PUEDE SER VERDAD.

—PUES SÍ LO ES, ¿VALE? —estalló poniéndose a mi nivel, los dos chillando en medio de esa cocina, enfrentándonos alterados—. ¡TÚ NO ME LO PUSISTE NADA FÁCIL! ¿O ES QUE YA LO HAS OLVIDADO? SOLO PENSABAS EN LARGARTE CUANTO ANTES DE ESTE PUEBLO. Y ROMPISTE LO NUESTRO, ¿VALE? LO ROMPISTE JUSTO ANTES DE QUE SUPIESE QUE ESTABA EMBARAZADA.

Se quedó callada, llevándose una mano al pecho para calmarse y con la respiración tan agitada que parecía a punto de ahogarse. Aguanté las ganas de abrazarla y consolarla. No podía hacerlo, por mucho que me doliese verla así. Apreté los puños y me mantuve inmóvil e imperturbable. Todo me estaba sobrepasando. No sabía qué decir, qué hacer.

—No tienes ni idea de lo que has hecho, Emma.

—Sí que lo sé, lo sé muy bien, ¿vale? —sollozó.

—No. —Respiré profundamente—. Yo no quería romper contigo. Lo único que quería era que aceptases esa beca. Si hubiese pensado solo en mí te habría retenido aquí conmigo, en este jodido pueblo... Y éramos jóvenes, maldita sea.

—Pero tú... dijiste que nos diésemos un tiempo.

—No es verdad. Te dije que no te atases a mí, que no dejases pasar una oportunidad así por seguir aquí conmigo. Y te lo tomaste a la tremenda. —Tragué con fuerza, mirándola lleno de pena, porque me daba cuenta de que nos habíamos destrozado la vida—. Yo no quería cortarte las alas, Emma. Y eso es lo que hacía todo el tiempo.

—¿Cómo podías pensarlo...? —Se le quebró la voz.

—¿Cómo pudiste tú no contarme esto?

—Porque no viste la cara que pusiste cuando te dije que estaba embarazada.

—¿Y qué cara querías que pusiese?

—NO LO SÉ. ALGUNA QUE NO FUESE COMO SI ACABASE DE DARTE LA PEOR NOTICIA DE TU VIDA, POR EJEMPLO. —Se echó a llorar tapándose la cara con las manos—. Y en ese momento lo supe. Dudé, pero lo supe.

—Dios mío, Emma...

—Supe que iba a quedarme toda mi vida aquí y que era lo último que tú deseabas, igual que ese bebé que estaba esperando. Así que sencillamente... te liberé.

Cerré los ojos con fuerza, respiré y volví a abrirlos.

—No, joder, no me liberaste.

—Sí lo hice. ¿Habrías sido feliz? Ponte en mi lugar. No querías estar conmigo. No querías que nos *atásemos*, o eso dijiste. Cuando te dije que estaba embarazada... vi el terror en tus ojos, Caleb. Y me negué a que te quedases conmigo solo por compasión o pena.

—¿Cómo pudiste pensar algo así?

—¿Qué sabrás tú cómo me sentía?!

—Me lo puedo imaginar.

—No, no puedes, NO PUEDES.

Tomé una bocanada de aire e intenté calmarme, porque sabía que no me quedaba otra opción. Sin embargo, iba notando cómo me cerraba más y más a cada minuto que pasaba, como si unos muros de hormigón fuesen creciendo entre nosotros.

Porque pensaba que la chica que había conocido desde pequeño no podía haberme hecho algo así. Habíamos crecido juntos. Habíamos jugado a cazar ranas en el río. Nos habíamos reído y yo me había burlado de sus trenzas antes de que creyésemos y terminásemos por enamorarnos. Luego nos habíamos querido. Discutíamos mucho, sí, los dos éramos explosivos, pero también habíamos sido exactamente igual a la hora de reconciliarnos y darnos el uno al otro todo lo que teníamos.

Jamás imaginé que Emma pudiese guardar un secreto semejante durante casi nueve años. Había tenido oportunidades de sobra para contármelo. Nos habíamos cruzado a menudo y ella se había limitado a cambiar de acera, evitarme y negarme el saludo.

Y tenía una hija... Dios mío... tenía una hija.

Pensar en Abby me partía el corazón.

Cogí mucho aire de golpe.

—Puedo imaginármelo, Emma. Puedo imaginar que pensabas que no te quería o que dices por hecho que lo último que deseaba era hacerme cargo de una responsabilidad así. Pero ¿sabes qué no me puedo imaginar? Que fueses capaz de callártelo durante tanto tiempo. Y no solo por mí, sino por toda la gente implicada.

—Yo... —Estaba sin palabras.

—Le has negado a mi familia la oportunidad de ser abuelos, tías...

Vi que su rostro se contraía de dolor al ser consciente de que tenía razón en eso. Se sujetó al borde de la encimera cuando empezaron a temblarle las piernas.

—Yo no quería... no quería eso...

—Pero lo hiciste. Y también se lo hiciste a ella.

—Necesitaba protegerla.

—¿Protegerla de mí?

—No, no exactamente...

—Le negaste a Abby que fuese su padre.

—Lo siento.

—Me negaste a mí verla crecer.

Me quedé sin palabras cuando las pronuncié en voz alta. Miré a Emma una última vez con el corazón latiéndome a toda velocidad, porque pese a todo lo que acababa de ocurrir ella era mi chica de pelo rosa, la única mujer de la que había estado enamorado tanto cuando era joven como ahora. Odiaba que siempre estuviésemos haciéndonos daño a pesar de querernos tanto desde que éramos niños. Pero estaba hecho.

No tenía nada más que decir. Me había quedado vacío. Así que me di la vuelta con la mirada perdida y me alejé caminando por el pasillo hasta la puerta.

—¡Caleb! —Emma me siguió—. ¿A dónde vas? Espera.

Antes de que pudiese abrir la puerta, me sujetó abrazándome por la espalda y apoyando su mejilla contra mis omoplatos. Me quedé quieto unos segundos, disfrutando del contacto de ella, aunque dolía a partes iguales. ¿Cómo habíamos llegado a ese punto...?

—Me tengo que ir —dije con la voz ronca.

—No, por favor. No te vayas...

—Lo siento.

—No lo hagas, Caleb.

Me giré y la miré dudando.

—¿Y qué quieres que haga?

Sus ojos estaban llenos de esperanza.

—Quédate. Quédate y solucionemos esto juntos. Podemos hacerlo. Tú y yo, sin más secretos. Hablaré con Abby. Hablaré con ella y le explicaré todo esto...

Já. Como si fuese tan fácil. No podía serlo.

En esos momentos solo pensaba en huir.

Ella había tenido nueve meses para hacerse a la idea de que sería madre. Yo acababa de enterarme. Pasé a ser padre de un segundo a otro, sin ningún tiempo entre medias. Y no era solo eso, sino el miedo que me daba no poder perdonar a Emma.

—No puedo quedarme.

Ella volvió a llorar desconsolada.

—Si te vas... me estarás dando la razón. Si abres esa puerta y te marchas, me estarás demostrando que esto te viene grande, que siempre terminas huyendo al final...

Pero no podía oírla. Estaba cegado. Solo deseaba montarme en mi coche, meter la llave en el contacto, arrancar y pisar el acelerador a fondo para alejarme de todo lo más rápido posible. No solo de ella y Abby, sino también de la gente que conocía, de aquel pueblo...

Necesitaba estar solo.

—Lo siento, Emma.

Abrí la puerta y me marché.

Mientras iba conduciendo por una carretera solitaria camino a ninguna parte, pensé que aquel era sin duda el día de Navidad más desastroso de la historia. También pensé en cómo el bebé de mi hermana se había quedado dormido en mis brazos tan plácidamente e intenté imaginar cómo habría sido Abby a esa edad; seguro que una niña regordeta de cabello rubio y mejillas sonrosadas. Preciosa. Pero ahora nunca llegaría a saberlo, porque me había perdido toda esa parte de su vida. Jamás la vería aprender a caminar ni cómo se le caería su primer diente o afrontaría la entrada en el colegio al empezar el curso.

Emma nos había robado aquello a los dos.

E incluso pese a todo... no dejaba de recordar aquel día en el que rompimos...

—¿Qué demonios pasa contigo, Caleb? —Emma me enfrentó cruzada de brazos. Llevaba dos trenzas rubias a cada lado de la cabeza y los labios pintados de rosa.

—Nada. Pero creo que deberías decir que sí a esa beca.

—Y lo pienso hacer. Solo que quiero que sea contigo.

—¿Conmigo? —Me burlé—. Yo ni siquiera sé qué va a ser de mí dentro de una semana.

—¿Qué quieres decir con eso? —Me miró sin entender.

—Que quiero recorrer mundo, Emma. Quiero ver cosas, viajar... Odio este pueblo.

—¿Y eso que significa para nosotros?

—Significa que no deberías atarte a mí.

Inspiré hondo con las manos en el volante y rebusqué en mis recuerdos aquel otro momento que lo cambió todo y dividió nuestras vidas para siempre.

Yo llevaba semanas sin verla. Sabía que me estaba evitando desde la última discusión que habíamos tenido, pero no podía aguantarlo más... necesitaba decirle que la quería. Que la seguiría si hiciese falta hasta la ciudad en la que iba a estudiar con esa beca, aunque debía admitir que eso me hacía sentir como un patán. Yo no tenía ningún futuro, mientras que ella lo tenía todo a su favor. Tenía la sensación de que no podía ofrecerle nada.

Escalé por el árbol que había frente a su ventana y una vez en la cornisa llamé para pedirle que me dejase entrar. Ella se asustó al verme al principio, pero luego fue y me abrió.

—¿Cómo se te ocurre subir así...?

—Parece que era la única manera de verte.

—Podrías haber llamado a la puerta, mis padres no están en casa.

—¿Acaso hubieses abierto? —repliqué enfadado.

Ella resopló, pero apartó la mirada y cerró la ventana. Llevaba un pijama y el pelo recogido en una trenza. La cama estaba deshecha como si llevase horas tumbada allí. Tenía los ojos enrojecidos. Supe que había estado llorando, así que mi primer impulso fue el de siempre: dar un paso al frente y abrazarla.

—¿Qué nos está pasando, Emma?

—No lo sé, dímelo tú.

Se limpió las mejillas rápidamente.

—¿Quieres que hablemos?

—No es un buen momento...

—¿Por qué?

—Porque no, Caleb...

—Venga, mírame, ¿qué ocurre?

—Yo... yo...

—¿No confías en mí?

Vaciló antes de soltar de golpe:

—Estoy embarazada.

Me quedé paralizado. Había esperado cualquier cosa menos esa.

—¿Qué? ¿Cómo es posible...?

—¿De verdad tengo que explicártelo?

—¡Joder! ¡No me lo puedo creer! ¿Qué cojones vamos a hacer? Esto... esto... es terrible. Mierda. —La miré después de pasarme una mano por el pelo, alterado—. ¿Y qué piensas hacer...?

—Tenerlo —respondió decidida.

—¿Estás segura? Emma...

—¿Sabes? Puedes estar tranquilo —apartó la cara—. No es tuyo.

—¿Qué?

—Tú... tú puedes seguir con tu vida... —Vi que cogía aire de golpe.

—No me jodas, Emma. ¿Qué has hecho?

A partir de ahí el recuerdo era difuso.

Yo le había reprochado mil veces que fuese una inconsciente y no se hubiese puesto protección con un completo desconocido. Ella había llorado en silencio. Después de alargar aquella tortura, me había vuelto a largar por la ventana de su dormitorio y ya nunca subí allí hasta hace apenas unas semanas, cuando lo hice al entrar en la habitación de Abby.

Ni siquiera llegué a ver a Emma embarazada. No regresé al pueblo hasta que ella ya había tenido al bebé, o eso fue lo que llegó a mis oídos. No quería saber nada de esa historia. Estaba enfadado con ella por joderse así la vida, por arruinar lo poco que quedaba de lo nuestro y por decidir tener a ese bebé cuando pensaba que solo le fastidiaría la vida.

Por aquel entonces era joven y egoísta, lo suficiente como para pensar primero en nosotros que en todo lo demás. No respeté su decisión y tampoco quise ayudarla.

El teléfono sonó y dejé de mirar la carretera un segundo para mirarlo.

Era Asher. Frené a un lado y descolgué.

—¿Dónde estás? —preguntó rápido.

—No lo sé. Por ahí. ¿Por qué?

—Tienes que volver, Caleb.

—No puedo. ¿Qué pasa?

—Pasa que lo sabemos. —Hubo una pausa—. Emma vino a recoger a Abby cuando aún estábamos todos por la tarde y, mientras la cría se quedaba con la abuela en la cocina, nos lo contó todo desde el principio.

—Asher...

—Sabemos que es tu hija.

—Vale.

—¿Vale? ¿Eso es todo?

—¿Qué quieres que haga?

—Da media vuelta y vuelve.

—Imposible. —Negué—. No puedo. No.

—Caleb, eres mi mejor amigo. Sé que ahora mismo estás cerrado del todo, pero si no vuelves te arrepentirás durante el resto de tu vida. No puedes huir de algo así.

—Ella lo jodió.

—Sí, es cierto. No hizo bien las cosas...

—Fue un puto desastre.

—Ya, pero no podemos cambiar el pasado.

—Sí dejarlo como está.
—Al final siempre vuelve.
—Olvidalo, Asher, te voy a colgar...
—¡Piensa en Abby...!

La frase se quedó colgando en el aire.
Era la única forma que tenía de pillarme y él lo sabía.
Abby...

Ella no se merecía eso. En realidad, no se merecía nada de lo que había ocurrido, ni que su madre le hubiese ocultado quién era yo, ni que yo me hubiese marchado en cuanto acababa de descubrirlo. Era la única que no tenía ninguna culpa de nuestros errores.

Me dolió el corazón al pensar en ella.

—Es que no puedo, Asher...
—Sí puedes. Te conozco. Y puedes.
—No lo entiendes. Esto es demasiado.

—Voy a decirte lo que sé. —Cogió aire—. Sé que ahora mismo odias a Emma igual que sé que la quieres en la misma medida, porque siempre has estado enamorado de ella por mucho que te cueste admitirlo en voz alta. También sé que, si no das media vuelta y regresas, te arrepentirás durante el resto de tu vida. Porque tienes razón, Emma hizo las cosas mal y ha cometido uno de esos errores que marcan un antes y un después, pero ahora tenéis la oportunidad de enmendar las cosas. Si te marchas, te preguntarás eternamente qué hubiese sido de tu vida de haber hecho lo contrario... —Hizo una pausa—. Mierda. Tu abuela insiste en que le pase el teléfono, pero hazme caso, ¿de acuerdo?

Cerré los ojos y respiré profundamente.

¡Lo que me faltaba! Mi abuela. Uff.

Apreté el teléfono con fuerza.

—Caleb —su voz siempre tenía un poder extraño en mí. Cuando era pequeño, me afectaba más que ella me pegase la bronca a que lo hiciese mi madre—. ¿Qué estás haciendo?

—Ya lo sabes. Huir —admití.

Hubo un silencio que se me hizo larguísimo.

—Deja de pensar con la cabeza y hazlo con el corazón.

—Abuela... —resoplé, enfadado.

—La felicidad es más importante que tu orgullo herido.

Y antes de que pudiese replicarle con alguna tontería, me colgó. Me

quedé mirando como un idiota el teléfono, como si esperase algo más que nunca llegó. Luego lo lancé al asiento de al lado, cabreado conmigo mismo casi tanto como con toda mi familia.

Sabía lo que tenía que hacer, pero me daba tanto miedo...

En parte entendía la postura de Emma. Su temor a que no me tomase esto en serio o que a mi presencia fuese algo temporal, porque en este caso todo era a blanco o negro, sin zonas intermedias. No podía entrar y salir de la vida de Abby cuando me diese la gana como había hecho hasta ahora con todas mis relaciones, no podía fallarle en eso.

Inspiré profundamente llenándome los pulmones de aire.

Después, asustado ante tantas emociones, giré el volante para dar media vuelta y regresar por la carretera oscura por la que llevaba horas conduciendo.

¿Qué iba a decirle? ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Qué ocurriría?

Lo único que tenía claro mientras pisaba el acelerador era que, cuanto más me acercaba a Beaufort, más me alejaba también de cómo había sido mi vida hasta entonces.

Pero ¿era eso tan terrible?

¿No había deseado justo días atrás que todo fuese diferente, poder tener algo real con Emma, vivir junto a ellas y pasarme las noches de viernes comiendo pizza y viendo la televisión o haciendo el tonto jugando a cualquier cosa...?

Lo que me paralizaba era el miedo.

El miedo a no ser suficiente listo.

El miedo a no ser suficiente para ellas.

El miedo a no ser un buen novio...

El miedo a no ser un buen padre...

Tragué saliva con fuerza al pensarlo, porque era justo lo que había roto lo nuestro tantos años atrás, cuando la idea de no ser suficiente para Emma había hecho que quisiese alejarla de mí. Siempre reaccionaba así cuando algo me superaba. Prefería tomar distancia. Solo que en el caso de Abby ya no podía hacerlo. Porque era mi hija...

Mi hija...

Aún me costaba asimilarlo por mucho que me lo repitiese.

Una parte de mí estaba seguro de que, de algún modo ilógico y sin sentido, la abuela había sabido desde el principio que todo esto ocurriría. Que ella era la chica del pelo rosa. Que Abby no era una niña cualquiera... Por eso llevaba tanto tiempo acudiendo a visitarlas.

Cuando frené delante de la puerta de su casa, era de madrugada.
Recordé las palabras que la abuela me había dicho días atrás.

—*Ella quiere protegerse.*

—*¿De mí?*

—*Sí.*

Aunque lo supiese, me dolió igual.

—*No tiene razones para hacerlo.*

—*Todos cometemos errores, Caleb.*

—*¿Por qué me dices eso? No he hecho nada.*

—*Quizás no lo diga por ti —se llevó una mano trémula a los labios y luego cogió su taza de té y le dio un trago—. Nadie es perfecto, pero todos actuamos como mejor sabemos según el momento que nos toque vivir.*

Ahora lo entendía todo. Las piezas encajaban.

Con el corazón en un puño, rodeé la propiedad hasta llegar a la ventana de su dormitorio, que estaba en la planta de abajo. De repente necesitaba verla ya...

Golpeé con los nudillos un par de veces hasta que noté movimiento dentro y la ventana se abrió. Emma tenía el rostro desencajado y los ojos hinchados y enrojecidos.

—Caleb... —Lo dijo como si no pudiese creer que estuviese allí.

—¿Me abres la puerta o tengo que colarme como siempre?

—Yo... —Tragó con nerviosismo—. Te abro.

Esperé en la puerta hasta que ella abrió y entonces nos miramos fijamente. Llevaba puesto un abrigo grueso y viejo, pero aún así estaba preciosa, con la nariz un poco irritada e incluso con el rostro tan cansado. No pude evitar sentir ganas de sostenerle las mejillas con las manos y besarla hasta dejarla sin aire, pero estaba el orgullo frenándome...

—Abby está durmiendo ya —me dijo.

—Vale. Podemos hablar en el porche, si quieres.

Asintió y nos dirigimos hacia la parte de atrás para evitar despertar a la niña. Una vez allí, Emma se sentó en los escalones de madera y yo me quedé de pie delante de ella intentando encontrar las palabras para lo que quería decir, aunque no estaba muy seguro. En esos momentos mi cabeza era una lavadora centrifugando a toda velocidad. Así que, como no funcionaba demasiado bien, por una vez hice caso a la abuela y decidí dejarme llevar por el corazón. Tampoco es que me quedase otra opción.

—No puedo... no puedo irme ahora que lo sé.

Fue lo único que conseguí decir. La expresión en el rostro de Emma se llenó de ternura y también de culpa. Se puso en pie, abrazándose a sí misma por encima del abrigo en mitad de la noche oscura. Estábamos tan cerca que solo tendría que dar un paso para que nuestros cuerpos se tocasen y en esos momentos no podía pensar en nada más.

—Lo siento tanto, Caleb... —susurró con la voz rota—. No te haces una idea de cómo me siento, de lo mucho que me arrepiento, pero en ese momento... entonces...

—Eras una niña.

—No es solo eso. Es que pensaba de veras que no era lo que tú querías. El día que te lo dije y vi tu expresión... simplemente pensé que era lo mejor. Y cuando me dijiste si había pensado en no tenerlo... eso... me dolió. Ya sé que era una opción. Pero por mucho que Abby cambiase todos los planes que tenía de vida, sencillamente la quise desde que supe que existía, cuando solo tenía el tamaño de una lenteja.

—No estuve muy acertado —admití.

—Pero eso no justifica lo que hice.

—No, pero hace que lo entienda mejor.

Tragó saliva con fuerza y me miró indecisa.

—He hablado con ella... —Inspiró hondo—. Al parecer escuchó más de

lo que debía cuando fui a contarles a tu familia toda la historia...

Me mordí el labio inferior. Nunca había estado tan nervioso.

—¿Lo sabe?

—Sí.

—Es una chica lista.

—Me preguntó dónde estabas.

—¿Y qué le dijiste?

—Que te habías ido... —Me miró a los ojos—. Pero que sabía que volverías pronto.

Quería abrazar a Emma por conocerme tan bien pese a todos los años en los que nuestra relación había estado rota. A fin de cuentas, quizás no éramos tan distintos a esos chicos jóvenes que un día se enamoraron. Ella seguía siendo impulsiva, de decisiones firmes y valiente. Yo con mis ganas de huir, mi miedo a decepcionar y tan perdido por su sonrisa...

—Buena respuesta —dije respirando hondo.

—¿Y qué hacemos ahora?

—¿Qué quieres tú que hagamos?

Emma se frotó los brazos y bajó la mirada.

—Llevaba semanas sin poder dormir, observándote mientras pasabas tiempo con Abby, pensando en todo... Y cada vez que me preguntabas por su padre me moría un poco por dentro; me planteaba decírtelo, pero no sabía cómo porque sabía que no me lo perdonarías... —Cogió aire de golpe—. Y si te quedabas, si lo hacías... sabía que no podría posponerlo mucho más, porque la culpa me estaba consumiendo.

En ese momento comprendí muchas cosas.

Entendía por qué Emma quería verme lejos de Beaufort. También lo reticente que era a la hora de dejarme entrar de nuevo en su vida. Y el dolor en su mirada cada vez que Abby me pedía que fuese a su función escolar o deseaba que me quedase a cenar con ellas. Porque, durante todo ese tiempo, ella sabía el lazo que nos unía.

—¿Qué te ha hecho decidirte? —pregunté a media voz.

—Tú. No lo sé. La manera en la que cogías a tu sobrino, cómo lo mecías... —Paró cuando un sollozo interrumpió sus palabras—. Pensé en lo felices que hubiésemos sido si todo hubiese sido distinto. Si tú hubieses estado a mi lado cada vez que Abby lloraba siendo un bebé. Pero es que no me vi capaz de decírtelo aquel día... —Se limpió las lágrimas—. Y luego, conforme fue pasando el tiempo, ese secreto se convirtió en una bola de nieve

y yo... no supe cómo pararlo. Acepté que fuese así siempre. No pensé que volverías...

—Joder, Emma.

—Ya sé que no lo harás nunca, pero ojalá pudieses...

—¿Perdonarte? —Acabé por ella.

—Suenas imposible, lo sé.

—No tanto.

—¿Qué?

La cogí de la mano y tiré con suavidad de ella hacia mí, hasta que su pecho chocó con el mío. Apoyé mi frente en la suya y respiré profundamente, llevándome su aroma. Hacía un frío de mil demonios, pero me sentía arder al tenerla cerca. Sabía que tenía dos caminos; uno, el del orgullo y el rencor, me conducía hacia unos días grises y difíciles. El otro, auguraba un futuro feliz que hasta ahora pensaba que no quería y que en esos momentos necesitaba más que nada en el mundo, porque hay cosas a las que de repente no puedes renunciar.

—¿Tú me quieres?

—Caleb...

—Dímelo. Sé sincera.

Emma me miró con los ojos aún llenos de lágrimas.

—Siempre has sido el único. Siempre. Cuando eras un niño, cuando creciste y te convertiste en el chico por el que perdí la cabeza, pero, sobre todo, ahora. Porque ahora eres tu mejor versión, un hombre capaz de cuidar de nosotras incluso cuando pensabas que te había engañado años atrás. —Se llevó una mano al pecho.

—Ven aquí.

La abracé tan fuerte que temí hacerle daño. Necesitaba simplemente sentir su contacto y reconocer en ella a la chica que tan bien conocía. Me di cuenta de que no podía odiarla. Era incapaz. Yo entendía sus errores. Y todo lo que se puede entender se puede también perdonar. Estaba cansado de que nos hiciésemos daño, de años de silencio y de negarnos la felicidad que los dos nos merecíamos. Mejor aún. Los tres.

Le di un beso en el cuello.

—¿Qué significa esto...?

Pero no la dejé continuar antes de atrapar su boca. Habría podido besarla una eternidad, ignorando el frío, la escasa luz de la luna y toda la historia que arrastrábamos.

Me separé para mirarla a los ojos.

—¿Recuerdas lo que te dije hace unos días?

—¿Sobre qué? —preguntó con un hilo de voz.

—Sobre que quería estar contigo. Quería ser el futuro. —Emma asintió con la cabeza mientras seguíamos mirándonos fijamente—. Pues sigo pensándolo. Te miro y se me olvida todo lo malo de un plumazo. Solo puedo pensar en todo lo bueno que hemos compartido... en lo que hemos creado —añadí refiriéndome a Abby—. Deja ya de llorar, Emma.

—No puedo. —Le limpié las mejillas.

—Nos merecemos una oportunidad.

—¿Y ella...?

—Ella la que más.

Emma se puso de puntillas, me rodeó el cuello con sus brazos y me estrechó con fuerza antes de hundir la cabeza en mi pecho y quedarse allí escuchando mis latidos.

—Deberíamos entrar. Hace frío —dijo finalmente.

Asentí, dándole la razón, y la cogí de la mano con firmeza antes de subir las escaleras del porche. Al entrar en la casa, buscándonos a tientas, volvimos a besarnos. Perdí la noción del tiempo por culpa de sus labios, mientras nos movíamos entre jadeos por el pasillo...

Joder, cuánto la había querido toda mi vida.

¿Cómo no me había dado cuenta antes de que ella era la chica del pelo rosa? Resultaba tan evidente ahora que lo pensaba en perspectiva.

—¿Mamá...?

Esa voz suave me paralizó.

Solté a Emma, que encendió la luz del pasillo. Abby estaba en la puerta de su habitación, con un peluche debajo del brazo y ojos cansados que se abrieron de golpe cuando me vio. Se quedó muy quieta, como si no supiese a qué atenerse conmigo.

Yo sentí que el corazón se me ensanchaba por momentos.

—¡Caleb! —Miró a su madre—. Dijiste que se había ido.

—Sí, pero ya estoy de vuelta —me adelanté a decir, luego, un poco nervioso por toda la situación, miré a Emma—. ¿Nos dejas...? —No hizo falta que añadiese *a solas*, porque ella lo entendió perfectamente y, aunque podía notar cómo seguía flotando en el aire su instinto protector, se alejó hacia el salón y Abby y yo nos quedamos mirándonos.

—Mamá me lo ha contado —susurró la pequeña.

Me acerqué a ella y me arrodillé delante, despacio.

—¿Y qué te parece? —pregunté.

—Estaba feliz, pero luego...

—¿Luego...? —la insté a seguir.

—Me enteré de que te habías ido.

—Solo temporalmente. ¿No ves que estoy aquí? —Tragué con fuerza, notando que no controlaba bien las emociones porque sentía que algo me presionaba el pecho.

—¿Hasta cuándo? —dudó insegura.

No me lo va a poner fácil. Digna hija de su madre, pensé.

—Hasta siempre, Abby. Te lo prometo.

Una sonrisa pequeña se fue dibujando en sus labios.

—Me gusta que estés aquí, Caleb.

Me dolió un poco ser consciente de repente de que nos llevaría un tiempo que empezase a llamarme *papá*, si es que algún día llegaba a hacerlo. Sacudí la cabeza para alejar esos pensamientos negativos y me quedé con lo feliz que me hacía estar dentro de esa casa (que pensaba arreglar con mis propias manos), bajo el mismo techo que ellas, las dos chicas más increíbles que había conocido en toda mi vida.

—¿Quieres que te lea un cuento?

—¡Sí, vale! —exclamó animada.

—Pues vamos.

Abby se escabulló bajo las mantas de su cama y yo me senté a un lado, con la lámpara de noche encendida. Eligió uno que ya le había leído otro día y disfruté cada segundo mientras relataba las aventuras de la protagonista y ella iba cerrando poco a poco los ojos. Cuando se durmió del todo, simplemente me quedé mirándola fijamente.

Era mi hija. Mía. Tan perfecta. Me parecía increíble que de mí hubiese podido nacer otra persona, una tan maravillosa, lista y risueña. Inspiré hondo, orgulloso.

—No te imaginas cuántas veces soñé con un momento así.

La voz de Emma en un susurro a mi espalda me hizo girarme. Estaba apoyada en el dintel de la puerta y nos miraba con los ojos llenos de ternura.

—Ven, acércate —le dije bajito.

Lo hizo. Caminó de puntillas hasta mí y entonces la acomodé en mi regazo. Nos quedamos los dos mirando a Abby embobados un buen rato, con mis manos alrededor de su cintura y mi mejilla apoyada en su espalda.

—Nunca había deseado con tantas ganas que fuese mañana.

—¿Y eso por qué? —Me apartó el pelo de la frente.

—Porque mañana empieza mi nueva vida. Una en la que está ella. —Miré a Abby, que dormía plácidamente—. Y también mi chica del pelo rosa.

—¡Eh! ¿Quién es esa chica?

—Shhh. Tú solo bésame.

EPÍLOGO: MARIAN Y ASHER.

El pequeño Jake no dejó de llorar hasta que su madre lo cogió en brazos y lo acunó con cariño. Cuando se calmó, lo arropó con una manta a pesar de que pronto llegaría el buen tiempo, y bajó a la calle. Dio un paseo relajado con el bebé en brazos, disfrutando del calor del sol de la primavera y de aquel día en el que por fin iba a reunirse toda la familia después de unos meses caóticos y llenos de idas y venidas.

Ella apenas había tenido tiempo libre entre hacerse cargo del bebé, redecorar el piso al que se habían mudado el año anterior y que aún seguía sin estar enteramente a su gusto y, sobre todo, gestionar el negocio de la pastelería. No era sencillo mantenerlo todo a flote.

Cuando llegó hasta el local, sonrió al ver a través del cristal a Asher.

Entró y se acercó a la barra. Cogió la manita del pequeño.

—Hola, papá. ¡Dile hola al papá!

—Paaaaaa —consiguió balbucear el niño.

Asher se derritió al instante. Mientras rodeaba la barra y se acercaba hasta donde estaba su chica y su hijo, se dio cuenta de que ni en un millón de años hubiese adivinado que terminaría saliendo con la hermana de su mejor amigo y teniendo a un bebé perfecto que cada mañana le alegraba el día al despertarse con una sonrisa en la cara.

—¿Qué dices, mi granuja? —Lo cogió en brazos.

Marian aprovechó el rato libre para revisar que todo estuviese en orden. Pasteles de repuesto en la nevera. Buen surtido en el escaparate. La barra limpia y las mesas también.

—Deberíamos cerrar antes para llegar a tiempo.

—Tranquilo, no hay prisa.

—Pero ya son y diez.

Marian se encogió de hombros.

—La verdad, es una suerte tener en la familia a alguien como Cassie, así siempre sabemos que llegará la última y que los demás evitaremos llevarnos la bronca de mamá.

Asher se rio de lado y cuando Marian pasó junto a él alargó la mano que tenía libre y la atrajo hacia sí a pesar de las protestas de ella, que se hizo la difícil.

—Vamos, dame un beso.

—Mmm. Solo uno.

—Eso he dicho.

—Siempre quieres más.

—Culpa tuya, por ser tan deliciosa.

Atrapó su boca mientras el bebé se reía. Tuvo que soltarla rápido porque el crío no dejaba de moverse y balancearse en su otro brazo, que mantenía pegado al costado.

—¿Quién lleva el regalo de la abuela?

La comida familiar para la que iban a reunirse era la celebración del cumpleaños de Agnes. Una fecha especial. Aquel año habían decidido hacerle un regalo que estuviese a la altura y llevaban varias semanas currándoselo, pero, como era de esperar, el alma organizativa del proyecto había sido Agatha, que se quedó varias noches en vela para que todo estuviese perfecto o lo que ella considerase como tal.

—Lo tiene Agatha. Miedo me da.

—Espero que Daniel la controle.

—Es capaz de rehacerlo todo en el último momento. Prefiero no preguntarle.

—Venga, vámonos ya.

—Vale.

Se sonrieron antes de cerrar la pastelería y dirigirse hacia la casa de los Reed dando un paseo tranquilo y disfrutando de la calma que se respiraba en Beaufort.

EPÍLOGO: AGATHA Y DANIEL.

—Te digo que es por la izquierda.

—No. Confía en mí, vamos bien.

—Agatha, por lo que más quieras...

—¿Por qué no puedes hacerme caso?

—¡Porque estás equivocada, joder!

Daniel se pasó una mano por la frente, agotado. Cada vez que tenían un problema o no estaban de acuerdo en algo, se convertía en una discusión intensa. Pero oh, todo lo demás también era intenso y compensaba las horas que perdían intentando llegar a un acuerdo. En algunas cosas, como aquella, era o blanco o negro. Habían decidido hacer el viaje hacia Beaufort en el nuevo coche que Agatha se había comprado con el dinero sobrante de la beca. Ahora que él había conseguido un trabajo en la ciudad donde ella estudiaba, se había pasado las últimas semanas dándole clases prácticas de conducción hasta que logró sacarse el carné, pero era más que evidente que Agatha aún no parecía dominarlo del todo bien.

—Puede que tengas algo de razón —admitió pasado un rato.

—¿Algo? —Daniel resopló—. La tengo toda.

—Daré la vuelta ahí mismo.

—¿Qué? Agatha... —Pero fue demasiado tarde. Ella se desvió hacia la derecha cuando era evidente que no podía hacerlo y se metió por un camino secundario y totalmente solitario que no parecía conducir a ningún sitio—. No podías girar.

—Pues habérmelo dicho antes —contestó ella.

—¡Joder, no me ha dado tiempo!

—Yo no tengo la culpa de que seas lento.

—No lo sería si no condujeses como si estuvieses rodando la nueva de *fast and furious*.

—Muy gracioso —masculló—. ¿Podemos dejar de discutir?

—Admite que tenía razón con lo de la dirección.

Agatha puso los ojos en blanco, pero cuando miró a Daniel que la observaba desafiante, se derritió. Tomó aire y terminó cediendo pese a su orgullo.

—Está bieeeeeen. Lo admito un poco.

—Un poco mucho —insistió él.

—Mucho, sí. Déjalo ya. Ven.

Lo cogió del cuello de la camisa medio elegante que se había puesto para asistir al cumpleaños de su abuela aquel día y tiró de él hacia ella para besarla en la boca. En teoría, tenía intención de que solo fuese un beso rápido antes de volver a ponerse en marcha para ir a Beaufort si querían llegar a tiempo. El problema era que con Daniel la teoría nunca funcionaba y menos cuando sus manos expertas se colaban bajo su ropa y la acariciaban de esa forma que la hacía perder el control y dejar de pensar en todo.

—Mmmm... llegaremos tarde —gimió.

—Seré rápido. Muy rápido. —Daniel le mordió el cuello.

—Te odio por tentarme siempre —dijo ella, pero un minuto más tarde, los dos estaban en el asiento trasero del coche, quitándose la ropa a tirones entre jadeos y besos.

EPÍLOGO: CASSIE E IZAN.

—¡Maldito trasto inútil! —Cassie aporreó la ventanilla del tren—. ¡Venga, ponte en marcha de una maldita vez y deja de perder el tiempo tontamente!

Izan, en el asiento de al lado, le susurró al oído: —Cariño, creo que el tren no te escucha.

La mirada que Cassie le dirigió podría haber congelado el mismísimo infierno en apenas un segundo. Fue letal, directa y punzante, algo que a él solo le hizo reír, porque era el único hombre capaz de controlar el temperamento de Cassie, neutralizarlo y transformar esa impulsividad en su mejor versión. Le dio un beso en la mejilla y se recostó en su asiento para continuar leyendo el libro que había cogido para el viaje. Ella, en cambio, seguía inquieta, así que al final Izan dejó la novela a un lado, suspiró y la miró de reojo.

—Tampoco es para tanto, solo vamos con unos diez minutos de retraso.

—Ya lo sé, pero es que siempre soy la última en llegar, la que llega tarde.

—Cierto, la puntualidad no es lo tuyo.

—¡Eso no ayuda!

—Es la verdad. Pero, si te sirve de consuelo, a mí me pareces irresistible dentro de tu caos. Perfecta así... —Deslizó la mano por su muslo, subiendo hasta rozar con los dedos el borde de la falda—. Mmmm, muy perfecta. Terriblemente perfecta.

—¿Quieres que nos vea todo el mundo?

—A mí no me importa. ¿A ti?

—No me retes, Izan.

La mirada ardiente que Cassie le dirigió estuvo a punto de hacerlo enloquecer. Sonrió al pensar que desde que estaba con ella, su vida no solo era mucho más emocionante cada día, sino que había vuelto a pintar como hacía años que no lo hacía, dejándose llevar y volcando en el lienzo todo lo que era incapaz de decir con palabras.

—Tienes suerte de que estemos a punto de llegar.

—¿Qué habría pasado si no? —bromeó ella.

—Habríamos acabado en el minúsculo baño del tren y lo sabes. O, mejor aún, habría colado la mano por debajo de tu falda y te habría acariciado ignorando que posiblemente algún que otro pasajero se diese cuenta de lo que

estaba ocurriendo aquí...

Cassie se mordió el labio inferior descaradamente.

—Eres incorregible. Deberías ser el adulto de los dos. Por edad.

—Eso ha dolido —replicó Izan.

—Señores pasajeros, han llegado a su destino. Recuerden recoger su equipaje antes de abandonar el tren y salir por las puertas de la izquierda.

Los dos tomaron aire para expulsar lejos el momento de excitación e Izan se puso en pie y empezó a bajar sus maletas. Aprovechando el viaje para el cumpleaños de Agnes iban a quedarse una semana en Beaufort junto a la familia Reed.

—¿Te ayudo con eso? —señaló su maleta.

—Puedo sola. Pero gracias.

Se miraron sonrientes, llenos de felicidad, y luego salieron del tren y avanzaron por la estación directos hacia la salida para llegar cuanto antes al pueblo.

EPÍLOGO: CALEB Y EMMA.

—¡No me gusta nada! —Se quejó Abby.

—Venga, cielo, ponte el vestido, la abuela te lo ha hecho con todo su cariño. ¿Verdad que sí, Caleb? Díselo —insistió Emma pidiéndole apoyo.

—Cierto. Y todos sabemos que mi madre tiene un gusto un poco pésimo, pero... la harás muy feliz si apareces en el cumpleaños con el vestido.

—Jo, papá. —Lo miró apenada.

—Un sacrificio de nada. Y esta tarde hacemos lo que tú quieras.

—¡Hecho!

—Pequeña granuja negociadora...

Abby sonrió más convencida y se lanzó a sus brazos, reteniéndolo y colgándose de él como si fuese un mono. Caleb sonrió mientras intentaba andar con ella cogida. Emma pasó por su lado, puso los ojos en blanco y se echó a reír al tiempo que se alejaba.

Caleb la siguió poco después, cuando dejó a Abby vistiéndose.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó cuando logró alcanzarla y la retuvo contra la encimera de la cocina que él mismo había renovado un mes atrás.

—Tú y cómo Abby consigue siempre lo que quiere.

—No tanto. —Frunció el cejo.

—Oh. Ya lo creo que sí.

—Me impongo mucho.

—Te tiene ganado.

—Es demasiado adorable.

—Y tú un blando que cae fácil.

Caleb gruñó. Después sujetó a Emma de la nuca y le dio un beso largo que le supo a poco, aunque cuando se trataba de ella siempre era así y se quedaba con ganas de más. Le sonrió antes de dejar que se escabuliese de su agarre.

—Hemos quedado dentro de nada.

—Sí, espero que Abby se dé prisa.

—Sigue soñando —bromeó Emma.

Caleb se rio y sacudió la cabeza mientras ella salía de la cocina. Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados de un día para otro, pero lo único que a veces seguía pesándole un poco era que no hubiese podido ocurrir antes.

En ocasiones la vida no siempre sale según lo establecido y algunas cosas llegan tarde, pero, como decía la abuela Agnes, lo importante era que llegasen, no tanto cuándo. Así que estaba agradecido por ello.

Vivir junto a Emma y Abby era un regalo cada día. Ya no recordaba lo que significaba la palabra *aburrimiento* y no entendía cómo un día pudo llegar a pensar que la vida en Beaufort se le quedaba demasiado corta o era poco interesante. Después de viajar por Europa, por tantas ciudades del país, de trabajar en todo tipo de empleos, de conocer a cientos de chicas... después de todo eso... sencillamente había vuelto al lugar del que se marchó. Así de sencillo y difícil a la vez. Puede que no tuviese mucho sentido, pero Caleb sí tenía la sensación de que todo había encajado como debía ser. En esa casa, en aquel lugar, era feliz.

—Me queda horrible —dijo Abby saliendo.

—Qué va. Estás preciosa —contestó él.

—Parezco un pastel de fresa —se quejó.

—A mí me encantan los pasteles de fresa.

Eso hizo sonreír a la niña, que buscaba constantemente la aprobación de su padre como si deseara recuperar cuanto antes el tiempo que habían perdido.

—¿Me llevas a caballito?

—Venga, sube.

Abby saltó y se sujetó a su espalda como un koala mientras Emma los miraba y los tres se acercaban hasta la casa de los Reed dando un paseo lento por la calle que las separaba. Pensó en la suerte que había recibido por tener a Caleb y a su hija en su vida, más ahora que había empezado ese curso a distancia de diseño de moda y que a él le habían reducido la jornada de trabajo para que pudiese hacerse cargo de Abby por las tardes. Por primera vez en años se sentía tan afortunada, que por momentos temía que tanta dicha terminase por truncarse. Sin embargo, había dejado de tener miedo y de anticiparse a las cosas, ahora tan solo se limitaba a disfrutar cada día de lo que tenía; de ella y de él, de que por fin eran una familia.

EPÍLOGO: LA ABUELA AGNES.

No todos los días se cumplían años, así que la abuela Agnes se sentía aquel sábado especialmente satisfecha cuando bajó al comedor después de asearse y ponerse alrededor del cuello un bonito pañuelo de seda rosa. Sonrió al ver alrededor de la mesa a toda su familia, con sus nietos ocupando cada silla y armando jaleo entre risas y charlas.

—¡Abuela! —Agatha la abrazó.

Hacía tiempo que no la veía porque casi siempre estaba en la universidad. Agnes sabía que en el futuro haría algo grande, algo destinado a cambiar y mejorar las vidas de la gente.

—Estás preciosa. Bonito colgante.

—Gracias. —Le besó la mejilla.

—¿Dónde está Cassie...?

Era la otra de sus nietas a la que no veía tan a menudo como le gustaría. Las mellizas estudiaban fuera, aunque ella bien sabía que algún día lejano regresarían a casa. En cambio, tenía la suerte de disfrutar cada día de dos bisnietos que estaban asentados en Beaufort.

En ese momento llamaron al timbre.

—Voy yo —dijo Caleb.

La voz de Cassie se escuchó desde el salón.

—¿He llegado la última? Dime que no, por favor.

—Lo has hecho. Como siempre —contestó Caleb.

—¡Mierda, maldita sea!

Izan se reía a su espalda mientras ella entraba en el comedor. Al ver a su abuela a lo lejos, soltó las maletas en mitad de la habitación y corrió a abrazarla como si hiciese años que no la veía en lugar de tan solo dos meses que ahora parecían demasiado.

—Tienes buena cara, abuela.

—Eso es porque me ves con buenos ojos.

Cassie sonrió con dulzura y luego todos se acomodaron alrededor de la mesa y fueron sirviendo la comida, que era abundante y deliciosa. El ambiente distendido y relajado los acompañó mientras reían, hablaban y se ponían al día. Agnes no podía quitarles los ojos de encima a todos los que allí estaban, acompañándola en un día tan especial.

Cuando la comida terminó, Agatha se ausentó unos segundos y, al

regresar, dejó delante de la abuela un regalo cuadrado y envuelto en papel rojo.

—Es para ti, de parte de todos nosotros.

—Esperamos que te guste —añadió Marian.

—Ohhh. No teníais que hacer nada. Sé que estáis ocupados. Tenéis trabajo y estudios, hijos, muchas cosas que atender en el día a día. —Sacudió la cabeza.

—Para ti siempre hay tiempo, abuela —insistió Cassie.

—Veamos... —Comenzó a quitar el celo lentamente.

Cuando consiguió arrancar el papel, se quedó mirando con curiosidad la tapa del cuaderno de memorias que le habían regalado. Le temblaban las manos arrugadas al abrirlo. Dentro, estaba toda su vida. Notó que los ojos se le humedecían cuando se dio cuenta de que, aunque fuese olvidando cada vez más momentos, lugares y personas, en esos papeles seguirían intactos sus recuerdos. Sus nietos habían buscado fotografías y, al lado de algunas de ellas, habían escrito de qué año eran, quiénes estaban, qué instante se había immortalizado.

Ahogó un sollozo al ver algunas fotos de su difunto marido. Las de su boda, las del día en el que nacieron sus hijos, un almuerzo en el campo, algún que otro viaje...

—¿Te gusta, abuela? —preguntó Agatha.

—Es... es precioso... —Sollozó.

—Pero no es para que te pongas triste.

—No lloro de tristeza. Lloro de felicidad.

Todos sonrieron alrededor de ella. Abby se sentó a su lado y empezó a preguntarle sobre algunas instantáneas y qué momento habían capturado. La abuela Agnes se pasó el resto de la tarde relatándole historias, sucesos del pasado, y rememorando toda su vida con una sensación de paz y calma que hacía mucho que no sentía. Pero ese día pensó que era afortunada por tener esa familia y envejecer junto a los suyos.

Al caer la tarde, abrazando el cuaderno, suspiró.

—¿En qué piensas, abuela? —le preguntó Caleb.

Miró a su nieto mayor. El más testarudo. Cuánto le había costado hacerle entender y ver que su felicidad estaba justamente en el lugar del que llevaba años huyendo.

—En que por fin siento que todo encaja.

La abuela Agnes sonrió llena de felicidad.

FIN

SERIE LA FAMILIA REED



NOTA DE LA AUTORA: Me preguntáis a menudo cómo podéis enteraros de las fechas de salida y estar al tanto de todas las novedades. Podéis encontrarme en Facebook o Instagram con mi nombre, allí os aviso de todos los proyectos que voy haciendo y anuncio portadas y sinopsis. Muchas gracias por leerme.

A continuación, os dejo el listado con algunas de mis novelas:

Serie Seduciendo...



Bilogía Tentaciones...



Serie Besos...



OLIVIA KISS

Besos #3

*Solo
un beso para
encontrarte*



Serie Chicas Magazine...

*La chica que
soñaba con
un anillo*



Olivia Kiss

*La chica
de los
deportes*



Olivia Kiss

*La chica
y la
bestia*



Olivia Kiss

*La chica
que perdió
su zapato*



Olivia Kiss

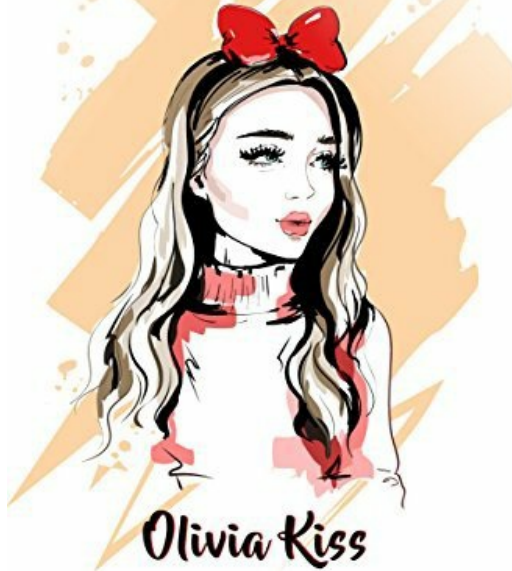
*La chica
que quería
ser princesa*



Olivia Kiss

Otras novelas...

Miss Manías,
tus secretos



Olivia Kiss

*Un viñedo
para
Allison*



Table of Contents

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

EPÍLOGO: MARIAN Y ASHER.

EPÍLOGO: AGATHA Y DANIEL.

EPÍLOGO: CASSIE E IZAN.

EPÍLOGO: CALEB Y EMMA.

EPÍLOGO: LA ABUELA AGNES.